

ABATE H. BREUIL

Antología de textos

edición de
Eduardo Ripoll

REAL ACADEMIA
DE BONES LLETRES
UNIVERSIDAD NACIONAL
DE EDUCACIÓN A DISTANCIA

barcelona 2002

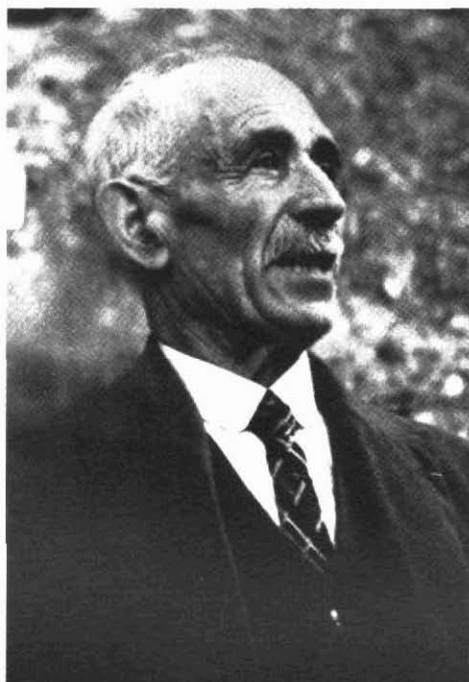
Eduardo Ripoll
abate
Wartenstein 7-VIII-60

El Abate Henri Breuil (1877-1961), “Padre de la Prehistoria” durante la primera mitad del siglo xx, fue un autor prolífico dentro de esta especialidad.

En este volumen se reúnen, traducen y comentan numerosos textos no técnicos distribuidos en notas autobiográficas dentro de: los pliegos de la memoria; los maestros, amigos y colaboradores; la extrema diversidad de los paisajes, y algunas disertaciones magistrales de la senectud.

Con ello se dibuja una compleja aproximación a lo que fue aquella mente privilegiada, de cuyo nacimiento se cumplen ahora 125 años.

Retrato del Abate H. Breuil por el pintor Juan Bautista Porcar Ripollés (1889-1974). El amigo de Breuil y estudioso de las pinturas de la Gasulla y otros lugares hizo este dibujo a lápiz y café en los jardines del castillo de Wartenstein (Austria) el primero de agosto de 1960 (Col. Gisela Ripoll).



Denis Peyrony (1869-1954).

una gran tristeza con la desaparición de este patriarca que trabajó mucho y muy bien en provecho de nuestra Ciencia. Por desgracia, desde hace unos años, la pérdida de la visión cortó la aparición de las pequeñas notas que alargaron un poco su carrera científica.

Encontré a Peyrony en 1897, en ocasión de mi primera visita a Les Eyzies. De buena gana me mostró el batiborrillo de su colección formada a partir de algunos «agujeros» en yacimientos conocidos. Nada hacía presagiar entonces su ulterior carrera como prehistoriador de gran categoría.

Nacido en Cessac (Dordoña) (31.IV.1869) en una familia de modestos agricultores, atestiguó desde la infancia una gran inclinación a estudiar sus libros que incluso se llevaba al campo. Por ello sus padres, renunciando a convertirle en labriego, le ingresaron en la Escuela Superior de Belvès de la que fue alumno distinguido. Prosiguió luego su brillante formación en la Escuela Normal del Departamento. En octu-



Elaboración del friso esculpido de Cap-Blanc (Marquay, Dordoña)
(dibujo de H. Breuil en *Beyond the Bounds ...*).

tes: es el bosque de Cap-Blanc, por el que se puede llegar fácilmente al fondo del valle. Algunos sílex se encuentran esparcidos por la superficie de las arenas del Périgord, arrastrados por las lluvias que los mezclan con arcillas. Estas formaciones muebles, al bajar por las pendientes, se acumulan en la base de los resaltes de los bancos rocosos, enmascarando el suelo natural primitivo.

Esto es lo que ocurrió bajo una roca que forma un modesto abrigo en una longitud de unos quince metros. Unos sondeos, practicados por encargo a R. Peyrille, encontraron dos hogares superpuestos y con con-

Abate Henri Breuil, antología de textos



El Abate H. Breuil y E. Ripoll en la Universidad de Barcelona, octubre de 1952.

Abate Henri Breuil, antología de textos

Recopilación, traducción y comentarios por
Eduardo Ripoll Perelló

UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA
REIAL ACADÈMIA DE BONES LLETRES DE BARCELONA

Barcelona, 2002

© de la traducción y comentarios: Eduardo Ripoll Perelló

© de la edición:

Reial Acadèmia de Bones Lletres

C/ Bisbe Caçador, 3 - 08002 Barcelona

Tel. y fax: 93 310 23 49

Correo electrónico: bones-lletres@sct.ictnet.es

© de la edición:

Universidad Nacional de Educación a Distancia

Librería de la UNED

Bravo Murillo, 38 - 28015 Madrid

Tel.: 91 298 75 60 y 91 298 73 73

Correo electrónico: libreria@adm.uned.es

Diseño tipográfico: Albert Corbeto López

Diseño de la cubierta: Servei 2000

Ilustración de la cubierta: dibujo de J. B. Porcar (Col. G. Ripoll)

Primera edición: junio del 2002

Depósito legal: L-787-2002

ISBN: 84-922028-7-4

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, S.L.

C/ Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida

En la biografía del Abate Breuil publicada en 1994 ya señalábamos nuestra deuda de gratitud con diversas personas. Renovando aquel recuerdo, debo presentar aquí un suplemento.

En mi agradecimiento están dos organismos con los que tengo estrechos lazos personales: la Universidad Nacional de Educación a Distancia y la Reial Acadèmia de Bones Lletres. En la UNED, dos queridos Rectores y amigos, los profesores Genaro Costas Rodríguez y Jaime Montalvo Correa, me reclamaban siempre «un libro que fuera la continuación de la biografía». He aquí pues ese texto que se ha elaborado en buena parte entre los muros históricos de la Academia y su ambiente científico. De forma eficaz, ambas instituciones vienen colaborando en la coedición de varias obras. Por ello, debemos consignar aquí los nombres de la Rectora de la UNED, profesora Araceli Maciá Antón y de la Vicerrectora de medios Impresos, profesora Ana Pérez García.

En el campo de lo práctico, mi agradecimiento al Prof. de la UNED Juan J. Sayas Abengoechea, por sus gestiones; al Secretario técnico de la Academia, Albert Corbeto, por la cuidada edición de este libro; a la Pfra. de la UB Gisela Ripoll, por sus lecturas y por los índices; al Prof. de la UNED Sergio Ripoll, por sus conversaciones, el aparato gráfico y el proyecto de cubierta; al Prof. de la UAB Pere Villalba Varneda, por sus consejos sobre textos clásicos; y a Núria Olivé y Iosune Oyarbide, por su colaboración.

A nuestros hijos Odile, Sergio, Gisela y Sylvia

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	17
ABREVIATURAS UTILIZADAS	37
I. EN LOS PLIEGOS DE LA MEMORIA	39
1. <i>Infancia y juventud</i>	41
2. <i>Vocación por la Prehistoria</i>	
Carta a su progenitor	44
La capacidad artística (1889)	46
¿Especialista en la Edad del Bronce?	48
3. <i>Un destino: Las cuevas con arte</i>	
1900. La Mouthé	49
1901, 9 de septiembre. Les Combarelles	51
1901, 15 de septiembre. Font-de-Gaume	52
1902, octubre. Altamira	53
1903. Lecciones técnicas de Altamira	56
4. <i>Friburgo y la primera polémica</i>	
1905. Cátedra en Friburgo de Suiza	59
1904-1909. La «batalla del Auriñaciense»	60

5. *Plenitud*

1910. Cap-Blanc (Marquay)	66
1913. Viaje por Murcia, Valencia y Alicante	67
1914. Vivencias andaluzas	70
1914. De nuevo en el Monte Arabí (Murcia)	73
1914-1918. Ensueños en tiempos de guerra	74
1923. Viaje a Moravia	76
1929, julio-septiembre. Descubriendo el África austral	76
1932. Chukutien (China)	78
1932. Origen del lenguaje abstracto	80
1933. Expedición a Abisinia	82
1934 y 1937. Avances en el estudio del Paleolítico	84
1937. Balance de la investigación del arte prehistórico	85
1932. Con el Cardenal E. Tisserant	86
1938. Honores académicos	86
1938-1939. Paleolítico en Holanda	88

6. *Segunda Guerra Mundial*

1940. Descubrimiento de Lascaux	89
1941. Textos de Lisboa	93
1942-1950. Exilio en el África meridional	94
1950. Los australopitecos	98

7. *Postrer Decenio*

1952 y 1954. Últimos viajes a España	100
1954-1958. Regreso a las cavernas del Volp	102
25 de junio de 1957. A los 80 años, testimonio del pasado	105
1960. Maltravieso, la cueva no vista	110

II. MAESTROS, AMIGOS Y COLABORADORES 113

Edouard Piette (1827-1906)	115
G. D'Ault du Mesnil (1842-1920)	125
Emile Cartailhac (1845-1921)	127
Alberto I, Príncipe de Mónaco (1848-1922)	129

Édouard Harlé (1850-1922)	133
W. Willoughby C. Verner (1852-1922)	136
Marcellin Boule (1861-1942)	137
Benoit-Claude Champion (1862-1952)	140
Conde Henri Bégouën (1863-1956)	143
Zacharie Le Rouzic (1864-1939)	151
Hermilio Alcalde del Río (1866-1947)	152
Denis Peyrony (1869-1954)	154
Hugo Obermaier (1877-1946)	161
Fernand Windels (1890?-1954)	172
Henri V. Vallois (1889-1981)	175
C. van Riet Lowe (1894-1956)	179
1954, en Madrid, <i>in memoriam</i>	183
III. LA DIVERSIDAD DE LOS PAISAJES	193
1. <i>Perigord</i>	
Les Eyzies-de-Tayac (Dordoña)	195
Les Combarelles (Les Eyzies)	198
Font-de-Gaume (Les Eyzies)	200
Cap-Blanc (Marquay)	202
Rouffignac (Dordoña)	205
2. <i>Lot</i>	
Pech-Merle (Cabrerets)	208
3. <i>Indre</i>	
Saint-Marcel/Blanchard	211
4. <i>Ariège</i>	
Niaux	213
Gargas (Aventignan)	220
Tuc d'Audoubert y Trois-Frères (Montesquieu-Avantés)	223

5. *Región Cantábrica*

H. Alcalde del Río y L. Sierra en acción	226
La Haza y Covalanas (Ramales)	229
El Castillo (Puente Viesgo)	232
Salitre (Ajanedo. Miera)	234
Hornos de la Peña (San Felices de Buclna)	235
El Pindal (Pimiango)	237
La Loja (Mazo, Panes)	240
Dolmen de la Capilla de Santa Cruz (Cangas de Onís)	241

6. *La Meseta*

Torralba del Moral (Soria)	243
----------------------------	-----

7. *La Peña de Francia*

Las Batuecas (Salamanca)	245
--------------------------	-----

8. *Levante*

Calapatà (Cretas, Bajo Aragón)	249
Cogul (Lérida)	252
Albarracín (Teruel)	256
El Arabí (Yecla, Murcia)	260

9. *Andalucía*

Vélez-Blanco (Almería)	263
La Pileta (Benaojan, Málaga)	266
Ardales y La Cala (Málaga)	269
Dolmen de Matarrubilla (Sevilla)	272

10. *África*

Dandabari o Impey's Cave (Rhodesia del Sur)	275
La Dama Blanca del Brandberg (Sudoeste Africano)	276
Philipp Cave (Ameib, Erongo, Sudoeste Africano)	281
En el Congo belga, mayo-junio de 1948	285

II. Asia oriental

Chukutien y el Sinantropo 288

IV. ESCRITOS EN LA SENECTUD 295

Sobre la autenticidad de Pech-Merle (1952) 297

El Padre Teilhard de Chardin y su «Fenómeno humano» (1955) 301

Sesenta años de descubrimientos de hombres primitivos y su influencia sobre el mundo de las ideas (1956) 310

Occidente, patria del gran arte rupestre (1957) 320

Nuestro arte de la Edad del Reno (1959) 340

Cine y arte prehistórico (1960) 351

«Testamento levantino» de Wartenstein (1960) 353

Lección sobre el Solutrense (1960) 375

Introducción

El Abate Henri Breuil (1877-1961) fue el «Padre de la Prehistoria» durante toda la primera mitad del siglo xx. La calificación debe entenderse en el sentido más lato de la expresión. Se ha escrito bastante sobre el personaje y su obra, pero seguramente falta mucho para poderle entender en toda su complejidad. Se reúnen en las páginas del presente volumen una serie de textos que pueden ayudar a fijar la imagen del hombre y su circunstancia existencial. Esta labor se ha realizado desde el afecto y el agradecimiento, pues para el recopilador-traductor de estos escritos el haber sido discípulo del Abate ha sido siempre un título que ha ostentado con orgullo.

La presente antología pretende sólo servir a guisa de introducción al conocimiento de la biografía y labor de H. Breuil a través de sus trabajos de carácter muy diverso. Él fue uno de los muchos operarios, acaso el más grande, que en un siglo y medio levantaron el edificio de una ciencia que ha dado unas nuevas perspectivas a la Humanidad en sus dimensiones temporal y cultural. En poco más de ciento cincuenta años, unas pocas decenas de hombres beneméritos cumplieron la hazaña de llevar muy atrás el tiempo de la Historia. Entre los que, significativamente, se llamaron «prehistoriadores», destaca la figura del Abate Breuil.

En esta breve nota preliminar nos parece obligado trazar un conciso y muy breve perfil del Abate en relación con el ambiente científico de su tiempo y su propia producción bibliográfica, la empatía que con él mantuvo el compilador de la antología y la forma como esta ha sido construida.¹

1. En las notas de esta parte preliminar se utilizan en algunos casos las abreviaturas generales señaladas en la pág. 37.

Breuil investigador

La vida de Henri Breuil estuvo marcada por dos sangrientos episodios que cambiaron la faz del mundo: las guerras mundiales de 1914-1918 y 1939-1945. La primera la pasó en España y la segunda en el África meridional. Ambas geografías y su pasado prehistórico, su propia longevidad y el vivir al día los nuevos y continuos descubrimientos, son factores que influyeron mucho en su camino vital como hombre de ciencia.

Aunque llegó a ser Canónigo de las sedes episcopales de Soissons y Beauvais, tal titulación fue *ad honorem*, pues Breuil nunca estuvo vinculado a funciones parroquiales u otras relacionadas con su estado sacerdotal. Para que pudiera dedicarse por entero al estudio de los orígenes de la Humanidad, sus superiores tuvieron el acierto de liberarle de aquellas obligaciones. En ocasiones, esta condición clerical de Breuil hizo que se le considerara una *rara avis* en el estudio de la Prehistoria en el que tanto abundaron agnósticos y librepensadores. Pero esto no es así: muchos otros clérigos contribuyeron a los avances de la nueva ciencia. Entre los de su condición que le estuvieron muy unidos y que también destacaron como prehistoriadores, citaremos a sus amigos y condiscípulos los hermanos Amedée y Jean Bouyssonie (1877-1965), Hugo Obermaier (1877-1946), el jesuita Padre Teilhard de Chardin (1881-1955), el Abate A. Lemozi (1882-1970) y un discípulo, el Abate André Glory (1906-1966). Sus nombres están presentes, junto con otros, en las páginas de este libro.

Breuil fue protagonista o vivió de cerca los grandes avances de la Prehistoria. En sus años iniciales de investigador, a finales del siglo XIX, todavía se hablaba de los eolitos y del hombre del período Terciario, pero, al mismo tiempo, se descubría el Pitecantropo de Java, el primero de los homínidos conocidos (1891). Luego, en los años centrales del siglo XX, alcanzó a vivir la capital revolución que significó la datación radiocarbónica.

Entre aquellos hitos extremos estuvo relacionado con hechos científicos trascendentales: la reivindicación del arte rupestre paleolítico con Les Combarelles, Font-de-Gaume y Altamira; el análisis y definición de las industrias paleolíticas; los nuevos neandertalenses; el arte post-paleolítico de la Península Ibérica; el Sinantropo de Pekín; Lascaux, la segunda Altamira; las grandes pinacotecas al aire libre del África meridional.

nal y del Sahara; los australopitecos; etc. Todo ello en una larga odisea en la que descubrió nuevos territorios o revisitó e interpretó otros ya conocidos. Llegó un momento en que, en el pequeño apartamento parisino de la rue de Lamotte-Picquet, residía modestamente el cerebro coordinador de la Prehistoria de la Piedra en todo el Viejo Mundo.

Aceptada unánimemente su situación de preeminencia durante la primera mitad del siglo XX, está aún por hacer un estudio sobre la posición del Abate Breuil dentro de las corrientes científicas generales de su tiempo. Por su vocación y preparación primera, era un naturalista; por su ulterior tarea en la investigación de las civilizaciones del hombre primigenio, fue un historiador. Primer titular de la cátedra de Prehistoria del Collège de France (1929), al aspirar a ser académico se encontró ante el dilema de poder optar entre la Académie des Sciences y la Académie des Inscriptions et Belles Lettres. Se decidió por esta última, siendo elegido en 1938. Esta corporación le elevó poco después al Institut de France (1939). Él mismo lo repetía con frecuencia: «estamos haciendo Historia con los métodos de las Ciencias Naturales».

Hay que añadir que toda su vida cultivó aquella primera vocación de naturalista. Valga un ejemplo: durante todo el primer cuarto de siglo exploró, con mayor o menor éxito, centenares de cuevas en Francia y España. Buscaba en ellas el arte rupestre o el yacimiento arqueológico, pero no descuidaba la sistemática recolección de insectos cavernícolas, cuyas listas o ejemplares entregaba a sus amigos R. Jeannel y E. G. Racovitza para los repertorios de su serie «Biospeleologica».² Pero, además, el naturalista Breuil está siempre presente en la determinación geológica y en la identificación y descripción de los animales representados en el arte prehistórico. Súmese a todo ello su gran habilidad artística.

Breuil se formó en ciencia dentro del muy extendido y difuso «positivismo» finisecular, que tenía poco que ver con la doctrina filosófica del

2. Publicados en los *Archives de Zoologie Expérimentale*. Contribuciones de H. Breuil en las entregas XVI (vol. 5, 1910, págs. 67-185; Les Combarelles y cuevas de Santander, Oviedo y Vizcaya), XXIV (vol. 9, 1912, págs. 501-667; Les Combarelles y cuevas de Santander y Oviedo) y XXXIX (vol. 57, 1918, págs. 203-470; cuevas de Granada, Málaga, Cádiz, Tarragona, León, Oviedo, Ciudad Real, Madrid, Baleares, Valencia, Alicante, Guipúzcoa, Vizcaya, Navarra y la Dordña), de aquella revista. Con el primero de estos investigadores, Breuil trabajó en el estudio del arte de algunas cuevas pirenaicas. Así, por ejemplo: H. BREUIL y R. JEANNEL, «La grotte ornée du Portel, à Loubens (Ariège)», *L'Anthropologie*, 59, 1955, págs. 187-204, 2 figs. y 27 láminas.

mismo nombre elaborada por Auguste Comte (1779-1857), el fundador de la Sociología. En los años de la segunda mitad del siglo XIX se hablaba de continuo de los «documentos positivos», considerando como tales las «evidencias» y los «datos». Se aceptaba sólo el «método experimental» que, para los prehistoriadores era la excavación al poner de manifiesto la estratigrafía.

El adjetivo «positivo» ya figuraba en la cabecera de la primera revista dedicada a la nueva ciencia de la Prehistoria: *Matériaux pour l'histoire positive et philosophique de l'Homme*, fundada en 1865 por Gabriel de Mortillet (1821-1896). Dicho calificativo no se mantuvo cuando, cuatro años más tarde, la publicación periódica pasó a manos de Emile Cartailhac (1845-1921) que le dio el título *Matériaux pour l'histoire primitive et naturelle de l'Homme*, durante algún tiempo con el subtítulo *et de l'étude du sol, de la faune et de la flore qui s'y rattachent*, abandonado en 1873. Se observará que en ambas etapas se mantiene la palabra *histoire*. La revista pervivió hasta 1888, año en que se fundió en *L'Anthropologie*, que ahora prosigue su vida más que centenaria.

En aquella época, la mayoría de los investigadores franceses exponían sus descubrimientos y sus ideas en las páginas de los *Matériaux*, moviéndose aún en las últimas formas del evolucionismo lamarckiano, del Caballero de Lamarck (1744-1829), expuesto en su obra *Philosophie zoologique* (1809). El positivismo mencionado y este evolucionismo poco definido, no impedían que el ambiente científico fuera muy dinámico. Los cambios en la terminología utilizada reflejan las inquietudes y los titubeos, doctrinales y metodológicos, de aquellas primera generaciones de prehistoriadores y son importantes para la historia de las mentalidades. También era el tiempo en que casi todos los prehistoriadores trabajaban solos, sin sospechar que llegaría la hora en que cualquier investigación tiene un carácter interdisciplinar.

El joven Breuil conoce desde sus comienzos los nuevos avances a los que pronto contribuirá con su propio esfuerzo. Entre sus lecturas juveniles de Prehistoria ocupaban un lugar preferente los volúmenes de la colección de los *Matériaux*. Estos, así como diversos libros, se los regaló el Abate Jean Guibert, su profesor en el Seminario y en el Institut Catholique.

Al aparecer los *Matériaux* en 1865, sólo habían transcurrido dieciocho años desde la publicación de la «piedra fundacional» de la Prehis-



J. de Boucher de Perthes (1788-1868).

toría con el primer tomo de la obra de J. de C. Boucher de Perthes (1788-1868), *Antiquités celtiques et antédiluviennes* (3 vols., 1847-1860).

Ya entrada la segunda mitad del siglo XIX, se alcanzó un momento de fuerte inflexión en los avances de la nueva ciencia, dando lugar a una amplia bibliografía seguramente bien conocida por el joven Brcuil. En el repetidamente citado año 1865, hacía sólo seis años de la publicación del revolucionario libro de Charles R. Darwin (1809-1882), *On the Origin of Species by Means of Natural Selection* (1859). En esta última fecha, J. A. Gaudry (1827-1908) presentaba a la Académie des Sciences de París la memoria titulada *La contemporanéité de l'espèce humaine et des diverses espèces animales aujourd'hui éteintes*; pero, en 1860, esta misma corporación rechazó una memoria análoga, *Sur l'ancienneté géologique de l'espèce humaine dans l'Europe occidentale*, presentada por Edouard Lartet (1801-1871), que pronto recibió los honores de la imprenta en Londres y Ginebra.³ Poco

3. En el presente volumen se habla en varias ocasiones sobre la figura pionera de E. Lartet. Véase en particular, págs. 60-66.

después, un amigo de Darwin, Charles Lyell (1797-1875) daba a conocer su difundido libro *The Geological Evidences of the Antiquity of Man with Remarks on Theories of the Origin of Species by Variation* (1863; enseguida traducido al francés, 1864).

Por último, ese mismo año 1865 de la fundación de los *Matériaux*, John Lubbock (1834-1913) publicó su *Prehistoric Times*, cuyas ediciones y traducciones se multiplicaron en años sucesivos. En el libro de Lubbock se utilizan por primera vez las denominaciones Paleolítico y Neolítico para subdividir la llamada Edad de la Piedra.⁴

Entre prehistoriadores e historiadores existía ya entonces un foso que ha persistido en el tiempo. Como queda sucintamente explicado, en aquellos años de sus orígenes y primera estabilidad, la Prehistoria marcaba sus diferencias con la Historia propiamente dicha al encontrarse, por sus métodos, muy próxima a las Ciencias Naturales y muy lejos de los archivos documentales y las vetustas bibliotecas.⁵

Aparte de la relación personal con unos pocos colegas de las altas instituciones a que pertenecía y con algún miembro de las sociedades *savantes* regionales, H. Bréuil tuvo escasa relación con los historiadores como tales. Como excepción debe señalarse la «Escuela de Síntesis» de Henri Berr, fundador en 1900 de la *Revue de Synthèse* y en 1920 de la colección «L'Evolution de l'Humanité», con un centenar de volúmenes destinados a tener una gran difusión.⁶ Berr y Breuil eran amigos y la Prehistoria siempre fue tenida en cuenta en las publicaciones y reuniones patrocinadas por el primero. En sus comienzos, los creadores de la posterior escuela de los *Annales* (1929) —Lucien Febvre y Marc Bloch— pertenecían a este grupo.

Las corrientes historiográficas surgidas en el tercio inicial del siglo xx, valoraban los hechos económicos, las condiciones geográficas, los ritmos de evolución cultural, las técnicas artesanales, etc. Todo ello estaba en

4. Para la época fundacional de la Prehistoria: A. LAMING-EMPERAIRE, *Origines de l'Archéologie préhistorique en France*, París, Picard, 1964; Glyn DANIEL, *Historia de la Arqueología. De los anticuarios a V. Gordon Childe*, Madrid, Alianza, 1992; y Marc GROENEN, *Pour une histoire de la Préhistoire*, Grenoble, Millon, 1994.

5. La Historia también se estaba renovando: en 1856 se inició la edición de la revista alemana *Historische Zeitschrift*, en 1876 se fundó la francesa *Revue Historique* y en 1877 apareció el español *Boletín de la Real Academia de la Historia*.

6. Editada en castellano en Barcelona por la Editorial Cervantes de Vicente Clavel Andrés (1888-1967). Sus volúmenes se han reeditado durante muchos años.

relación, asimismo, con la Sociología de Emile Durkheim (1858-1917) que dió una nueva dimensión a la Etnografía y la Etnología (llamadas luego Antropología cultural). Una nueva metodología dio otras perspectivas a las notables aportaciones de viajeros, misioneros, agentes coloniales, etc., por lo común franceses e ingleses. Aquellos eruditos habían aportado, y lo siguieron haciendo, una masa de información, de valor desigual, al conocimiento de los denominados «pueblos exóticos». La Prehistoria aprovechó —y a veces abusó— de estos conocimientos en los llamados «paralelos etnográficos».

También cabe decir algo del Abate Breuil en acción. De todas sus actividades, confesaba era el «trabajo de campo» el que más le agradaba, tanto en las oscuras cavernas como en los grandes espacios abiertos de las serranías españolas o de los semidesiertos sudafricanos. Contemplaba y admiraba los paisajes pero no podía entretenerse mucho en su examen pues siempre le acuciaban las noticias de nuevos descubrimientos.

Sin ninguna duda el lugar donde Breuil pasó más horas de largo y paciente estudio y de laboriosa copia de sus intrincados grabados fue la pirenaica caverna de Trois-Frères: más de doce meses en total; repartidos en estancias más o menos largas desde 1912 y en particular entre los años 1930 y 1938.⁷ Al aparecer, en 1952, el gran libro *Quatre cents siècles d'art pariétal*, una recensión de la obra debida a su amigo el Conde Bégouën la encomia diciendo: «...un admirable monumento de erudición, de sentido crítico y artístico, que él es el más calificado para escribir, puesto que, en cierta manera, es la personificación de este arte». Recuerda a continuación la gran tarea llevada a cabo en Trois-Frères: «...las largas horas de colaboración pasadas juntos en la cueva, donde le ayudaba en las delicadas y difíciles operaciones de calco de los grabados de los muros. A veces era necesario hacer milagros de equilibrio en algunos lugares, o de contorsión en los corredores estrechos, bajos y tortuosos, en los que hay que arrastrarse por el barro, en ocasiones de espaldas o de lado, siempre buscando la luz que, según llegue de la derecha o de la izquierda, hace destacar una determinada silueta de animal hasta el momento insospechada. Durante la operación de cal-

7. El Abate asoció el nombre de su amigo como coautor en la amplia monografía de esta caverna: H. BÉGOUËN y H. BREUIL, *Les cavernes du Volp, Trois-Frères - Tuc d'Audoubert, à Montesquieu Avantès (Ariège)*, París, AMG, 1957.

car el *sorcier* (brujo), apuntalado en una estrecha falla de la roca, yo le sostenía el pie derecho...».⁸

La minuciosidad de los calcos del Abate Breuil en lugares como Altamira, Trois-Frères, Les Combarelles y tantos otros, los convierte en verdaderas obras de arte. Pero, por contraste, en alguna ocasión hacía sólo una mera interpretación de ciertas figuras a las que daba poca importancia, limitándose a trazar un croquis a mano alzada o simplemente las dejaba de lado. Lo hemos comprobado, por ejemplo, en la cueva del Castillo (Puente Viesgo), lo primero en la figura de un brujo-bisonte de la sala nº 2; y lo segundo en el *gribouillis*, o conjunto garabateado, de la parte izquierda de la sala primera.⁹

Algo parecido ocurrió con sus calcos del Cingle de la Gasulla (Castellón), donde estuvo con J. B. Porcar y H. Obermaier en el mes de agosto de 1935. Del notable conjunto sólo se publicó el friso de Cueva Remigia.¹⁰ De los diez abrigos del Cingle el Abate hizo los dibujos de cinco, pues debió ser evacuado a la casa de Porcar en Castellón afectado por una fiebre tifoidea. En uno de nuestros frecuentes viajes a París —como casi siempre, con el Profesor L. Pericot—, concretamente en la primavera de 1959, me entregó el rollo de sus calcos, ya visto en ocasiones anteriores, con el encargo de revisarlos y publicarlos. En realidad no había descuidado ninguna figura, pero muchas de ellas las reprodujo a mano alzada o forzando la lectura de casi todas sus diminutas representaciones.¹¹

8. Recensión de *Quatre cents siècles d'art pariétal*, por el Conde H. BÉGOÛEN, en *Bull. Soc. Préh. Française*, XLIX, 1952, pág. 290. En los capítulos de este libro referidos a las cuevas del Volp, el Abate también hizo figurar como coautor a su amigo.

9. *Cavernes de la région cantabrique*, págs. 149-150, fig. 145 y lám. LXXXV. Interpretado como un bisonte en posición rampante, es en realidad un hombre-brujo-bisonte. E. RIPOLL PERELLÓ, «Una figura de "hombre bisonte" de la cueva del Castillo», *Ampurias*, 33-34, 1971-1972, págs. 95-110, 11 figs.; ID., «Un palimsesto rupestre de la cueva del Castillo (Puente Viesgo, Santander)», en M. ALMAGRO BASCH y M. A. GARCÍA GUINEA (eds.), *Santander Symposium 1970*, Santander-Madrid, 1972, págs. 457-465, 3 figuras.

10. J. B. PORCAR, H. OBERMAIER y E. BREUIL, *Excavaciones en la Cueva Remigia (Castellón)*, Madrid, JSTA, 1935.

11. E. RIPOLL PERELLÓ, *Pinturas rupestres de la Gasulla (Castellón), con reproducción de calcos del Abate H. Breuil*, Barcelona, IPA y WGF, 1963 (ed. en inglés, 1968). La serie de «Monografías de Arte Rupestre»; de la que dicho volumen forma parte, se inició con E. RIPOLL PERELLÓ, *Los abrigos pintados de los alrededores de Santolea (Teruel)*, Barcelona, IPA y WGF, 1961, con una nota preliminar del Abate Breuil y el facsímil de su manuscrito (ed. en inglés, 1967).

Conviene añadir un apunte sobre sus publicaciones. Citaremos en primer lugar las grandes ediciones: en los comienzos de su actividad las bellas monografías patrocinadas por el Príncipe de Mónaco; más tarde las debidas al mecenazgo de la Fondation Singer-Polignac. El resultado primero de sus investigaciones lo dió a conocer en muy diversos lugares y en numerosas revistas científicas. Entre estas últimas predominan los artículos incluidos en las páginas de *L'Anthropologie*. La fusión de los *Matériaux* (E. Cartailhac), la *Revue Anthropologique* (P. Topinard) y la *Revue d'Ethnographie* (E. T. Hamy), dio lugar a *L'Anthropologie* en 1889.

El primer trabajo de H. Breuil en la nueva publicación periódica se imprimió en el volumen XI (1900) como inicio de la serie que fue apareciendo en años sucesivos acerca de materiales de la Edad del Bronce en la cuenca del Somme.

Un poco más tarde, al ser fundado el Institut de Paléontologie Humaine en 1910, *L'Anthropologie* se convirtió en el órgano escrito de la fundación del Príncipe de Mónaco que sigue siendo.¹² Esto explica que de las 835 entradas de la bibliografía de H. Breuil, 185 estén contenidas en sus páginas, contabilizando los artículos —sólo o con algún colaborador—, las notas y las recensiones. Otras revistas que contienen buen número de sus escritos son el *Bulletin de la Société Préhistorique Française* y la *Revue Archéologique*.

Existen inéditos del Abate, cuya publicación sería interesante aunque sólo fuera como documentos de primera mano. Tras su defunción, sus papeles y libros se dispersaron: Muséum National d'Histoire Naturelle, Musée de l'Homme, Institut de Paléontologie Humaine y Musée des Antiquités Nationales. Al fondo propiedad de esta última institución se sumó en 1985 la Donación A. Fawcus, con los papeles manejados por el Abate en sus años postreros, en especial escritos y calcos de temática sudafricana y de arte levantino, sobre los que tenía planificados unos libros. Dicho lote contiene asimismo el original inacabado de una *Breuil Autobiography Master Copy*, que fue de su secretaria Miss M. E. Boyle. Este escrito termina en 1940, lo que hace suponer que fue redactado en África del Sur (con añadidos posteriores, fragmentarios). Dicha colección contiene también tres libretas de los carnets de viaje

12. E. RIPOLL PERELLÓ, «L'Anthropologie y el Institut de Paléontologie Humaine», *Espacio, Tiempo y Forma*, serie 1, 9, 1996, págs. 305-319, 3 figuras.

del Abate. Un excelente inventario preliminar de estos materiales ha sido realizado por la señora Nicole Labarre, del Museo de Saint-Germain-en-Laye.¹³

El maestro

Conviene también, decir algo de la relación personal que tuvo este compilador con el magisterio del Abate durante un decenio. Le conocí en el parisino palacio del Institut de Paléontologie Humaine a los pocos días de su último regreso de África del Sur. Se anunciaba la primavera de 1951. Me presentaron los profesores Raymond Vaufray y Henri V. Vallois. El encuentro fue emocionante para ambos: el maestro, por la lengua, los lugares y las personas de que hablábamos, regresaba a sus muchos «años españoles», los mejores de su vida según decía; el joven estudiante y aprendiz de prehistoriador contemplaba la personificación viva de tantos textos recorridos en largas lecturas, ahora en la propia voz de un ser que parecía de otro tiempo y del que había oído hablar mucho a maestros y amigos que le conocían. Era entonces un cura —siempre quiso que se le llamara simplemente *Abbé*—, de corta estatura, un poco encorvado y robusto. Tenía 74 años llenos de vitalidad. Como fui viendo, vestía habitualmente con clergyman y sólo en ocasiones solemnes usaba la sotana.

A partir de aquel primer encuentro, durante cinco o seis meses, las conversaciones eran cotidianas, con horas que pasaban raudas. Además, procuraba ayudarle en trabajos diversos, por ejemplo en completar la maqueta de lo que sería luego *Quatre cents siècles d'art pariétal*, sobre la que escribió a mano gran parte del texto y todos los epígrafes de las figuras.

Luego siguieron diez años de conversaciones espaciadas, siempre renovadas y variadas —llegando a veces a la porfía, por ejemplo sobre la cronología del arte levantino—, o en largos intercambios epistolares —con

13. Nicole LABARRE, «Les archives Breuil et l'autobiographie», *Antiquités Nationales*, 29, 1997, págs. 13-20, 4 figs., con bibliografía. Incluye el detalle de los XXX apartados y suplementos de la autobiografía. De esta debieron existir dos o tres copias cuyo paradero se desconoce. Una de ellas seguramente fue vista por A. H. Brodrick, autor de una de las mejores biografías del Abate: Alan H. BRODRICK, *The Abbé Breuil, prehistorian*, Londres, Hutchinson, 1963.



Mesa de trabajo del Abate H. Breuil en su domicilio parisino de la rue de Lamotte-Picquet (foto E. Ripoll).

su complicada escritura escribía largas cartas, en parte aún no descifradas. En frecuentes viajes a París le encontraba en el Institut de Paléontologie Humaine, en su domicilio o en el Musée de l'Homme. En este último, concretamente, en el Gabinete del Dr. L. Pales que descifraba los grabados de La Marche, o en el Laboratoire de Préhistoire Exotique, dirigido por aquel entrañable amigo que fue el norteamericano Harper Kelley, testigo perplejo de nuestros debates sobre arte, pero interviniendo con eficacia si se hablaba de industrias líticas. Kelley habitaba en el mismo edificio que el Abate y era su contertulio habitual.

De las historias de aquellos años me limitaré a señalar algunos pocos hechos. Con motivo de su 75^o aniversario escribí unas páginas recordando su enorme labor en España, relato que le satisfizo mucho.¹⁴ En 1952, con el profesor Martín Almagro, le acompañamos en parte de una larga excursión por el Levante español, desde Alicante hasta Cogul, con el descanso de unos días en Barcelona. En 1954, le tuvimos con noso-

14. E. RIPOLL PERELLÓ, «A propósito de un aniversario, El Abate Breuil y el arte rupestre español», *Allamira* (Santander), 1-3, 1953, 15 págs. y 3 figs.

tros, primero en Madrid con motivo de celebrarse el IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas –del que fue Presidente de Honor– y luego en una de las excursiones que lo prolongaron, concretamente la dedicada a las cuevas cantábricas con arte. En Puente Viesgo no quiso entrar en El Castillo ni en La Pasiega, en cambio puso interés en ver las que cuevas que no conocía: el Dr. J. González Echegaray le mostró Las Chimeneas¹⁵ y le llevé a Las Monedas, estudiada con mi esposa en el verano de 1951. De esta cueva él había identificado por carta y con un croquis que le envié, el primer reno indudable del arte rupestre paleolítico peninsular.¹⁶ Un notable acontecimiento fue, en 1957, la reunión internacional –un verdadero congreso–, celebrada en el Musée de l'Homme cuando cumplió 80 años. Asistieron más de 200 investigadores llegados de los cuatro puntos cardinales. Así, el Dr. Pei Wen Chung vino expresamente desde la entonces impenetrable China.¹⁷ Y un hecho menor: no puedo precisar si fue en la primavera de 1957 o en la de 1958 cuando, en París, me entregó dos cajas con papeles varios y las cartas de sus corresponsales españoles. Todo culminó en el simposio de Wartenstein (Austria) en el verano de 1960, un año antes de su defunción.¹⁸

El Abate Breuil murió en su casa de campo de L'Isle Adam el 14 de agosto de 1961 y recibió sepultura en la localidad de Belleu (Somme). Estuvo al pie de obra hasta el último momento y aquellos días esperaba viajar, como cada año, a su amada Dordoña para seguir los avances de las excavaciones y estudios en curso (Abri Pataud, Le Gabillou, Angles-sur-l'Anglin y otros).

Seis meses antes había cumplido 84 años. Por lo general, un investigador hace un trabajo útil durante treinta o cuarenta años: el Abate siguió escribiendo hasta el momento de su óbito e incluso dejó algunos

15. J. GONZÁLEZ ECHEGARAY, *Pinturas y grabados de la cueva de Las Chimeneas (Puente Viesgo, Santander)*, Barcelona, IPA y WGF, 1974, con anteriores trabajos del mismo autor.

16. E. RIPOLL PERELLÓ, *La cueva de Las Monedas en Puente Viesgo (Santander)*, Barcelona, IPA y WGF, 1972 (trad. al inglés, 1980). Lo precedieron una serie de artículos de detalle.

17. G. HENRI-MARTIN y R. LANTIER (eds.), *Hommage à M. l'Abbé Breuil pour son quatre-vingtième anniversaire*, París, 1957.

18. Algunos de estos hechos los recordó pronto el profesor Luis PERICOT, «El Abate Breuil en España: algunos recuerdos personales», *Miscelánea*, II, págs. 273-280. Para el simposio de Wartenstein, cf. infra, págs. 353-374.

escritos inacabados. O sea que realizó una labor densa y continua durante sesenta y tres años. Sus dos primeros trabajos llevan las lejanas fechas de 1898 y 1899.¹⁹

Pasados unos pocos meses tras la defunción del maestro, pregunté a varios colegas franceses si tenían la intención de editar algo en su memoria. La respuesta general fue que debía organizarlo el autor de estas líneas en Barcelona, asegurando ellos su colaboración. Tras algo más de dos años de preparativos, aparecieron los dos volúmenes de la *Miscelánea en homenaje al Abate Henri Breuil (1877-1961)*, patrocinados por la Diputación Provincial de Barcelona a través de su Instituto de Prehistoria y Arqueología (1964 y 1965).²⁰ En ellos se recogen 72 estudios debidos a 74 autores de 21 países. Los encabezamos con un texto biográfico titulado «Vida y obra del Abate Henri Breuil, padre de la Prehistoria». ²¹ Dedicado a muchos otros quehaceres y habida cuenta de la complejidad del personaje y la magnitud de su trabajo, tardé 30 años en ampliar aquel artículo para dar «mi» biografía del Abate y completar su bibliografía.²² En este intervalo aludí a él con frecuencia en ciertos trabajos, así como publicando una parte de las cartas de sus correspondientes españoles, cuya edición conjunta es para mí una obligación con la que debo cumplir.²³ Otra tarea pendiente, que necesita el esfuerzo de varias personas, es el reunir y publicar sus amplios epistolarios en los que tanto se prodigó.

Los dos volúmenes de la *Miscelánea* se presentaron públicamente en París el 29 de octubre de 1966. El evento se inscribió en la ceremonia

19. Henri BREUIL, «Observations de différentes anomalies chez les insectes», *Bulletin de la Société Entomologique de France*, 1898, págs. 268-269, 2 figs.; ID., «L'industrie des limons quaternaires dans la region comprise entre Beauvais et Soissons», *Association Française pour l'Avancement des Sciences*, 28ª sesión, Boulogne-sur-Mer, 1899, págs. 284-285 y 550-556, 4 figuras.

20. Referencia completa en «abreviaturas», pág. 37.

21. Págs. 1-70, 8 figs. y XXV láms. del vol. I de la *Miscelánea*.

22. RIPOLL, *Breuil*, referencia completa en «abreviaturas», pág. 37.

23. E. RIPOLL PERELLÓ, «Cartas al Abate Breuil referentes al descubrimiento de Minateda (Albacete)», *Homenaje a Samuel de los Santos Jener*, Albacete, IEA, 1988, págs. 59-64; ID., «Abate H. Breuil y Coronel W. Verner: textos sobre la cueva de La Pileta», *Actas del Congreso Internacional «El Estrecho de Gibraltar», Ceuta, 1987*, Madrid, UNED, 1988, págs. 175-181 del vol. I; ID., «Algunas cartas de Don Hermilio Alcalde del Río al Abate Henri Breuil», *Homenaje al Dr. Joaquín González Echegaray*, Santander, MCI, 1993, págs. 199-204; ID., «Las pinturas rupestres de Las Batucas. Cartas de Don Juan Cabré al Abate Henri Breuil», *Revista de Estudios Extremeños*, LIII, 1997, págs. 399-410.

inaugural de la gran exposición dedicada al maestro en la sede parisina de la Fondation Singer-Polignac.²⁴ En aquel mismo acto el profesor Roger Heim dio a conocer el libro *Henri Breuil (1877-1961)*, compilación de notas escritas, dibujos y bibliografía del Abate presentados, con gran número de calcos, en la exposición. Hemos traducido algunos de los textos de Breuil —en particular biográficos— entre los reunidos por R. Heim.²⁵

La Antología

Debemos dar en esta introducción algunas explicaciones acerca del trabajo realizado. Como comprobará el lector y es natural habida cuenta de quien es el autor de los textos traducidos, en estas páginas se habla continuamente de Prehistoria. Pero hemos huido de reunir una mera colección, más o menos temática, de originales científicos del Abate. Cabría hacerlo, pero este no ha sido nuestro objetivo. Además, los miles de páginas que él escribió son susceptibles de variadas clasificaciones. Se ha pretendido tan sólo dar una imagen del hombre, los escenarios donde desarrolló su actividad y las personas que, a su lado, con él colaboraron y se movieron en los mismos paisajes.

Por tanto, este no es propiamente un libro de Prehistoria, pero sí una colección de retazos que reflejan la personalidad de uno de los más grandes prehistoriadores que han existido, acaso el mayor. Escapan a dichos criterios una serie de textos de amplia perspectiva, en su mayoría más «doctrinales», escritos en su extrema madurez, representando su pensamiento último e incluyendo algunas rectificaciones. Se encontrarán al final del volumen.

En nuestra labor de selección no hemos optado por ningún criterio predeterminado, prefiriendo un método aleatorio consistente en la simple relectura de escritos del maestro, pensando, eso sí, en la forma como repartiríamos lo elegido y dando cabida a algunas notas «menores», no divulgadas. No son escritos inaccesibles, pero, en buena parte, son poco conocidos o dispersos. También es evidente que existía la posibilidad de hacer con ellos una recopilación simplemente ordenada en el tiem-

24. E. RIPOLL PERELLÓ, «Exposición dedicada al Abate Breuil en la Fondation Singer-Polignac, de París (1966)», *Ampurias*, XXVIII, 1966, págs. 303-304.

25. HEIM, *Breuil*, referencia completa en «abreviaturas», pág. 37.

INTRODUCCIÓN



El Abate Henri Breuil en Altamira (1954).

po. Hemos preferido distribuirlos de forma que sea fácil insertarlos en el decurso vital del gran sabio. Con ello pensamos se justifican los cuatro apartados en que se han distribuido: notas autobiográficas dentro de los pliegos de la memoria; los maestros, amigos y colaboradores; la extrema diversidad de los paisajes; y algunas disertaciones magistrales en la senectud.

Se observará que se han traducido fragmentos de obras o de artículos firmados por el Abate con uno o varios de sus compañeros de investigación. Pero, podemos asegurar que la redacción final era siempre del Abate, ejerciendo de este modo de «redactor», si bien utilizaba alguna vez pequeñas notas que aquellos le entregaban durante el trabajo sobre el terreno o inmediatamente después, cuando la redacción ya estaba en curso. Este era el caso con E. Cartailhac, L. Capitan y D. Peyrony, o con los españoles H. Alcalde del Río y J. Cabré Aguiló, así como con otros que les siguieron. Con un punto de su fina ironía nos lo explicó un día el Abate: «Primero me decían que debía hacerlo por ser el más joven; luego, con el paso de los años, lo dejaban en mis manos aduciendo que era el más sabio.» En el fondo le encantaba esta labor de hacer del texto un tejido sutil y lleno de sencilla claridad.

Hemos procurado dar una traducción «literal» de los escritos recopilados, ciñéndonos siempre a los originales. Ha facilitado la tarea aquel lenguaje escueto y descriptivo del Abate que sólo se complica al entrar en tecnicismos científicos. En muchos casos nos hemos permitido intercalar algún dato aclaratorio —fechas, lugares o personas—, pero estos añadidos se señalan siempre entre corchetes. Sin rendirse nunca a la seducción del neologismo o del lenguaje metafórico, el Abate aceptaba sólo en lo científico las innovaciones léxicas necesarias. Con un cierto humor, a veces recordaba como, a la manera de algunos naturalistas, buen número de prehistoriadores y paleoantropólogos buscaban «piezas únicas» para darles su nombre. Él jamás incurrió en esta tentación.

Las apostillas con las que se acompañan los escritos del Abate tienen unas finalidades mínimas: indicar el origen de los textos y sus complementos, situar en el tiempo lo traducido, indicar algunas investigaciones paralelas de los coetáneos, señalar otros trabajos posteriores sobre cada cuestión, indicando los adelantos, etc., y sin abstenernos de citar alguna pequeña anécdota. Respecto a libros y artículos, nos hemos li-

mitado de forma expresa con el fin de no convertir nuestros comentarios en un repertorio bibliográfico. Los textos referenciados pretenden ser sólo una orientación para otras posibles lecturas. La misma bibliografía del Abate puede ser un acicate al respecto.²⁶

Asimismo, estos apartados sirven para hacer reenvíos, muy necesarios dentro de la presente obra por ser sus fuentes algo dispersas. En ella, los escritos seleccionados a veces se entrecruzan y en algún caso llegan a la repetición. Hemos procurado evitar esto último, pero cuando ha sido necesario para el contexto lo hemos respetado.

Antes se ha aludido a la anécdota. A nuestro parecer, si esta «historia menuda» está debidamente contrastada y comprobada, constituye un dato que no puede ser descuidado. Demasiadas veces dejada de lado o deformada, la historieta puede ilustrarnos sobre un hecho, una actitud, una situación o determinada característica de un acontecimiento o personaje. Se podría escribir todo un capítulo de anécdotas vividas por el Abate, desgraciadamente casi perdidas en la memoria de los que le conocieron. El propio Abate fue lacónico al respecto. Sólo unas pocas se recogen en las páginas por él escritas.

Aprovechamos el hablar de la anécdota y también con el fin de amenizar esta introducción, para explicar una pequeña historia sobre un hábito de Breuil: su condición de gran fumador de cigarrillos, lo que él llamaba «pequeño vicio». Durante el IV Congreso Nacional de Arqueología, celebrado en Burgos en 1955, un grupo de arqueólogos amigos estábamos reunidos por la noche en animada tertulia. El recordado profesor Miquel Tarradell sacó del bolsillo su habitual paquete de cigarrillos Bisontes –mera copia de una marca norteamericana, con búfalos– cuyas figuras dieron lugar al unánime rechazo de sus imágenes. Se sentó a la máquina otro gran amigo, el doctor Miquel Oliva, y allí se escribió una carta al Director del Monopolio de Tabacos, señalándole la evidencia: en España habíamos tenido bisontes y aún los teníamos pintados en Altamira y otras cuevas. A los pocos meses aparecieron las cajetillas que todavía se expenden y que llevan como «marca» el bisonte «plantado» de Altamira. Pronto, en uno de los frecuentes viajes a París, le llevé al Abate un «cartón» de los mismos. Los miró con curiosidad, abrió el envoltorio y encendió un cigarrillo. Enseguida comentó: «Son

26. RIPOLL, *Breuil*, págs. 277-345.

excelentes, pero ya que utilizan mi dibujo, deberían asegurarme un suministro continuo y así me ahorraría el comprar Gauloises». Creo recordar que esto ocurrió hacia el mes de junio de 1956.

* * *

El Abate Henri Breuil representa la consolidación de la ciencia de la Prehistoria en la primera mitad del siglo XX. De su fecunda etapa creadora –fundacional en tantos aspectos– son deudoras las generaciones actuales. Pero, ley ineluctable de la vida, en los años transcurridos después de su muerte, se han producido numerosos avances. En ocasiones, pensando en el que fue su campo de investigación preferido, el autor de estas líneas evoca qué pensaría el maestro ante descubrimientos como los de las cuevas Cosquer, Chauvet, La Garma, Cussac o Foz-Coa. Seguramente nacerían nuevas ideas y nuevos textos breuilianos respecto a las evidencias puestas al descubierto, efectuando un gran esfuerzo para integrarlas en los propios esquemas o para reducir al mínimo las correcciones a los mismos.

Subrayar ese pensamiento y su proyección a la letra impresa ha sido el objetivo del autor de esta recopilación, contribuyendo con ello a que no caiga en el olvido aquella mente privilegiada.

Coincide la publicación de este libro con el hecho de que en el presente año 2002 se han cumplido los 125 años del nacimiento del insigne hombre de ciencia.

ABREVIATURAS UTILIZADAS

Bull. Soc. Préh. Française.— *Bulletin de la Société Préhistorique Française* (París).

Cavernes de la région cantabrique.— HENRI BREUIL, HERMILIO ALCALDE DEL RÍO y LORENZO SIERRA, *Les cavernes de la région cantabrique (Espagne)*, Mónaco, Chêne, 1911, VIII + 265 págs., 258 figs. y 100 láminas.

HEIM, *Breuil.*— ROGER HEIM (dir.), *Henri Breuil (1877-1961)*. París, Fondation Singer-Polignac, 1967, 74 págs. con textos e ilustraciones. (Gran exposición de calcos y documentos en dicha Fundación, del 29 de octubre de 1966 al 31 de marzo de 1967).

L'Anthrop.— *L'Anthropologie* (París).

L'Art des cavernes.— AA. VV., *L'Art des cavernes. Atlas des grottes ornées paléolithiques françaises*, París, Impr. Nationale, 1984, 674 págs. con amplia ilustración y bibliografía.

Miscelánea.— E. RIPOLL PERELLÓ (ed.), *Miscelánea en homenaje al Abate Henri Breuil (1877-1961)*, Barcelona, Instituto de Prehistoria y Arqueología de la Diputación: t. I, 1964, XX + 496 págs., con figuras; t. II, 1965, XXIV + 450 págs., con figuras. En el t. I, págs. 1-70, E. RIPOLL, «Vida y obra del Abate Henri Breuil, padre de la Prehistoria».

Quatre cents siècles.— HENRI BREUIL, *Quatre cents siècles d'art pariétal. Les cavernes ornées de l'Âge du Renne*. Realización de Fernand Windels, Montignac (París), 1952, 419 págs., y 531 figuras. (Hay reediciones posteriores.)

RIPOLL, *Breuil.*— E. RIPOLL PERELLÓ, *El Abate Henri Breuil (1877-1961)*. Prefacio de H. Breuil, Madrid, UNED, 1994, 376 págs., con figs. y XLVIII láminas. Bibliografía de H. Breuil con 834 referencias.

Primera parte

EN LOS PLIEGOS DE LA MEMORIA



1. Infancia y juventud

Mi padre inició su carrera en la magistratura en Ruán, poco antes de la guerra de 1870. De Ruán pasó a Pont-Audemer, nombrado substituto del Procurador de la República. Después fue Procurador en Louviers. Durante su estancia en Pont-Audemer se desposó con mi madre. El matrimonio se celebró el 8 de diciembre de 1874. Mi madre siguió a su marido a Normandía.

No tengo ningún recuerdo de Mortain, donde nací (28 de febrero de 1877), debido a que me llevaron de allí cuando tenía unos dos años. Sé que tuve una nodriza bastante malcarada, bebedora y trotacalles, a la que he atribuido la muy endeble y delicada salud que manifesté durante toda mi infancia y adolescencia.

A comienzos de octubre de 1887, entré en el Colegio Saint-Vicent de los Padres Maristas de Senlis. Ingresé entre los pequeños, en la clase sexta. La ciudad, muy hermosa, me gustó mucho con sus antiguas fortificaciones sustituidas en parte por anchas avenidas. El propio colegio tenía buen aspecto, como resultado de la unión de dos antiguos conventos.

Tal como he dicho, físicamente era mucho más débil que la mayoría de los niños de mi edad, pero, aunque menos fuerte, sabía usar bien mis escasos recursos. Con frecuencia me daban el nombre «Oso», aunque pronto me llamaron «Garduña» o bien «Ardilla», por el hecho de que figoneaba por todas partes, en los recreos y especialmente en los paseos, buscando insectos, piedras o fósiles curiosos.

Durante las vacaciones dibujaba algunos regulares bosquejos del natural: mi padre, su perro, los de un viaje en ferrocarril (no muy buenos) y las vacas de mi tío de Boiville (algo mejores). También inventaba variadas escenas de leones y animales feroces... Respecto al paisaje hice,

con lápiz y pluma, algunos dibujos, bastante aceptables, de Clermont visto desde la llanura.

De esta forma, a trompicones, me presenté a mi primera parte del Bachillerato de Letras, en la Sorbona, que conseguí pasar, pero sin nota.

[En 1895 entra en el seminario de Issy-les-Molineaux. En una carta a su madre, del 18 de 1896, le dice:] Mi querida mamá: uno de estos días te he hecho el dibujo que ves en la primera página y que representa la parte de la vista que tengo desde mi ventana, menos la torre Eiffel que está más a la derecha. Es la iglesia de la École des Frères y delante la puerta del Seminario que se está acabando y cuyos batientes todavía no se han pintado.

[Vacaciones de 1897 en Vauxcastille, propiedad familiar.] La proximidad de mis últimas vacaciones con vestimenta civil me llevó a hablar con D'Ault du Mesnil de como podía aprovecharlas desde el punto de vista de la Prehistoria. Él me aconsejó que fuera a ver, en el sudoeste de Francia, los lugares clásicos de la Edad del Reno: Les Eyzies, Gourdan, Mas d'Azil... Consultado mi padre, fue menos favorable: si quería viajar era asunto mío y si contaba con los medios para ello, pues él no me daría ni un céntimo.

Había visitado el yacimiento con mamuts y piedras talladas de Coevres y mi piqueta me hizo descubrir debajo de un bloque algunos diminutos huesos de un pequeño esqueleto que llevé a Vauxcastille y reorganicé sobre mi mesa. Mis modestos conocimientos anatómicos me permitieron, por eliminación, llegar a la conclusión de que se trataba de una marmota.

A comienzos de octubre de 1897 volví normalmente a los estudios, pero ahora en el Seminario de Saint-Sulpice.

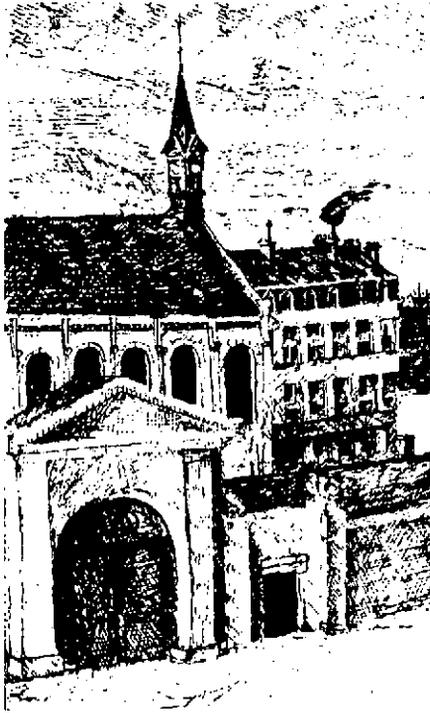
1900. Poco a poco el período de las Órdenes mayores se acercaba. Un día, mi Director me dijo:

-Al salir del Seminario, ¿aceptará usted entrar en el servicio parroquial?

-Tengo que responderle que esto sería ir contra la que yo considero como la verdadera forma de mi vocación.

-Esta respuesta suya tiene consecuencias: usted no será llamado a las Órdenes por la diócesis de París.

-Iré hasta Kamtchaka si es necesario -le dije-, pero no cederé en este punto. Escribiré personalmente a Monseñor Daramecourt, Obispo de



El seminarista H. Breuil dibuja para su madre la vista desde su dormitorio (1895).

Soissons, que, hace un año o dos, me dijo que el día que quisiera ser su diocesano me acogería.

Poco después redacté la carta, no ocultando nada y diciéndole: «Le solicito cinco años de estudios».

[De fecha indeterminada, hacia 1903]. Sé que E. Piette le escribió en una ocasión a Salomon Reinach comentándole que me había hecho cura por coacción de mis padres. Nada de esto: «Me hice cura porque quise serlo, y lo deseé por haber oído el llamamiento y porque mis Directores lo reconocieron como válido.»

Conocemos estos textos gracias a la publicación del profesor Roger Heim editada con motivo de la exposición parisina de la Fondation Singer-Polignac dedicada al Abate Breuil (1966-1967). HEIM, *Breuil*, págs. 8-17, donde se incluyen algunos dibujos infantiles relacionados con los párrafos selecciona-

dos. Fue la ocasión para ver muchos papeles «menores» de H. B. que se conservan en varias instituciones de París, muchos de ellos inéditos. Especialmente lamentable es que no se hayan publicado sus carnets de viaje, conteniendo páginas importantes sobre lugares y personas de la Península Ibérica, China, África del Sur, etc. En dicha exposición se presentaron los dos volúmenes de la *Miscelánea*.

En relación con dicha manifestación cabe recordar que, cuando el Institut de Paléontologie Humaine, en los años veinte y primeros treinta, quedó casi desprovisto de medios económicos, la Fondation Singer-Polignac editó a sus costas los cuatro grandes volúmenes de la obra de H. BRÉUIL, *Les peintures rupestres schématiques de la Péninsule Ibérique* (Lagny, 1933-1935) que se citará en varios lugares del presente libro. El mecenazgo de la Fondation se ha proseguido con la publicación de otros libros de eminentes prehistoriadores.

Se puede observar que en estos textos falta la referencia a una figura fundamental en la formación y la vocación por la Prehistoria de H. B.: el Abate Jean Guibert, citado en alguna ocasión en escritos posteriores.

Cf. infra: a los 80 años, balance de una vida (págs. 105-110) G. D'Ault du Mesnil (págs. 125-127).

2. Vocación por la Prehistoria

Carta a su progenitor

[28 de marzo de 1899.] Mi querido papá: Sabes bien que parece completamente decidido que haré de las ciencias naturales la especialización de mi futuro sacerdotal. Pienso admitirás fácilmente esto que, por otra parte, me parece es un hecho ineluctable. Es la continuación lógica de mis antecedentes, es la fuerza de las cosas ... Me basta con decirte que mi Director actual, y los que le han precedido, al igual que aquellos de mis maestros y amigos a los que he podido consultar, estan todos de acuerdo sobre este asunto. No sólo es agradable o útil, sino indispensable para mi porvenir que pueda proseguir mis estudios especiales, viajar para aprender, comprar algunos libros y hacer ciertos ensayos personales. Esto supone una cantidad media de 500 francos por año. ¿Donde encontrarlos? Te afirmo incluso que 500 francos son el mínimo para no dejar que se enmohezca la propia inteligencia y no perder las relaciones ... Si planteo el tema es por lo que representa, o sea, una cuestión de vida o muerte para mi futuro, simplemente; y no



1897 le 3 Janvier 1897
10^h



Mou cher Papa,
comme Bon Papa te
l'avais sans doute annoncé,
je viens renouveler, pour
toi, Maman, Michet &
Marguerite, les souhaits
que je t'aus ai déjà envoyés
par l'entremise de Bon Papa,
& aussi te donner quelques
détails sur ma journée
d'hier, que j'ai passé fort agré-
ablement & sans trop de
fatigue.



Dibujos y felicitación de H. Breuil dirigidos a su padre (3 de enero de 1897)
(de *Beyond the Bounds of History*).

quisiera ni siquiera vestir esto bajo el pretexto de afecto familiar. Una cuestión de futuro está por encima de todo si se está seguro de la voluntad de Dios ... Si no consigo de la familia lo que pido, buscaré un préstamo, puesto que mi deber es seguir mi vocación, tanto de investigador como de sacerdote y, por consiguiente, tengo que conseguir los medios.

La capacidad artística (1889)

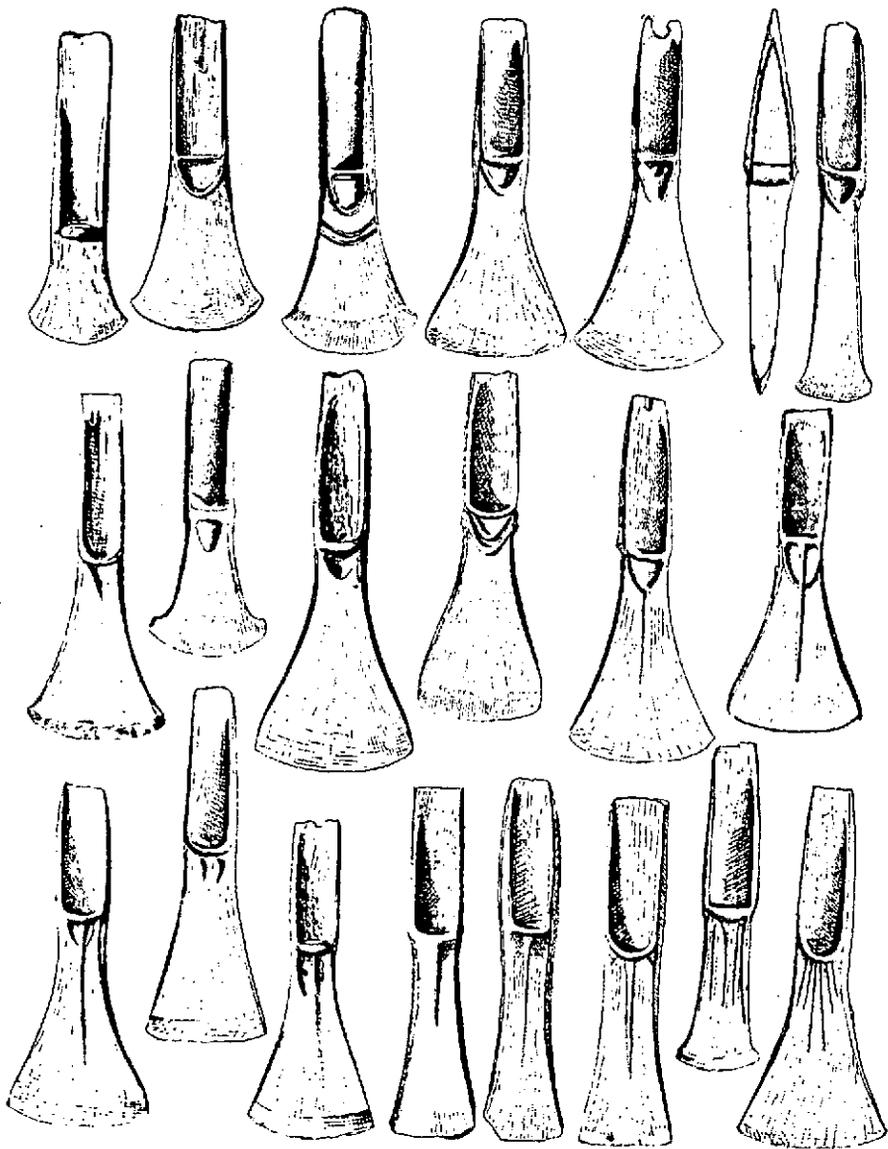
Dos aspectos tendían a desarrollarse en mí: el dibujo animalístico, en fresco o en escena, y la carga humorística de algunos de mis dibujos. Debo decir que, en el Seminario, este segundo aspecto se desarrolló sensiblemente. En Saint-Sulpice avancé en este género «artista» especialmente después del primer año y hasta el final. Así, el señor Farges, con sus gafas azules y su nariz al aire, autor de libros bien escritos, pero absolutamente vacíos y nulos, sobre la Vida y la Evolución. Un día hice de él un dibujo humorístico, representando la clase con la estatua de Santo Tomás. El santo estaba allí sentado, con la Summa abierta sobre sus rodillas y frente al auditorio. La Sabiduría divina, desde las nubes, daba claridad a este libro y su rayo, reflejado, se dirigía hacia el público. Pero el señor Fargas, interpuesto, proyectaba sobre éste un gigantesco cono de sombra.

De HEIM, *Breuil*, págs. 14-17. Breuil fue ordenado sacerdote el 9 de junio de 1900. Monseñor Daramecourt le liberó inmediatamente de toda servidumbre parroquial en el obispado de Soissons, del que el joven clérigo llegaría a ser canónigo.

El carácter humorístico de ciertos dibujos del Abate le acompañó toda la vida. Tenemos un ejemplo en el delicioso e ingenuo libro: H. BREUIL, *Beyond the bounds of History, Scenes of the Old Stone Age*, dibujado y escrito en África del Sur y publicado en Londres en 1949.

Acerca de la influencia de H. B. en el arte contemporáneo: S. GIEDION, «Abbé Breuil from the point of view of Art History», *Miscelánea*, I, págs. 431-434. En su estudio del primer arte de la Humanidad, este ilustre autor siguió muy de cerca las teorías del Abate: Sigfried GIEDION, *El presente eterno: los comienzos del Arte. Una aportación al tema de la constancia y el cambio*, Madrid, Alianza, 1981.

Cf. en el presente volumen: lecciones técnicas de Altamira (págs. 56-58); exilio en el África meridional (págs. 94-98); a los 80 años, testimonio del pasado (págs. 105-110); E. Piette (págs. 115-125).



Hachas de bronce de talón, de la cuenca del Somme (según Henri Breuil, 1905).

¿Especialista en la Edad del Bronce?

1900. Este trabajo es la utilización parcial de los abundantes materiales que reuní para preparar un estudio amplio sobre la Edad del Bronce en el Somme y algunos departamentos cercanos. He hecho casi todos los dibujos ante los mismos objetos, con la ayuda del decímetro y lo más exactamente posible [...]

1918 [...] Han transcurrido dieciocho años desde el momento en que reuní los materiales de estas memorias acerca de la Edad del Bronce en la cuenca del Somme. Trabajos de un interés más general absorben ahora toda mi actividad de forma demasiado imperiosa para que pueda consagrarme a dar continuidad a esta labor. Se trata de un tiempo que estará mejor empleado en tareas menos abordables a la mayoría de los arqueólogos.

Aconsejado por G. D'Ault du Mesnil, parecía que el joven clérigo iba a dedicarse al estudio de la Edad del Bronce. Pronto se vio que no sería así. Como el propio H. B. recuerda en el segundo párrafo —bajo la influencia de E. Piette, no hay que olvidarlo— decidió consagrarse al estudio del Paleolítico y su arte.

Dichos trabajos sobre materiales de la Edad del Bronce, bellamente ilustrados con dibujos de su mano, se publicaron en diversas entregas de *L'Anthrop.* bajo el título general de «L'âge du Bronze dans le bassin de Paris». Hacen pensar que son un esbozo de algo más amplio, acaso una tesis doctoral. El detalle de las entregas es el siguiente: «I, Les épées et dagues du bassin de la Somme» (XI, 1900, págs. 503-534, 8 figs.); «II, Poignards, couteaux, scies, rassoirs, faucilles du bassin de la Somme» (XII, 1901, págs. 283-296, 4 figs.); «III, Objets de métallurgie et de menuiserie dans le bassin de la Somme» (XIII, 1902, págs. 467-475, 2 figs.); «IV, Flèches et lames du bassin de la Somme» (XIV, 1903, págs. 501-518, 8 figs.); «V, Haches du bassin de la Somme» (XVI, págs. 149-171, 11 figs.); y «VI, Ornaments de corps, accessoires de vêtement, d'équipement et de harnachement du bassin de la Somme» (XVIII, 1907, págs. 513-533, con un suplemento en XXIX, 1918-1919, págs. 251-254). Los fragmentos traducidos corresponden a I, pág. 503 y al suplemento de VI, pág. 264.

Se trata de un amplio repertorio de materiales, con un total de 114 páginas que, aún teniendo en cuenta su fecha, constituyen una aportación que merecería ser reeditada. Incluso se le podrían sumar por analogía otros trabajos, por ejemplo: H. BREUIL, «Un torques en or découvert à Massigny (Vendée) et

quelques autres objets celtiques en or», *L'Anthrop.*, XIV, 1903, págs. 173-178, 3 figs.; o «Débris de casque et vase en bronze provenant d'une cachette découverte à Choussy (Loir-et-Cher)», *Revue Archéologique*, XXXVII, 1900, págs. 125-127, 4 figs. (y otros artículos en esta misma revista).

H. B. siempre se interesó por los estudios de la edad de los metales. Es un hecho evidenciado por su amistad con especialistas como Joseph Déchelette (1862-1914), Pierre Paris (1859-1931) y Raymond Lantier (1886-1960). Sobre el primero, tras su heroica muerte en el campo de batalla: H. BREUIL, «L'époque de La Tène, d'après Déchelette», *L'Anthrop.*, XXVIII, 1916, págs. 97-110. A P. Paris le ayudó con frecuencia en sus trabajos de hispanista que culminaron en la fundación de la madrileña Casa de Velázquez. Colaboró con R. Lantier en el Museo de Saint-Germain, en el libro *Les Hommes de la Pierre ancienne* (1951) y en sus trabajos de Protohistoria española, por ejemplo: H. BREUIL y R. LANTIER, «Villages préromains de la péninsule Ibérique. I, La Villa», *Revue Archéologique*, 59 serie, 32, 11, 1930, págs. 209-216, 3 figs.; y «Villages préromains de la péninsule Ibérique. II, Le Tolmo, à Minateda (Albacete)», *Archivo de Prehistoria Levantina*, II, 1945, págs. 215-239, 2 figs. y 7 láminas. Lantier fue, asimismo, el organizador de la ceremonia oficial que conmemoró los 80 años del Abate: *Hommage à l'abbé Henri Breuil pour son quatre-vingtième anniversaire* (París, 1957).

3. Un destino: las cuevas con arte

1900. La Mouthe

Deseaba formarme una opinión personal basada en el examen directo de las representaciones animalísticas de La Mouthe ... Pasé casi cinco horas estudiándolas y sin ninguna reserva admito su autenticidad. El descubrimiento de figuras grabadas de animales parecidos a los del arte mueble de la Edad del Reno, en la cueva de La Mouthe, cerca de Les Eyzies (Dordoña), abrió para este género de hechos la fase decisiva.

El descubrimiento de los frescos de Altamira estaba olvidado desde hacía 25 años cuando el señor Rivière, en 1895, dio a conocer al mundo estudioso los dibujos y algunas pinturas en color ocre de la caverna de La Mouthe. Este descubrimiento despertó el recuerdo de la cueva cantábrica, recordando a diversos observadores los trazos grabados o pintados entrevistados anteriormente sin ser comprendidos, significando una primera etapa, muy importante, en la historia del arte cuaternario

y haciendo que se admitiera definitivamente la existencia de un arte parietal, aún discutido por algunos prehistoriadores. Pero sólo a partir de 1901 las investigaciones sistemáticas en numerosas cuevas, llevaron, tanto en Francia como en España, a nuevos y muy numerosos descubrimientos.

El párrafo traducido en primer lugar en HEIM, *Breuil*, pág. 18. La continuación, en la pág. VII del libro de CAPITAN, BREUIL y PEYRONY, *La caverne de Font-de-Gaume*, que se citará mas adelante.

La parte que más caracterizó el *cursus* de la vida científica de H. B. se inicia con esta visita a la cueva de La Mouthe en el año 1900. Los grabados y pinturas paleolíticos de la misma fueron identificados por Emile Rivière en 1895, dándolos a conocer en varios artículos. Uno de ellos fue señalado en una corta nota de M. B(oule) en *L'Anthrop.*, VII, 1896, págs. 724-725, limitándose a indicar los hechos puestos en evidencia por Rivière, pero sin sacar conclusiones. Cinco años después, tras los descubrimientos realizados por Capitán, Breuil y Peyrony a los que se hará referencia a continuación, aquel mismo autor presenta un estado de la cuestión: M. BOULE, «Les gravures et peintures sur les parois des cavernes», *L'Anthrop.*, XII, 1901, págs. 671-677, 7 figuras. En él recuerda La Mouthe y otras observaciones francesas de este género a las que no se había prestado atención, pero no habla de Altamira. En la primavera de 1902, los hechos son tan evidentes que E. Cartailhac publica en *L'Anthrop.* su *mea culpa* famoso en el que reivindica a Altamira y a su descubridor Marcelino Sanz de Sautuola.

La Mouthe, con Font-de-Gaume y Les Combarelles de las que se tratará a continuación fueron visitadas el 14 de agosto de 1902 por un grupo de participantes en el Congrès de l'Association Française pour l'Avancement des Sciences. En aquella ocasión se reconoció de manera «oficial» la existencia del arte parietal paleolítico, siendo recordados los nombres de Sautuola y Altamira. Al propio tiempo se empezaron a valorar los conjuntos entrevistados en las cuevas Chabot (Gard), Pair-non-Pair (Gironda) y Marsoulas (Alto Garona).

Los calcos de las representaciones de La Mouthe fueron realizados por H. B. en varias etapas entre los años 1924 y 1928. No fueron objeto de una publicación monográfica, pero se incluyeron en *Quatre cents siècles*, págs. 292-303, figs. 335-347. Más recientemente, síntesis de N. AJOULAT y J. M. GENESTE, *L'Art des cavernes*, págs. 144-147, que reproducen una parte de los calcos del Abate.

Cf. infra: D. Peyrony (págs. 154-160); Les Eyzies-de-Tayac (págs. 195-198); nuestro arte de la Edad del Reno (págs. 340-351).



El Abate Jean Bouyssonie (1877-1965).

1901, 9 de septiembre. Les Combarelles

¡Hurra!, por un descubrimiento y de envergadura: una inmensa caverna con grabados, de más de 300 metros de longitud y en más de su mitad con figuras de animales grabados, especialmente caballos, pero también antílopes, renos, mamuts, cápridos. Hay que pensar que he soñado: descubrir eso, como el que se encuentra una piedra en el camino. Asimismo, lo que hemos zaqueado ayer: calqué 18 animales, algunos de ellos espléndidos... En total pasé diez horas en la cueva: estoy muerto, cosido por las agujetas, pero contento. ¡Extraordinario, eh! Doy gracias a la Providencia.

Es posible circular sin luz en Les Combarelles, con la condición de hacerlo tendido para no romperse la cabeza con las puntas de calcita que erizan la bóveda. Lo hice en una longitud de 50 metros un día en que había perdido toda posibilidad de iluminarme, pero esto sólo es posible porque no hay ninguna bifurcación.

El primer párrafo es un fragmento de una carta de H. B. a su amigo el Abate J. Bouyssonie (10 de septiembre de 1901), que este publicó en *La Cité* (nº 16, marzo de 1962) y que traducimos en RIPOLL, *Breuil*, pág. 51. Algunos recuerdos del condiscípulo y gran amigo de H. B. en: J. BOUYSSONIE, «El Abate Henri Breuil», *Miscelánea*, I, págs. 283-284, que su autor quiso se publicara en castellano. El segundo es de una carta de H. B. a Salomon Reinach, en HEIM, *Breuil*, pág. 21.

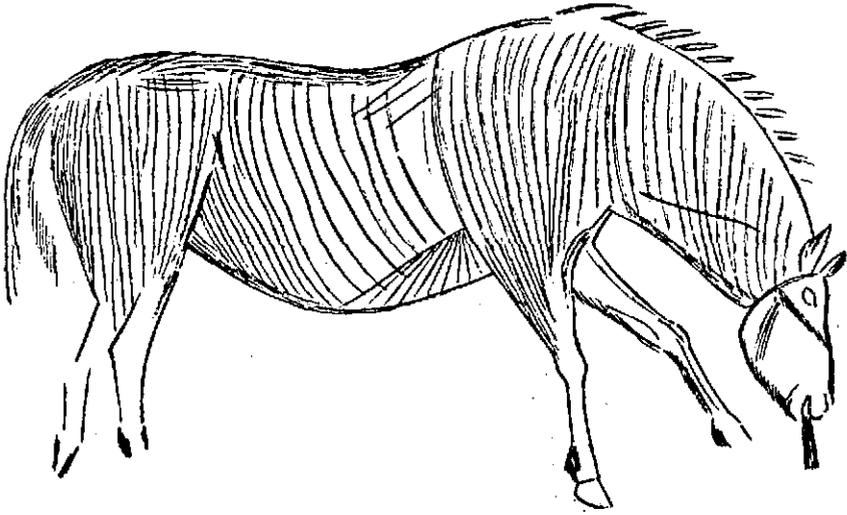
A causa de la crisis económica que sufrió el Institut de Paléontologie Humaine tras la guerra de 1914-1918, el hallazgo de Capitan, Breuil y Peyrony tardó unos años en ser editado, aunque se publicaron algunas notas y las comunicaciones a la Académie des Sciences (sesiones de 1901, 1902 y 1903). La gran monografía: L. CAPITAN, H. BREUIL y D. PEYRONY, *Les Combarelles aux Eyzies (Dordogne)*, París, Masson, 1924, 10 + 192 págs., 128 figs. y 58 láminas. Una segunda galería con algunos grabados fue descubierta en 1934 por A. Pomarel; fueron copiados por H. B. en 1939. El conjunto en *Quatre cents siècles*, págs. 90-105, figs. 51-70, colocada en tercer lugar entre los «seis gigantes». En los años ochenta, Cl. Barrière realizó y publicó nuevos calcos.

Cf. infra: Les Eyzies-de-Tayac (págs. 195-198); Les Combarelles (págs. 198-200); Font-de-Gaume (págs. 200-202); D. Peyrony (págs. 154-160); Occidente, patria del gran arte rupestre (págs. 320-340); nuestro arte de la Edad del Reno (págs. 340-351).

1901, 15 de septiembre. Font-de-Gaume

Al cabo de unos días los tres subíamos por la pendiente rocosa... Peyrony había visto bien. Y no era sin una profunda emoción que cada paso que dábamos detrás de él, nos mostraba en otros paneles rocosos nuevas y más maravillosas figuras: los bisontes se multiplicaban en series innumerables, los cápridos del primer momento, mejor iluminados y examinados de nuevo con más tiempo, se convirtieron en dos hermosos renos afrontados a los que teníamos la satisfacción de sumar algunos caballos y mamuts. El 23 de septiembre de 1901, ocho días después de la comunicación sobre Les Combarelles, la Académie des Sciences escuchaba la referente a Font-de-Gaume.

Tras los trabajos preliminares en Les Combarelles, L. Capitan y H. B. regresaron a París. Al cabo de veinticuatro horas, el Abate recibía una carta de Peyrony en la que le decía: «... Escribo al mismo tiempo al doctor Capitan. Si él no puede regresar, me gustaría que usted haga, como yo, el sacrificio de



Caballo grabado sobre la pared derecha de la caverna de Marsoulas.
Calco y dibujo de H. Breuil (1905) (long. 42 cm).

una parte de sus vacaciones» (HEIM, *Breuil*, pág. 23). Los dos parisinos acudieron inmediatamente y entraban en otra gran caverna con arte, Font-de-Gaume, sólo seis días después del descubrimiento de Les Combarelles. El estudio del arte de ambas cavidades era un reto para los tres. La labor duró dos o tres años.

Segundo de la serie de grandes libros publicados gracias al mecenazgo del Príncipe Alberto de Mónaco, la monografía apareció dentro de un lapso de tiempo normal: L. CAPITAN, H. BREUIL y D. PEYRONY, *La caverne de Font-de-Gaume aux Eyzies (Dordogne)*, Mónaco, Chêne, 1910, VIII + 271 págs. y 66 láminas. El texto traducido, en la pág. 1 de dicho volumen.

Cf. aquí mismo: descripción del entorno de la caverna (págs. 200-202); D. Peyrony (págs. 154-160); Occidente, patria del gran arte rupestre (págs. 320-340); nuestro arte de la Edad del Reno (págs. 340-351).

1902, octubre. Altamira

[...] De este modo, el 28 de septiembre de 1902, tomamos en Irún el pequeño tren costero que nos llevó a Bilbao y luego a Santander. Allí

nos instalamos en una sencilla casa de huéspedes. En esta ciudad nos acogió muy cordialmente el gran erudito Don Marcelino Menéndez Pelayo y también un amigo de Harlé, el farmacéutico y diputado provincial Pérez del Molino. Harlé era el único francés que había visitado Altamira, donde le llevó Pérez del Molino sin convencerle.

El día siguiente, 30 de septiembre, el profesor Millares y los hermanos Lasso de la Vega nos mostraron la cueva, quedando seducidos por los enormes frescos del gran salón. Fueron ellos quienes nos instalaron en la modesta casa de unos buenos campesinos acomodados, a la derecha de la entrada al lugar de Santillana del Mar, organizando con gentes de allí —Pacheco, el guía de la cueva, y Nardo—, las condiciones materiales de nuestro trabajo de copia del arte rupestre.

Cartailhac se había hecho ilusiones sobre su capacidad de hacerse entender por la gente con su dialecto provenzal; yo tenía más éxito, no sin simpáticas risas, con mi latín: nos reíamos mucho, pero más o menos me comprendían.

Nuestro cuarto en el primer piso de la casa tenía dos alcobas, era grande y con amplias vistas sobre los huertos. Su suelo, hecho de pesados troncos escuadrados, permitía por los intersticios observar en la planta baja una vaca y su ternero allí instalados. Hacia las cinco de la mañana, la madre era llevada al pastizal y el ternero se quejaba de ello mugiendo. Esto nos servía de despertador. Luego, yo iba a decir mi misa en la Colegiata, admirable como su claustro, espléndidos vestigios de los tiempos medievales cuyos restos, entre los caserones de la población, estaban con frecuencia enmascarados por los elevados portales con amplios blasones, algunos de ellos levantados por los *americanos* [indianos] que habían regresado de las Indias Occidentales con una pequeña fortuna. La clerecía me acogió muy bien, especialmente el primer vicario Don Bernardino Ruiz. Un día llevó a la cueva a todos los curas de la Colegiata, haciéndosela visitar con explicaciones en latín [...]

Algunos ingenieros de una mina cercana vinieron un día a vernos y ofrecernos, en una de las raras jornadas que no llovió, una agradable comida sobre la hierba con la hermosa perspectiva de los Picos de Europa al oeste...

El 26 de octubre dejamos Santillana con nuestros bagajes y nosotros mismos encaramados a una carreta de bueyes, único vehículo entonces en uso en esa antigua capital de las Asturias medievales; este modo de

locomoción nos recordaba el de tiempos lejanos, el de los «reyes holgazanes». En Puente de San Miguel tomamos el ferrocarril para Santander.

En Santander volvimos a ver a nuestros amigos, que nos llevaron a saludar al señor Botín y López, yerno de Sautuola, el descubridor de Altamira. El señor Botín nos mostró los objetos recogidos por su suegro en Altamira. Su esposa era la pequeña María de Sautuola, que, en 1876, fue la primera en ver los grandes bisontes del techo, los que dieron fama a su padre y a ella misma. De este gran acontecimiento no conservaba ningún recuerdo.

En medio de una puesta de sol gloriosa, una de las más extraordinarias que jamás he visto y que abarcaba todo el cielo y la bahía, Cartailhac y yo volvimos a tomar el pequeño tren hacia Bilbao y Francia. Cargados con mis preciosas copias, llevábamos, si puedo decirlo, la «fortuna» de las cuevas con arte, destinadas a provocar la admiración de todo el mundo científico e incluso del simplemente culto.

Cartailhac, demasiado confiado en un informe de Harlé, era uno de los hombres de ciencia que, sin conocerla, negaron la autenticidad de Altamira. En su obra: E. CARTAILHAC, *Les âges préhistoriques de l'Espagne et du Portugal* (París, 1886) la cueva de Santillana ni siquiera es mencionada. Pero, los descubrimientos de 1901 y su visita—La Mouthe, Les Combarelles y Font-de-Gaume—le convencieron de su error y enseguida publicó su noble reivindicación de Altamira y Sautuola: E. CARTAILHAC, «Les cavernes ornées de dessins. La grotte d'Altamira. *Mea culpa* d'un sceptique», *L'Anthrop.*, XIII, 1902, págs. 348-354, 2 figuras.

La expedición a Altamira se concretó en la cueva pirenaica de Marsoulas, donde Cartailhac quiso poner a prueba la habilidad del joven Breuil en la copia fiel de pinturas y grabados. Acerca de las representaciones de esta cueva: ALETH PLENIER, *L'art de la grotte de Marsoulas*, Toulouse, IAP, 1971.

El texto aquí presentado es parte de uno más amplio escrito por el Abate para un libro nuestro que no llegó a publicarse. Muchos años después lo utilizamos como «Prefacio» de RIFOLL, *Breuil*, págs. 9-23 (lo transcrito en las págs. 9-13). El escrito resume sus experiencias en cuevas españolas. En algunos originales de H. B. puede existir alguna vez un error o un olvido; no es el caso del aquí traducido pues lo compulsamos con él en el verano de 1960 durante el simposio de Wartenstein (Austria).

El Abate habla de las «preciosas copias» obtenidas en la cueva de Santillana, pero tanto él como Cartailhac eran conscientes del problema de su edición

en lo que sería un grueso volumen con muchas láminas en color. En otros lugares del presente libro se narra como pronto se pudo contar con el generoso mecenazgo del Príncipe Alberto de Mónaco. Así apareció el primero de los volúmenes patrocinados por el soberano monegasco: E. CARTAILHAC y H. BREUIL, *La caverne d'Altamira à Santillane, près Santander (Espagne)*, Mónaco, Impr. de Mónaco, 1906, VIII + 287 págs., 205 figs. y 38 láms., de las cuales 24 son en color. Casi treinta años más tarde apareció una nueva monografía, con otro texto y revisión de las figuras: H. BREUIL y H. OBERMAIER, *La cueva de Altamira en Santillana del Mar*, Madrid, Junta de las Cuevas de Altamira, The Hispanic Society of America y Academia de la Historia, 1935, VIII + 236 págs., 183 figs. y 52 láms. (versión castellana de J. Pérez de Barradas e inglesa de Mary E. Boyle). El promotor y mecenas de las dos ediciones de este nuevo libro fue el Duque de Berwick y de Alba, Don Jacobo Fitz James Stuart.

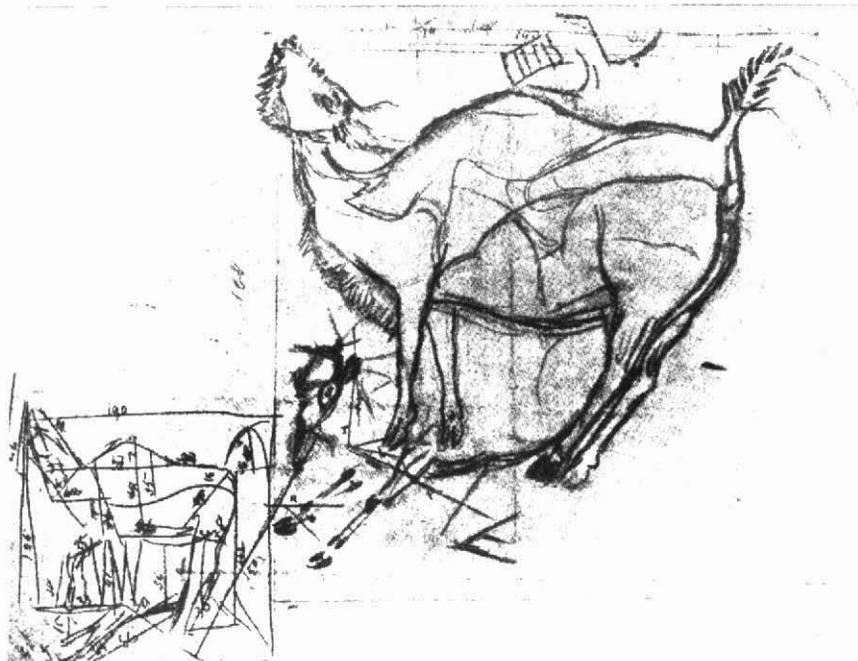
Desde hace unos años se poseen casi dos decenas de fechas radiocarbónicas del arte de Altamira, de las que nueve corresponden a los bisontes «policromos». Estas dataciones de C¹⁴ se sitúan entre 13.000 y 11.000 años a. C. El libro más reciente sobre Altamira, con puntos de vista muy interesantes, es el de L. G. FREEMAN y J. GONZÁLEZ ECHEGARAY, *La grotte d'Altamira*, París, Maison des Roches, 2001.

Véase en el presente volumen: lecciones técnicas de Altamira (págs. 56-58); a los 80 años, balance de una vida (págs. 105-110); E. Cartailhac (págs. 127-129); Alberto I, Príncipe de Mónaco (págs. 129-133); H. Alcalde del Río (págs. 152-154); en Madrid, *in memoriam* (págs. 183-192); Occidente, patria del gran arte rupestre (págs. 320-340).

1903. Lecciones técnicas de Altamira

Antes de ir a Altamira nunca había hecho figuras al pastel y allí tuve que hacerlas pues los escasos conocimientos que había adquirido de la acuarela no podían servirme en la atmósfera húmeda de la caverna en la que el papel no se secaba. Altamira fue mi primera experiencia en este género pictórico...

De cada una de las grandes figuras tuve que hacer un apunte geométrico a partir de un primer bosquejo a mano alzada sobre el que acotaba las dimensiones. Estas eran tomadas por Cartailhac y Nardo entre unos puntos que, tendido sobre un saco de helechos, indicaba con una caña. Salía entonces de la sala oscura yendo a la luz del día para trasladar la triangulación obtenida de la figura a escala de 1/5, para volver des-



Esquemas a lápiz preparatorios de dos dibujos de bisontes «polícromos» de Altamira. A la izquierda los croquis con las mediciones (según H. Breuil, 1902).

pués a mi yacija de helechos. La operación estaba iluminada por dos candelabros o trébedes, que llevaban cada uno en su parte superior diez velas de estearina ordinaria (la lámpara de acetileno todavía no se usaba).

Después realizaba con lápiz corriente un dibujo muy preciso del animal que estaba copiando, volvía a la luz del día y con una hoja trazante reproducía este dibujo cuidado sobre una hoja de papel Wattman. Sobre esta hoja completaba la figura con el modelo a la vista, con los lápices de pastel y el difumino. Se comprenderá que este método, poco rápido, sólo me permitía realizar una o dos grandes figuras por día.

Para adaptarse el ojo tiene que ir llegando la *noche*, o sea aún con una relativa claridad y no la oscuridad absoluta, lo que es muy diferente. Por el contrario, para ver las pinturas, a una luz demasiado viva, que deslumbra, es preferible una luz *débil*. Sólo he aceptado el acetileno para los grabados y, de vez en cuando, para comprobar el colorido, pero sin usarlo si no era necesario delimitar una superficie pintada... la luz viva se come el color...

De HEIM, *Breuil*, págs. 70-71. Fragmento de una carta de H. B. a Salomon Reinach (1858-1932), fechada en febrero de 1903. Las técnicas de copia del arte parietal fueron explicadas en diversas ocasiones por el Abate, pero la traducida tiene el interés de ser sólo unos meses posterior al estudio de la cueva de Santillana, primera ocasión en que, después de Font-de-Gaume, se enfrentó con un conjunto pictórico tan complejo. Cf. sobre este tema el «Prefacio» del propio Abate (págs. 9-13) y un capítulo de RIPOLL, *Breuil* (págs. 55-63).

Con frecuencia, para completar sus explicaciones, H. B. trazaba con rapidez esbozos y dibujos más o menos completos. Acerca de estas producciones ocasionales: L. PALES y M. TASSIN DE SAINT-PEREUSE, «En compagnie de l'Abbé Breuil devant les bisons magdaléniens de la grotte de La Marche», *Miscelánea*, II, págs. 217-250, 2 figs. y X láms.; y B. y G. DELLUC, «Quelques croquis animaliers de l'Abbé Breuil», *Bulletin de la Société Historique et Archéologique du Périgord*, CIV, 1977 (separata de 7 págs., con figs.). Ambos trabajos reproducen dibujos del Abate.

Cf. infra: la capacidad artística (págs. 46-47); balance de la investigación del arte prehistórico (págs. 85-86); E. Piette (págs. 115-125); E. Cartailhac (págs. 127-129); nuestro arte de la Edad del Reno (págs. 340-351).

4. Friburgo y la primera polémica

1905. Cátedra en Friburgo de Suiza

Mi licenciatura estaba acabada [1904] y debía preparar mi tesis de habilitación en la Facultad de Ciencias de Friburgo. Elegí como tema *Stylisation des figures en ornements dans l'art mobilier de l'Époque du Renne* [Estilización de las figuras en adornos del arte mueble de la Época del Reno] (julio de 1905). En efecto, había descubierto que una infinidad de los llamados adornos grabados sobre asta de reno derivaban, por alteraciones, de figuras animales o de partes de las mismas.

[En Friburgo] No tenía ningún salario ni subsidio. El poseer un membrete que comportaba un compromiso para el futuro era mucho a los ojos de los míos y del mundo. Mi labor personal tenía como objeto mis propios trabajos en las cavernas con arte parietal, los objetos muebles de la Edad del Reno y las industrias contemporáneas: trabajos de dibujo y de redacción.

El manejo de centenares de objetos, en su mayoría inéditos, decorados con trazos a primera vista ininteligibles, me hizo pensar que no eran arbitrarios: unos procedían de la decoración de incisiones utilitarias que habían perdido su uso [...]; otros, los más interesantes, derivaban, por esquematización, simplificación o complicación ornamentales, de cabezas, cuerpos, enteros o parciales, de animales y, a veces, de hombres.

Todo ello me llevó a reconsiderar una serie de ideas de Piette sobre la escritura, los signos solares y la *domesticación* del caballo en la época magdalenense.

El examen de caballos, équidos salvajes o domésticos vivientes, así como el de obras de arte de todas las edades, me convenció que muchos otros detalles no eran más que la estilización del pelaje de la cabeza y de los relieves de sus salientes óseos y de su musculatura, en particular de los músculos motores de los ángulos de la boca. En cuanto a los círculos puntillados y a los discos con ornamentación concéntrica, eran tan sólo motivos de origen técnico.

El *arte animalista* de la Edad del Reno ha sido, a la pluma, o al color de pastel, acuarela o lápiz, el objeto principal y casi único de mi vida de artista... y puedo asegurar que han sido los animales de la Edad del Reno lo que más han contribuido a enseñarme a *mirar* a los seres vivos. Al ver-

me trabajar, algunos artistas quedaron estupefactos por la rapidez de mi lápiz al trazar una silueta de caballo, bisonte, reno, ciervo sin ningún croquis o toma previa de medidas.

Texto traducido de HEIM, *Breuil*, págs. 26-27.

La Universidad de Friburgo de Suiza era entonces una institución reciente pues fue fundada en 1889. H. B. obtuvo la plaza de profesor «libre» de la misma en un episodio de rivalidad científica con Hugo Obermaier, su coetáneo y muy pronto gran amigo. El Abate lo explica en la necrología de Obermaier aquí traducida en las págs. 161-172. En la designación de H. B. seguramente intervino su amigo Monseñor Jean Bruhnes. Tras ejercer como *privat-dozent* durante tres años, fue luego catedrático extraordinario otros dos. En 1910, H. B. dejó Friburgo para pasar a ser profesor del recién fundado Institut de Paléontologie Humaine, con sede en París.

Cf. infra: E. Piette (págs. 115-125); E. Cartailhac (págs. 127-129); Occidente, patria del gran arte rupestre (págs. 320-340); y nuestro arte de la Edad del Reno (págs. 340-351).

1904-1909. La «batalla del Auriñaciense»

Fue en Friburgo donde redacté las notas de la «batalla del Auriñaciense», una de las más crudas que he tenido que librar y en la que obtuve la más completa de las victorias. Esta «batalla» es uno de mis recuerdos más vivos de la primera década de este siglo, pues en ella, con E. Cartailhac, demostré la anterioridad estratigráfica del complejo auriñaciense respecto al Solutrense, totalizando los resultados de las excavaciones de muchos y muy cuidadosos investigadores.

Este párrafo recogido por HEIM, *Breuil*, pág. 34, entre los papeles sueltos de H. B., sirve aquí de proemio al texto fundamental que sigue, escrito muchos años después de aquellas polémicas.

La luminosa inteligencia de Edouard Lartet [1801-1871], aficionado genial, le hizo comprender, desde su primer contacto con ellas, que la civilización prehistórica representada en la cueva de Massat [o El Ker] en la que había excavado un mes antes, no era en absoluto la misma que la que acababa de encontrar, en 1860, en Aurignac [Alto Garona].

Por ello, en su publicación de 1861, al señalar a todo el mundo el nuevo hecho que acaba de evidenciar, se esfuerza —ya— en subdividir los tiempos prehistóricos de los que presiente la inmensa duración y en establecer la sucesión de las civilizaciones que los compusieron. Con seguridad admirable procede a esta puesta en orden. Pero, cediendo a sus inclinaciones de naturalista, da a su clasificación una base paleontológica, o sea que la sustenta en la sucesión de las faunas. Así, del estadio más antiguo al más reciente, propone la siguiente secuencia:

—Edad del Gran Oso de las Cavernas, a la que atribuye la civilización de Aurignac,

—Edad del Elefante o del Rinoceronte,

—Edad del Reno, y

—Edad del Uro, a la que atribuye el yacimiento de Massat.

Excepto en algunos detalles, esta perspectiva permanece todavía conforme con los datos de la Ciencia actual. Sin embargo, a pesar de sus méritos, como todo primer ensayo, este resultó efímero.

Poco después, en 1864, Félix Garrigou [1835-1920], un natural del Ariège de gran talento, formuló una nueva clasificación basada, como la precedente, en la Paleontología. Tampoco ésta se mantuvo pues comportaba el mismo vicio fundamental al no presentar la sucesión de las faunas los cortes netos y directos indispensables a los cimientos de una cronología satisfactoria.

Un poco más tarde, en 1867, Gabriel de Mortillet [1821-1898] imaginó, a su vez, una división de los tiempos prehistóricos basada, ahora, no en la sucesión de las faunas, sino en la de las civilizaciones: en la Arqueología y no en la Paleontología. Como que las civilizaciones se sucedieron a una cadencia relativamente rápida substituyéndose unas a otras de forma más o menos radical, el criterio propuesto pareció válido y la clasificación así establecida tuvo, en la experiencia, tal éxito que aún se usa. Al propio tiempo, Mortillet modificó la denominación de los diversos períodos, designando cada uno de ellos, siguiendo el uso de la Geología, por el nombre de un yacimiento concreto y elegido entre los más representativos. Fue así como, en una primera versión, situó la civilización de Aurignac antes que la de La Madeleine, en la Dordoña.

Pero, enseguida, apareció en Solutré y en Laugerie-Haute la industria llamada Solutrense, hasta entonces desconocida. Mortillet tuvo que hacer un puesto en su clasificación a la recién llegada. Como consecuen-

cia de observaciones inexactas y bajo la influencia de consideraciones teóricas, en 1869, situó el tiempo del Solutrense antes del Auriñaciense. Luego, poco a poco, este último, que todavía no había recibido este nombre, cayó en el olvido y fue englobado en el Magdaleniense. Y esto duró mas de 30 años [...].

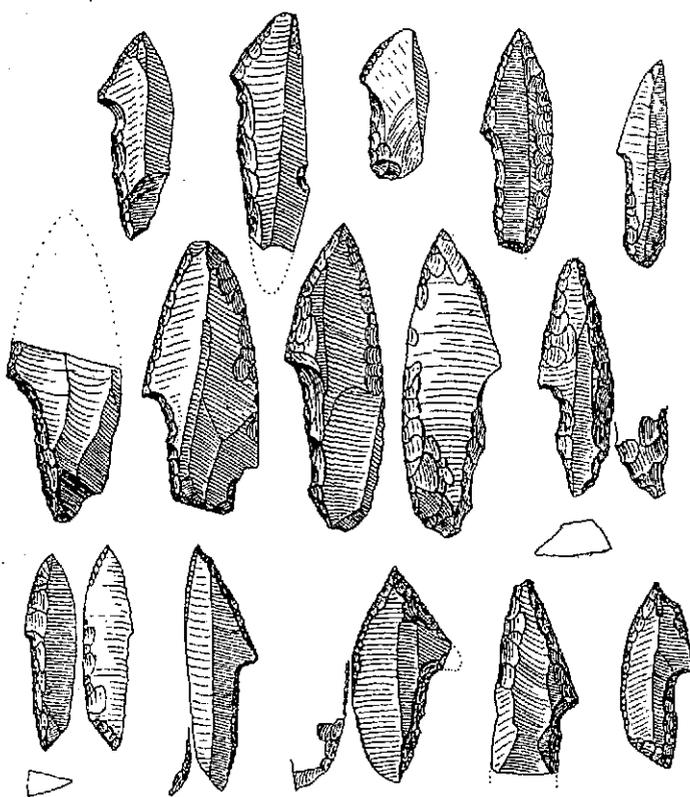
En 1896, Émile Cartailhac, el gran prehistoriador de Toulouse, al que tanto debo, comentando en la revista *L'Anthropologie* los hallazgos hechos por Darbas en la cueva del Tarté, cerca de Salies-du-Salat, expuso la opinión de que no se trataba en este caso de un utillaje magdaleniense sino de los restos de otra civilización.

Poco después conocí a Cartailhac [...]. Me habló, en diversas ocasiones y con insistencia, de este grupo de yacimientos más antiguos, entre ellos Tarté, Aurignac y Gargas en los Pirineos, que eran los que conocía mejor y que, a su parecer, equivalían a los niveles presolutrenses situados en la base del yacimiento de Solutré, a los estratos de base reconocidos por Dubalen en Brassempouy y calificados por él de «eburneanos», a los yacimientos de Cro-Magnon y de Gorge d'Enfer en el Périgord, y a lo que los belgas, siguiendo a Dupont, llamaron y siguen llamando «Montaigليense».

Fue por la influencia de Cartailhac que sentí entonces la necesidad de una reforma de la clasificación de Mortillet en este aspecto. Sin duda esto ocurrió en 1904, pues el año siguiente, en 1905, en el Congrès Préhistorique de France, que tuvo lugar en Périgueux, alcé la bandera del Presolutrense presentando una nueva subdivisión del Paleolítico superior. En mi artículo titulado «Essai de Stratigraphie des dépôts de l'Age du Renne» [Ensayo de estratigrafía de los depósitos de la Edad del Reno], me esforcé en determinar el carácter del nivel presolutrense y de elucidar el problema cronológico.

En 1906, en el congreso internacional de Mónaco, volví a ocuparme del mismo tema y conseguí la adhesión de la mayoría de participantes. Estaban presentes Cartailhac y el belga Rutot. Fue este último quien propuso llamar *Auriñaciense* al grupo de industrias que yo venía llamando *presolutrenses*. La tesis contraria era sostenida por un médico, del que es mejor callar el nombre, que no dudaba en falsificar las estratigrafías de Cro-Magnon y de Gorge d'Enfer para destruir mi argumentación.

En 1907 y 1908, en dos artículos sucesivos aparecidos en la *Revue préhistorique*, expuse, otra vez, mis numerosos elementos probatorios



Puntas de muesca del Auriñacense superior de Willéndorf (Austria)
(Musco de Viena) (según H. Breuil).

señalando el fraude cometido por mi contradictor. Al propio tiempo tuve que responder a un último asalto de Mortillet que, para defender su posición, fingía, contra toda evidencia, confundir el Solutrense superior de la Grotte du Placard con el Auriñaciense.

A esta larga y a veces penosa controversia pusieron punto final las excavaciones de Denis Peyrony en Le Rut cerca de Le Moustier, las del Dr. Lalanne en Laussel y las que Fabien Arcelin y yo mismo efectuamos en Solutré. Estas investigaciones paralelas aportaron documentos estratigráficos irrefutables, gracias, en particular, a los dos primeros de dichos lugares al acta publicada por una comisión de prehistoriadores

acerca de la posición presolutrense del grupo de industrias entonces englobado bajo el nombre de Auriñaciense.

Pero no todo estaba dicho todavía sobre este tema. Ya, en 1906, en el congreso de Mónaco, yo había dividido el Auriñaciense en tres niveles:

- a) Auriñaciense inferior, con hojas de Châtelperron;
- b) Auriñaciense típico o medio;
- c) Auriñaciense superior, comportando varios subniveles caracterizados por la punta de La Gravette y la punta de Font-Robert.

Entonces no estaba en condiciones de precisar más.

Pronto las excavaciones de J. Bouyssonie en los alrededores de Brive proporcionaron, en varias cuevas, los elementos distintos y separados unos de otros de aquellas subdivisiones. Estaba reservado a D. Peyrony, gracias a sus excavaciones de Laugerie-Haute, Gorge d'Enfer y La Ferrassie, el empezar a comprender la enorme complejidad de lo que yo todavía llamaba Auriñaciense Superior. Primero tuvo la idea, explicada en una carta que me remitió, de llamarla *Laugeriense*. Protesté con el argumento de que en Laugerie había de todo, siendo, por ello, este nombre inadmisibles. Lo substituyó por el de *Perigordiense*, no mucho más válido. Lo lanzó con la idea, a mi juicio errónea, del paralelismo en el lugar, de los contextos del Auriñaciense y del Chatelperroniense, pero que podía ser verdadera en dispersión geográfica, como el tiempo ha demostrado.

Luego, poco a poco, la palabra *Gravetiense* ha substituido el nombre Perigordiense, hecho totalmente justificado. Personalmente lo acepté, pero dejo a los especialistas de esta parte del Leptolítico el trabajo de introducir subdivisiones, establecer los caracteres distintivos, morfológicos y geográficos, los parentescos y las secuencias. Reconozco que tras una larga separación de Francia (de 1941 a 1951), y la edad ayudando, ya no estoy en condiciones de seguir las sutilezas de la tipología, si bien me queda la satisfacción de haber establecido, hace 50 o 60 años, las grandes líneas que se han desarrollado después gracias al trabajo de las jóvenes generaciones.

Como consecuencia de este largo trasiego, el Auriñaciense está, ahora, limitado y devuelto a una sola civilización definida hace 100 años en Aurignac por Edouard Lartet y despojada de todas las diversas facies, más menos contemporáneas, que antes se le asociaron por error. El nuevo yacimiento descubierto hace sólo unos días, por Louis Méroc y

sus colaboradores, confirma por completo los datos proporcionados por la minúscula cavidad excavada en 1860. En este momento se puede certificar que el Auriñaciense sólo existe en estado puro en Aurignac.

De este modo, al propio tiempo, quedan justificados:

–la clasificación propuesta, hace un siglo, por Edouard Lartet, cuya clarividencia hay que admirar;

–y la elección por Rutot, en 1906, de Aurignac como yacimiento epónimo.

H. BREUIL, «L'évolution des idées relatives à l'Aurignacien», págs. 36-39 de Louis MÉROC (ed.), *Aurignac et l'Aurignacien. Centenaire des fouilles d'Edouard Lartet*, Toulouse, 1963 (= *Bulletin de la Société Méridionale de Spéléologie et Préhistoire*, VI-IX, 1956-1959).

Intercalamos este escrito (probablemente de 1960) por corresponder a uno de los momentos cruciales de la vida científica del Abate. Con su carácter técnico –que hemos aligerado con algunas supresiones–, constituye uno de los documentos fundamentales en la articulación sistemática de las culturas del Paleolítico superior. En el texto traducido se sintetizan y ponen al día las ideas y los hechos con los que el Abate consideró cerrada la polémica: H. BREUIL, «L'Aurignacien présolutréen, épilogue d'une controverse», *La Revue préhistorique*, IV, 1909, págs. 229-284 y 265-286, 7 figuras.

Toda aquella problemática necesitaba un amplio apoyo en la tipología. El Abate aportó pronto su estudio fundamental: H. BREUIL, «Les subdivisions du Paléolithique supérieur et leur signification», *Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie Préhistoriques, C. R. de la 14e session, Genève, 1912*, Ginebra, 1913, I, págs. 165-238, 47 figuras. La obra fue reeditada y puesta al día casi 25 años después (Lagny, Grevin, 1937, 79 páginas). Sobre la «batalla del Auriñaciense» y «Les subdivisions», RIPOLL, *Breuil*, págs. 84-88.

La figura de Edouard Lartet es una de las más importantes de la naciente ciencia prehistórica decimonónica. Su trabajo pionero *Note sur l'ancienneté géologique de l'espèce humaine dans l'Europe*, rechazada en París, fue publicada en Ginebra y Londres en 1860. Este es el mismo año en que empezó a excavar en Aurignac, el yacimiento en el que encontró confirmadas sus teorías. La ceremonia conmemorativa del centenario de los trabajos de Lartet en Aurignac se celebró el 20 de agosto de 1961. El Abate había fallecido seis días antes en su casa de campo de L'Isle-Adam. La celebración de aquella efeméride venía siendo preparada desde hacía tiempo por Louis Méroc al que H. B. tenía entregado este texto que pasó a ser una de sus publicaciones póstumas.

En su trabajo el Abate explica los cambios hacia la complejidad que se produjeron unos años después de la «batalla». Basándose principalmente en

sus excavaciones de La Ferrassie y Laugerie-Haute, Peyrony estableció a partir de 1933, la existencia de industrias con características que les separaban del Auriñaciense. D. PEYRONY, «Les industries aurignaciennes dans le bassin de la Vézère, Aurignacien et Périgordien», *Bull. Soc. Préh. Française*, XXX, 1933, págs. 543-549. Posteriormente se fueron identificando dichas variantes (Chatelperroniense, Gravetiense, Szeletense, etc.). Entre otros: D. DE SONNEVILLE-BORDES, *Le Paléolithique supérieur en Périgord*, Burdeos, Delmas, 1960; A. LEROI-GOURHAN, «Le Châtelperronien: problème ethnologique», *Miscelánea*, II, págs. 75-81; H. L. MOVIOUS, *Excavation of the Abri Pataud, Les Eyzies (Dordogne)*, Peabody Museum Bulletin, 1975; B. BOSSELIN y F. DJINDJIAN, «L'Aurignacien tardif: un faciès de transition du Gravettien au Solutrén», *Préhistoire européenne*, 10, 1977, págs. 107-125. Actualmente, gracias a las dataciones radiocarbónicas, cronológicamente se sitúa el Perigordense entre 27.000 y 20.000 a. C.

Cf. infra: avances en el estudio del Paleolítico (págs. 84-85); D. Peyrony (págs. 154-160); Les Eyzies-de-Tayac (págs. 195-198); lección sobre el Solutrense (págs. 375-385).

5. Plenitud

La adscripción de H. B. a la cátedra de Etnografía prehistórica del Institut de Paléontologie Humaine, fundado en 1910 por el Príncipe Alberto de Mónaco, hizo que se instalara de nuevo en París. En aquel momento tenía treinta y tres años. Se inician entonces tres decenios de una intensa vida científica que le convierten en el jefe indiscutido de la ciencia prehistórica internacional. Incluso durante la primera guerra mundial de 1914-1918 puede compaginar en España los servicios a su país con sus propias investigaciones.

Tras aquel período bélico, amplía su campo de acción a diversas regiones del Viejo Mundo, superando así el marco hispano-francés en el que hasta entonces se había movido: Europa central, China, Abisinia, África meridional, etc. Con el Abate la Prehistoria entra en el Collège de France, la Académie des Inscriptions y el Institut de France. El período se cierra en 1939 con el estallido de otra guerra mundial. Entre 1910 y 1940, H. B. publicó más de 400 trabajos, casi la mitad de los que figuran en su bibliografía.

1910. Cap-Blanc (Marquay)

El descubrimiento de Laussel corresponde exclusivamente a la iniciativa del Dr. Lalanne, que con tanta generosidad ha emprendido la

exploración de los yacimientos de la zona de dicho nombre. Él mismo ya dio un resumen del abrigo esculpido de Cap-Blanc en la *Revue Préhistorique* (1910). Pero, un cierto número de detalles de las imágenes se prestaba a la crítica. Por otra parte, al tomar las fotografías que ilustraban aquel artículo, estuvo condicionado por la luz directa que dificultaba el dar las sombras de las figuras, pensando, para remediarlo, que era necesario seguir los contornos de las siluetas con trazos de carbón.

El Dr. Lalanne recurrió a mi experiencia en el desciframiento de las figuras parietales y acepté encantado su cordial propuesta de unirme a él para el presente estudio. Acompañado del señor Lasalle, fotógrafo de Toulouse y buen conocedor de todas las dificultades de estos trabajos especializados, pasamos en Cap-Blanc una noche entera sacando vistas de los temas principales de forma que dieran adecuadamente la extraordinaria impresión de estos relieves. Pudo hacerse gracias a una iluminación dispuesta a propósito y desplazada según cada tema.

Nota al pie de la primera página del artículo de G. LALANNE y H. BREUIL, «L'abri sculpté du Cap-Blanc, à Laussel (Dordogne)», *L'Anthrop.*, XXII, 1911, págs. 385-402, 6 figuras.

Cf. en la presente obra: descripción de Cap-Blanc (págs. 202-204); Les Eyzies-de-Tayac (págs. 195-198); nuestro arte de la Edad del Reno (págs. 340-351).

1913. Viaje por Murcia, Valencia y Alicante

Esta prospección tuvo lugar en dos excursiones casi sucesivas, una del 7 al 20 de marzo, en la que me acompañó nuestro fiel colaborador Pascual Serrano Gómez, descubridor de las pinturas de Alpera y Tortosilla y la segunda, del 2 al 12 de abril, en la que, enfermo del mal que desgraciadamente debía arrebatárnoslo, fue sustituido por su hijo, Marino Serrano. He aquí las indicaciones, positivas o negativas, observadas en el curso de estas dos correrías [sigue una relación de cuevas de la comarca de Bunyol].

Empezamos nuestra segunda exploración por una visita al Monte Arabí, cerca de Yecla, en el extremo norte de la provincia de Murcia. La *Cueva del Tesoro*, célebre en la región, que se abre al pie del *cerro*, no es más que un pobre corredor sin ningún interés. A poca distancia, una pequeña colina aislada estuvo ocupada por un establecimiento neolítico

o eneolítico muy importante, cuyo entorno está cubierto de sílex y de cerámica. Los abrigos cercanos casi todos presentan vestigios análogos y otros de época árabe. El abrigo principal, *del Mediodía*, contiene dos paneles de pinturas de estilo semejante al de Sierra Morena, con figuras muy convencionales y entre las que se distingue lo que parece ser la representación de un jinete. Es interesante en extremo el constatar, a tan poca distancia de Alpera, unos dibujos rupestres tan diferentes.

Retomando a continuación la dirección hacia Valencia, nos detuvimos en Bocairente, al oeste del macizo limitado por Alcoy hacia el este. Gracias a las amables indicaciones del venerable deán del capítulo, don Gregorio Ferré, pudimos visitar la difícil cueva de *La Zarza*, vasta cavidad irregular y bastante peligrosa en su recorrido (cerca de la *ermita* de San Blas). Por el contrario, lamentamos tener que señalar el comportamiento descortés y la actitud gravemente inconveniente para con nosotros del párroco de Bocairente, don Antonio Artés Signes. Este talante contribuyó a hacernos apreciar más las buenas maneras felizmente habituales entre sus colegas con respecto a un extranjero. Disgustados por sus formas, dejamos muchos puntos de los alrededores para una exploración ulterior y regresamos a la zona litoral en Gandía, un poco más al sur de Alcira, continuando por esa maravillosa *Riviera* española que se extiende de Valencia al cabo San Antonio.

Siguiendo las indicaciones del *Padre* Leandro Calvo, en su mayoría ya recogidas por Puig y Larraz, estudiamos rápidamente numerosas cavidades notables de la zona, sin pretender visitarlas todas, pues los macizos calcáreos inmediatos son demasiado extensos y su exploración necesitaría muchas semanas.

Nuestra primera visita fue a la *cueva de las Vueltas*, en Fontanet de Company, término de Real de Gandía. Se trata de un corredor bajo y estrecho, de unos veinte metros de longitud que acaba en una estrecha gatera rellena de huesos humanos y de cerámicas de aspecto neolítico y posterior. El entorno inmediato está ocupado por un vasto campamento neolítico. A la derecha de la entrada de la cueva se ve un orificio cerrado artificialmente por un gran montón de piedras y que se dice que da acceso a un largo corredor descendente.

[...] *Cueva Negra*, cuyo suelo sin duda bastante grueso como relleno, contiene como mínimo un amplio yacimiento neolítico [...] y dominando la finca de los Garcías, la *Cueva de las Maravelles* de Gandía. Es una her-

mosa nave semioscura, de unos 70 metros de profundidad, que contuvo un gran yacimiento prehistórico, en gran parte desaparecido por su explotación para abonar las tierras. Es fácil entender que el Neolítico estaba ampliamente representado, pero a la izquierda, en un rincón, bajo un colgajo neolítico *in situ* observé hogares sin cerámica, con sílex de aspecto paleolítico superior, así como huesos de ciervo, cabra montés y especialmente de conejo, que considero como paleolíticos [...].

En la vertiente occidental del Mondúver, fui a ver la pequeña cueva del *Parpalló*, de unos 25 metros de profundidad. Aunque en gran parte vaciada por los buscadores de abonos, contiene notables depósitos de relleno de época paleolítica superior. En muy poco tiempo recogí numerosos sílex típicos, fragmentos de azagayas en asta de ciervo y una piedra grabada con una figura de animal [más tarde identificada por él mismo como una cabeza de lince].

Continuamos nuestras observaciones en las cercanías de la no lejana ciudad de Denia. La cueva de *les Calaveres* de Benidoleig nos proporcionó datos interesantes. Gracias a los trabajos para la captación de un manantial que de ella surge, localizamos en una zanja el relleno que subsiste en el vestíbulo. Descansando sobre la roca y rellenando sus grietas, existe una formación de arcilla compacta y de color ocre que contiene huesos muy triturados y mineralizados de diversos animales, entre los que pude identificar un oso, diversos cánidos –lobo y otra especie más pequeña–, ciervos y un équido [...].

La bella montaña del Montgó, que domina Denia, oculta diversas cuevas. Visitamos la *del Agua*, en parte artificial y sin vestigios, y la contigua de *Bonarmini*, notable por una inscripción romana [... siguen otras cuevas de la región].

Fragmentos de H. BREUIL, «Prospection de la région entre Valence, Alicante et Ayora», *L'Anthrop.*, XXIV, 1914, págs. 247-253. Las cursivas como en el original.

Respecto a los trabajos de H. B. en el Levante: S. BRU VIDAL, «El Abate Breuil y la Prehistoria valenciana», *Archivo de Prehistoria Levantina*, IX, 1961, págs. 7-28; E. PLA BALLESTER, «El Abate Breuil y Valencia», *Miscelánea*, II, págs. 281-286; L. PERICOT, «El Abate Breuil y España: algunos recuerdos personales», *Miscelánea*, II, págs. 273-280.

Para el Monte Arabí, veáse el episodio del descubrimiento de Los Cantos de la Visera por M. C. Burkitt que se reseña más adelante (págs. 73-74).

En cuanto al Parpalló es un lugar ya citado por J. Vilanova y Píera, G. Puig y

Larraz y E. Cartailhac. Desde esta primera visita (1913), H. B. fue consciente de la importancia de este yacimiento, para el que llegó a solicitar un permiso de excavación que le fue concedido por R. O. de 27 de octubre de 1914. El proyecto no pudo realizarse a causa del estallido de la primera guerra mundial. Más tarde, fundado el Servicio de Investigación Prehistórica por Isidro Ballester Tormo (1927), el Parpalló fue una de las primeras excavaciones de la nueva institución. Dirigió los trabajos el profesor Luis Pericot. Tanto el lugar como su excavador correspondían a una recomendación expresa del Abate, en la que hizo de mediador el profesor Pere Bosch Gimpera. Los trabajos se realizaron en varias campañas entre los años 1929 y 1931. Sus resultados se publicaron después de la guerra civil española en una amplia monografía que tardó en ser conocida por la ciencia prehistórica internacional a causa del aislamiento de la segunda guerra mundial: L. PERICOT GARCÍA, *La cueva del Parpalló (Gandía)*, (Madrid, CSIC, 1943), libro al que hay que sumar otras publicaciones del mismo autor.

En 1931 y 1932, H. B. viajó dos veces a Valencia con sus alumnos para examinar los materiales del Parpalló y otros yacimientos de la región valenciana.

Más de medio siglo después se ha publicado un completo y bien ilustrado estudio del arte mueble: V. VILLAVERDE BONILLA, *Arte paleolítico de la Cova del Parpalló. Estudio de la colección de plaquetas y cantos grabados y pintados* (Valencia, SIP, 1994, 2 vols.). Sobre las industrias líticas: J. M. FULLOLA, *Las industrias del Paleolítico Superior Ibérico*, Valencia, SIP, 1979; y J. E. AURA TORTOSA, *El Magdaleniense mediterráneo: la Cova del Parpalló (Gandía, Valencia)*, (Valencia, SIP, 1995).

Cf. infra: Occidente, patria del gran arte rupestre (págs. 320-340); «Testamento levantino» de Wartenstein (págs. 353-374); lección sobre el Solutrense (págs. 375-385).

1914. Vivencias andaluzas

Menos indolente fue la tarde de enero en que explorábamos las sierras de Cádiz. Volvía del convento en ruinas de *El Cuervo* a mi albergue del Tajo de las Figuras, en compañía de un joven inglés [Miles C. Burkitt] y mi guía. La noche nos sorprendió en el camino. Ninguno de nosotros conocía bastante el sendero y supuse mejor informada a mi caballería, acostumbrada a vagar por estos parajes en busca de su escasa pitanza. Habiéndole puesto la brida al cuello, la dejé dirigir nuestra marcha a su antojo. Con su paso más sosegado, nos condujo en línea a la orilla de un vado invisible. Fui el primero que me aventuré. Habiéndolo atravesado

con dificultad, volví sobre mis pasos, cogí sobre mis hombros a mi criado y luego le tocó el turno al hijo de Albión, algo desorientado por esta misteriosa maniobra. A través de espesos y pegajosos barrizales, la pobre caballería se fue, sin prisas, a otro vado, que atravesamos también. Pronto apareció, como un farol en la noche, la luz del hogar en el que bailaba la llama, proyectando su resplandor por la puerta, grande y abierta de la casucha de Antonio. Tras una cena frugal y de la acostumbrada charla con mis huéspedes, volví entre las rocas del barranco vecino a la pequeña cueva baja, donde sobre un lecho de paja, yo dormía desde hacía diez días abrigado en mis mantas. Para descubrir la entrada no era suficiente mi lámpara de carburo, cuyos fulgores hacían brillar, en el suelo húmedo, las pequeñas pajas con que lo había jalonado, una tarde en que vanamente erraba por la maleza en busca de este refugio. En su absoluto aislamiento, lo prefería al camastro en la cabaña de Antonio donde, por la noche, unos contrabandistas habladores venían de visita, charlando ruidosamente.

Allí nadie me distraía, a no ser las discretas idas y venidas de los ratones, los maullidos graves de un gato salvaje o el monótono ramoneo del ganado en las pendientes cercanas. No obstante, algunas noches se desencadenaba el terrible *Levante*; en otras, cuando la formidable voz del oleaje de Trafalgar me llegaba en alas de un *temporal* del sudoeste, la montaña parecía trepidar sobre su base y se hubiese dicho que, bajo este asalto furioso, iba a volar como una simple paja. Pero apenas el alba sonrosaba el horizonte, la calma renacía. Entonces, sacudiendo el polvo, me entregaba a abluciones al aire libre en algún agujero natural donde el agua de lluvia se había acumulado.

Más apacibles eran las noches bajo la tienda bien cerrada, en Sierra Morena o Extremadura. Ciertamente, algunas veces el huracán sacudía también sus ataduras y el aguacero tamborileaba sobre sus telas rígidas. Pero el sentimiento que, a dos pasos de mí, velaban unos fieles muleros y mi guía Pareja, con sus perros prestos a señalar la menor vecindad sospechosa, alejaban de mí el amargo sentimiento de un abandono absoluto. Nuestras monturas, apenas atadas, pataleaban suavemente. Se oían sus molares triturando la hierba y su tranquila respiración marcando el ritmo de la noche. De cuando en cuando, una de ellas resoplaba o chocaba con las cuerdas tirantes. A veces, algún asno, agitado por los alientos de la primavera, desgarraba con sus rebuznos el si-

lencio de la noche, cuando no provocaba en campo cerrado a uno de sus compañeros, desencadenando una lucha épica en las opacas tinieblas.

En estos parajes, donde abundan los lobos, no era raro oír a lo lejos, en lo más profundo de la naturaleza infinita, sus lúgubres aullidos despertando los agudos ladridos de los perros pastores; en más de una ocasión oí así a distancia el tumulto de un ataque a los rebaños y la llamada de los pastores que excitaban a grandes gritos a sus guardianes con los collares erizados de largos clavos acerados. Pero los hombres de estas regiones no temen tales encuentros. Desde pequeños han visto los lobos de cerca, los han golpeado con su largo cayado, les han disputado la presa y no dejan de contar pintorescas anécdotas sobre las astucias de estos sangrientos animales, sobre las fechorías de su voracidad y las hazañas destrozadoras en el cerco de los *criaderos*... Sólo una vez tuve ocasión de ver de cerca la bestia rapaz. Advertido, en plena noche, por los largos y temerosos gimoteos de una perrita que formaba parte de mi caravana, acababa de encender mi lámpara de acetileno y, escudriñando la oscuridad con la proyección de mi reflector, no tardé en apercebir, a 100 metros, dos pares de carbúnculos de verdes fosforecencias mirando mi luz, cuyo vivo resplandor determinó la retirada inmediata de estos inoportunos visitantes.

[Resumen de la actividad en estos años] Para estudiar los descubrimientos de mis prospectores, organicé repetidas expediciones. Dos largas marchas a caballo y bajo la tienda tuvieron como escenario Sierra Morena. H. Obermaier y P. Wernert me acompañaron en el primero de estos viajes (1912) y J. Cabré durante el segundo (1913) (nota: La actitud del señor Cabré en 1913 no permitió que se continuara nuestra colaboración, que quedó rota por orden expresa del Príncipe Alberto). Dedicué a la provincia de Cádiz varios meses de comienzos de 1914, durante los cuales Miles Burkitt y el Coronel W. Verner fueron mis colaboradores. Aprovechando un período de desmovilización, pude organizar un viaje de dos meses por Extremadura en 1916. Otros trabajos de calco de figuras fueron hechos durante estancias más cortas: volví a Vélez-Blanco en 1912, 1913 y 1916; a Las Batuecas en 1915 y 1918; a la provincia de Cádiz en 1916, 1918 y 1919; y descubrí o visité algunas rocas pintadas análogas, fuera de aquellas regiones favorecidas, en las provincias de Albacete, Alicante, Valencia, Burgos, Oviedo, Málaga y Granada.

De Camille PITOLLET, «L'Abbé Breuil et son Journal d'Espagne», *Hispania*, 1920, págs. 231-243 y 295-299. Traducción de las págs. 241-242. El texto es de 1914. La recopilación de Pitollet, que no tuvo continuidad, es la transcripción de notas «literarias» de H. B. contenidas en sus carnets de viaje.

Era el tiempo en que H. B., con el Coronel W. Verner y M. C. Burkitt, exploraban la comarca de la Laguna de la Janda (Benalup-Casas Viejas, Cádiz), tras estudiar el magnífico friso de pinturas esquemáticas de El Tajo de las Figuras. Los resultados se publicaron años después en el libro: H. BREUIL, M. C. BURKITT y M. POLLOCK, *Rock paintings of Southern Andalusia. A description of a Neolithic and Copper age group*, Oxford, Clarendon Press, 1929, XII + 88 págs., 54 figs. y 35 láminas. El Abate siempre lamentó que entre los autores de esta publicación no figurara el nombre de W. Verner. Anteriormente, casi en el momento de su descubrimiento, la primera publicación sobre estos lugares fue: J. CABRÉ y E. HERNÁNDEZ-PACHECO, *Avance al estudio de las pinturas prehistóricas del extremo sur de España (Laguna de la Janda)*, Madrid, CIPP, 1914.

La segunda parte, cronológicamente anterior, es un episodio de los dos grandes viajes de exploración que H. B., con sus prospectores dirigidos por Tomás Pareja, realizó por los lugares más difíciles de Sierra Morena, desde la provincia de Almería hasta Extremadura.

El último parágrafo es una síntesis contenida en *Les peintures rupestres schématiques de la Péninsule Ibérique*, vol. I, *Au nord du Tage* (1933), págs. 2-3.

Burkitt, colaborador y primer discípulo inglés de H. B., publicó una parte de sus recuerdos en: M. C. BURKITT, «The Abbé Breuil», *Miscelánea*, I, págs. 289-291.

La más reciente investigación: M. MAS CORNELLÀ, *La cueva del Tajo de las Figuras (Benalup-Casas Viejas, Cádiz)*, Diputación de Cádiz (en prensa), con avances en varios artículos.

Cf. infra: W. Verner (págs. 136-137); en Madrid, *in memoriam* (págs. 183-192); Las Batuecas (págs. 245-249);

1914. De nuevo en el Monte Arabí (Murcia)

[...] En la primavera de 1914, mi amigo Miles Burkitt, ahora profesor de Prehistoria en Cambridge [1935], en el curso de una rápida excursión, quiso verlo [el abrigo o cueva del Mediodía]. Abordó la montaña por el lado oriental y no lo encontró. Tras visitar sin resultados las cavidades del canchal por aquella parte, halló dos abrigos pintados con frescos naturalistas y esquemáticos bajo unos simples bloques desprendidos y rodados hacia el llano. Yo los había visto, pero desde la ladera contra-

ria y no me acerqué por temor a molestar a un cazador allí apostado. En junio de 1914, Burkitt y yo volvimos para llevar a cabo su estudio. Ignorábamos que en aquel mismo momento un distinguido habitante de Montealegre, el señor Zuazo y Palacios, acababa también de descubrirlos. *Los Cantos de la Visera*, como se les denomina, están situados a un centenar de metros por debajo de varias anchas cavidades. La principal, *Cueva de la Horadada*, lleva este nombre por su cúpula perforada y está sólo a 800 metros de la Cueva del Mediodía.

En las págs. 57-58 del vol. IV, *Sud-Est et Est de l'Espagne*, de H. BREUIL, *Les peintures rupestres schématiques de la Péninsule Ibérique*, Lagny, 1935. La parte dedicada al conjunto del Monte Arabí, incluidos los frisos de Cantos de la Visera, en dicho volumen, págs. 57-62, figs. 27-29 y láms. XXVII, XXX y XXXV-XXXVI.

Primer artículo sobre estos descubrimientos: H. BREUIL y M. C. BURKITT, «Les peintures rupestres d'Espagne. VI, Les abris peints du Monte Arabí, près Yecla (Murcie)», *L'Anthrop.*, XXVI, 1915, págs. 313-328 (cf. infra, págs. 260-263).

Véase en el presente volumen: viaje por Murcia, Valencia y Alicante (págs. 67-70); *La Pileta* (págs. 266-269); «testamento levantino» de Wartenstein (págs. 353-374).

1914-1918. Ensueños en tiempos de guerra

Poesía interior, abejas de mi alma (1914). Sorprendida, la mirada de mi conciencia vaga sobre esos fragmentos de riquezas olvidadas cuyo centelleo imprevisto hace revivir las puras visiones de momentos pasados. Y cuando la hora banal transcurre gris y lenta, cuando el horizonte nublado se estrecha como los muros de una estrecha cárcel, entonces, húndete en la caverna, ha llegado el momento de resucitar los preciosos recuerdos, de escapar por la rememoración alada hacia los campos infinitos y diversos donde las abejas recogían la miel sobre las flores de los montes.

Mirando al pasado (1917). He aquí que vivo desde hace más de cuarenta años. He franqueado esta cima de la vida que, en mi adolescencia, se me figuraba como un punto de llegada. Tras los años de infancia, pasaron los de la juventud y ahora he llegado a la edad del hombre. He hecho vivir mi sueño solitario. Misticismo del niño y del joven, ¡no

estáis muertos en mi alma! El pensamiento religioso no ha abandonado mi corazón, es aún el eje de mi vida, bajo la espuma y la polvareda acumulados por la vida. No más piadoso, por desgracia, que antes del sacerdocio, menos que en los dulces tiempos que siguieron a la ordenación, aportó de continuo a Dios el humilde corazón de antaño. Sé bien que no soy más que por Él y para Él, incluso cuando el farrago de mi laboriosa existencia me absorbe... La experiencia me ha enseñado la existencia del peligro; la costumbre, más que la virtud, me preservó mediante el amor por el trabajo intenso y continuo, así como el máximo temor de depender de nadie, unido al horror ante las vulgaridades y la promiscuidad.

Pensamientos al vuelo (1918). Cuando un proyecto se rompe entre mis manos, mis previsiones se ven desbaratadas, o mis deseos frustrados, no puedo, tras unos instantes de recogimiento, dejar de reirme de mi mismo. Mosca diminuta y presuntuosa, ambicioso gusanillo que, como aquellos gigantes de la fábula, se esfuerza en escalar el cielo. Ante esa caída súbita y vergonzosa, comprendes que en el fondo no eres más que una minúscula hormiga empeñada en la estéril escalada de una alta muralla, o en atravesar un arenal que se desliza: cualquier cosa que hagas, vuelves a caer al pie del obstáculo. La cordura está en no quejarse, la cosa no tiene salida... Para no llorar de vano despecho, es mejor reir ante la desproporción del combate de Mirmidón con el Titán. Riámonos de nosotros mismos, con el fin de que otros, más locos, no se burlen de nosotros.

Tras ser movilizado, a los 38 años, H. B. fue declarado inútil para el servicio de las armas. Por su conocimiento de la lengua y la geografía españolas, se le destinó al Servicio de Información Naval de la Embajada de Francia en Madrid (1915-1918). Con ello, al cumplir las misiones que se le encargaban, pudo con frecuencia compaginarlas con la prospección prehistórica. Efectuó así largos recorridos por las zonas costeras del Mediterráneo que se reflejaron en posteriores estudios.

Los tres textos traducidos se encuentran en HEIM, *Breuil*, págs. 42 y 44. El tercero está fechado el 7 de enero de 1918, o sea pocos meses antes del final de la contienda. Corresponden a los papeles «menores», conservados en París, en buena parte conocidos gracias a la exposición breuiliana de la Fondation Singer-Polignac (1967).

1923. Viaje a Moravia

[De Karel Absolon] Recuerdo con agradecimiento su cálida acogida en ocasión de mi viaje a Moravia en 1923. Durante el mismo pude estudiar con toda libertad las magníficas colecciones que había reunido y visitar, guiado por él, las cuevas de Kůlna, Sloup y Pekarna (o Kustelik). Gracias a su ayuda pude hacer la descripción de las riquezas del Paleolítico superior de Moravia publicada en *L'Anthropologie*.

Fragmento de un texto de H. B. sobre su coetáneo y amigo el profesor K. Absolon (1877-1960) publicado en el *Bull. Soc. Préh. Française*, LIV, 1957, pág. 566. Conservador de los museos de Brno y docente en la Universidad de Praga, K. Absolon excavó muchas cuevas y yacimientos del loess de Moravia, entre los que destacan los de Predmostí y Vestonice, con una importante serie de objetos de arte mueble. Aportación reciente: J. SVOBODA, «L'Art gravettien en Moravie: contexte, dates et styles», *L'Anthrop.*, 99, 1995, págs. 258-272, 24 figuras.

La publicación a que se alude es: H. BREUIL, «Notes de voyage paléolithique en Europe centrale. III, Les cavernes de Moravie», *L'Anthrop.*, XXXV, 1925, págs. 271-291, 12 figuras. En esta época H. B. viajó asimismo a Rumania para estudiar sus yacimientos paleolíticos: H. BREUIL, «Le Paléolithique de Transylvanie», *L'Anthrop.*, XXXV, 1925, págs. 131-132; ID., «Stations paléolithiques en Transylvanie», *Bulletin de la Société des Sciences de Cluj* (Rumania), II, 1925, págs. 193-217, 17 figuras.

1929, julio-septiembre. Descubriendo el África austral

Ese año fui invitado a ir a África del Sur con motivo de la celebración de un Congreso para el Avance de las Ciencias, en compañía de mis alumnos la señora [Alice Bowler-Kelley] y el señor Harper Kelley [1896-1962]. Guiados por expertos sudafricanos, se nos autorizó a visitar lugares característicos del Paleolítico y algunas rocas pintadas y grabadas. El viaje nos llevó, a primeros de agosto, a Rhodesia del Sur donde nuestro programa preveía el estudio de las pinturas rupestres de los alrededores de Salisbury (Makumbe, Domboshava, Runange y Beatrice Road), de Bulawayo (Rocky Park) y del sur de Bulawayo en los Matopo Hills (Bambata y Nswatugi).

Aunque esta gira fue obligadamente muy rápida y se limitó a visitar algunos de los lugares mejor conocidos y más accesibles, nos permitió

familiarizarnos con la mayoría de los elementos característicos del arte rupestre de Rhodesia del Sur. Recordemos algunos aspectos: las primeras grandes representaciones de animales de Makumbe y de Domboshava, el motivo repetido con frecuencia de los grandes elipsoides cubiertos de finas subdivisiones, el arte animalista tan vivo de Nswatugi, la variabilidad de las figuras humanas en su mayoría monocromas [...].

Durante este viaje, en ocasión de una visita a las célebres ruinas medievales de Zimbabwe, conocí los alrededores de Fort Victoria. A pesar mío no pudimos entonces ver las pinturas rupestres de Dandabari o «Impey's Cave» (de la que tenía una acuarela hecha por el Dr. Impey). El grupo de nueve personajes policromos, de rasgos no indígenas, representados en el abrigo ya había dado lugar a muchas conjeturas. Una veintena de años más tarde este lugar serviría como trampolín para mis estudios en Rhodesia del Sur.

[...] Ojalá pueda antes de mucho tiempo volver a incorporarme a la gran obra que allí se lleva a cabo, y aportar a la misma, con mis amigos de allá, alguna luz sobre las reliquias de ese lejano pasado que se ha prolongado casi hasta nuestros días.

Párrafos rememorativos de la pág. 3 del libro póstumo de H. BREUIL (con la colaboración de MARY E. BOYLE), *Les roches peintes de la Rhodésie du Sud. Les environs de Fort Victoria et d'autres sites*, prefacio de R. Heim, París, Fondation Singer-Polignac (Editions Trianon), 1966, XIV + 124 págs., 19 figs. y 60 láminas. El último párrafo es el final de H. BREUIL, «Premières impressions de voyage sur la préhistoire sud-africaine», *L'Anthrop.*, XL, 1930, págs. 209-223. Estas palabras son como un presagio de su futura larga estancia en tierras australes (1942-1951).

Admirador de Livingstone desde su infancia, H. B. siempre soñó con África. Su arraigado africanismo fue bellamente retrazado por LÉON PALES y M. TASSIN DE SAINT-PEREUSE, «L'Abbé Breuil (1877-1961), séquences africaines du Sud et de l'Est», *Journal de la Société des Africanistes*, 32, 1962, págs. 7-61, IV láms. y 2 mapas, con lista de itinerarios y lugares visitados. Completan este trabajo: H. LHOE, «L'Abbé Breuil et le Sahara», en el mismo *Journal*, págs. 63-74, 4 figs.; y P. CHAMPION, «Publications de l'Abbé Henri Breuil sur l'Afrique», también en dicho *Journal*, págs. 75-89, muy completo. RIPOLL, *Breuil*, págs. 153-157 y 219-250; ID., «Harper Kelley (1896-1962)», *Ampurias*, XXV, 1963, págs. 261-262.

El itinerario realizado fue el siguiente: El Cabo y su región, parte oriental de Bechuanaland (actual Botswana), Orange Free State, Basutoland (ahora Lesotho), Transvaal y Rhodesia del Sur, llegando hasta las cataratas del

Zambeze. El Abate fue investido doctor *honoris causa* de la Universidad de El Cabo y pidió al General Herzog, a la sazón primer ministro, la creación de un Archaeological Survey de la Unión, lo que, en 1935, se hizo realidad bajo la dirección de C. van Riet Lowe.

Además de los datos científicos recogidos, el equipo Breuil-Kelley llevó a París 54 cajas (3.800 kilos) de utensilios prehistóricos. M. Boule no quiso recibirlos en el Institut de Paléontologie Humaine y por ello pasaron al Musée de l'Homme, constituyendo la base de su rico departamento de Prehistoria exótica. H. B. habló y escribió sobre el arte y la arqueología de aquellas lejanas tierras, en especial en sus lecciones en el Collège de France. Pasados dos años aparecía: L. FROBENIUS y H. BREUIL, *Afrique*, París, Editions Cahiers d'Art, 1931, 122 págs. y 200 figuras. La parte del Abate se titula «L'Afrique préhistorique».

Véase en el presente volumen: el África meridional (págs. 76-78); C. van Riet Lowe (págs. 179-183); la Dama Blanca del Brandberg (págs. 276-281); Dandabari y Philipp Cave (págs. 275-276 y 281-285).

1932. Chukutien (China)

Cuando llegó de China, en octubre de 1930, el Padre Teilhard de Chardin depositó sobre mi escritorio del Institut de Paléontologie Humaine, sin indicarme la procedencia, una pequeña asta de ciervo joven provista de su pedículo. Me pidió que la examinara y le dijera lo que me sugería.

Tras estudiarla cuidadosamente, mi respuesta fue: 1º, el asta estuvo sometida al fuego cuando todavía estaba fresca, puesto que no sólo sufrió un comienzo de calcificación sino que presenta unos astillados parecidos a los producidos por un fuego vivo sobre huesos frescos; 2º, fue trabajada para su uso, pues las partes de la bóveda craneana que rebasan la base del pedículo, e incluso este mismo, sufrieron un martilleo en el sentido longitudinal del asta, trabajo destinado a facilitar la prensión; y 3º, en el pedículo se veían unas incisiones probablemente producidas por un utensilio de piedra.

El Padre Teilhard me informó entonces que dicha asta de ciervo procedía de Chukutien [ahora Zhukudian] y de los mismos estratos que contenían los restos del Sinantropo. Dijo que mis afirmaciones, que yo mantenía por completo, eran tan importantes que deseaba mucho pudiera viajar hasta allí lo más pronto posible.

Al regresar a China, como resultado de sus conversaciones con los doctores W.-H. Wong y Desmond Clark, recibí una generosa invitación del *Geological Survey* de Pekín y de la Fundación Rockefeller, a la que pude corresponder en los meses de octubre y noviembre.

Parte preliminar del artículo de H. BREUIL, «Le feu et l'industrie de pierre et d'os dans le gisement de 'Sinanthropus' à Chou Kou Tien», *L'Anthrop.*, XLII, 1932, págs. 1-17, 1 fig. (cf. la continuación, infra, págs. 288-293).

El viaje en barco de H. B. hasta China, ida y regreso, fue mucho más largo que su estancia de tres semanas en aquel lejano país. Allí, a las investigaciones paleoantropológicas de chinos y norteamericanos, estaba vinculado el Padre Pierre Teilhard de Chardin. La noticia de los hallazgos realizados a partir de 1927 merecía el esfuerzo. En aquellos años la humanidad más antigua a la que se reconocía el uso del fuego era la de Neandertal. Las piezas encontradas en Chukutien constituían una novedad importante en el campo de la Paleontología, pues, al contrario de su próximo pariente el Pitecantropo de Java (Dubois, 1892), el Sinantropo parecía estar acompañado del fuego y de una primitiva industria lítica y ósea, lo que H. B. confirmó de manera fehaciente. A partir de aquel viaje, el Abate defendió la condición humana de ambos tipos de homínidos. Muchos años después H. B. llegó a conocer restos del *Homo erectus* del África oriental, con el que los asiáticos fueron reagrupados.

Entre otros textos, he aquí otras referencias suyas sobre Chukutien: H. BREUIL, «The Human remains and artefacts found at Chu-Ku-Tien», *Bulletin of the Catholic University of Peking*, 12, 1931, págs. 135-137, 3 figs.; ID., «Le feu et l'industrie lithique et osseuse à Chu-Ku-Tien», *Bulletin of the Geological Society of China*, 11, 1931, págs. 147-154; ID., «El yacimiento de Sinanthropus de Chou-Kou-Tien, cerca de Pekín (China)», *Investigación y Progreso*, VI (2), 1932, págs. 24-26; ID., «Le feu et les instruments en os et en pierre de Chou-Kou-Tien», *Proceedings of the First International Congress of Prehistoric and Protohistoric Sciences, London, 1932*, Londres, 1934, págs. 72-73.

En 1935 el Abate viajó de nuevo a China para una estancia un poco más larga, confirmando todo lo escrito anteriormente sobre Chukutien y el Paleolítico chino. De este momento es: H. BREUIL, «L'état de nos connaissances sur les industries paléolithiques de Choukoutien», *L'Anthrop.*, 45, 1935, págs. 740-746. Durante los primeros años treinta, acogidos por el Institut de Paléontologie Humaine y bajo la tutoría del Abate, el Dr. W.-C. Pei y otros jóvenes prehistoriadores chinos estuvieron en Francia para ampliar sus estudios.

A partir de los años cincuenta, el Gobierno de China convirtió el Sinantropo en un elemento esencial de los orígenes de su historia nacionalista, editando

miles de ejemplares, en múltiples lenguas, de libritos de divulgación. Así, por ejemplo: CHIA LAN-PO, *Cueva hogar del hombre de Pekín*, Pekín, 1976, 62 págs. con mucha ilustración.

Superviviente de aquella etapa auroral, uno de los protagonistas escribió sus recuerdos: WEN-CHUNG PEI, «Professor Henri Breuil, pioneer of Chinese Palaeolithic Archaeology and its progress after him», *Miscelánea*, II, págs. 251-271, 11 figs. y 1 lámina. El Dr. Pei, al que conocimos en París cuando el Abate cumplió 80 años, colaboró en el homenaje que, tras su defunción, organizamos en Barcelona. Este trabajo fue obtenido en condiciones especiales. En aquel tiempo España y la República de China no tenían relaciones, hasta el punto que una primera carta de invitación fue devuelta por los servicios postales españoles. Pero pudimos mantener el contacto con el sabio académico chino a través de París, gracias a la bondad del profesor Raymond Vaufrey, que luego le envió los dos volúmenes de la *Miscelánea*.

Veáse en el presente volumen: a los 80 años, balance de una vida (págs. 105-110); Chukutien y el Sinantropo (págs. 288-293): sesenta años de descubrimientos de hombres primitivos (págs. 310-320).

1932. Origen del lenguaje abstracto

Poco después de mi regreso de Chukutien (China), a finales de 1930 expuse [en 1932] ante la Académie des Inscriptions que el Sinantropo usó abundantemente el fuego, trabajó el cuarzo y otras rocas duras, así como, aunque de manera tosca, el hueso y cortando candiles y cuernos de ciervo. El profesor Maillet tomó entonces la palabra para insistir sobre la evidencia que todo ello suponía, en el Sinantropo, un lenguaje articulado, puesto que las localizaciones cerebrales de ambas facultades están contiguos y se desarrollan conjuntamente, insistiendo sobre la extrema importancia de esta conclusión. Ni que decir tiene que la educación de las sucesivas generaciones transmitiéndose los conocimientos adquiridos en la detección de los materiales para su industria y las técnicas de su talla es inconcebible sin un cierto lenguaje.

Algunos inteligentes investigadores del mundo anglosajón (recuerdo a Sir Richard Paget, especialista en el estudio de los sordomudos, y al profesor Jeffreys, de la Universidad de Johannesburgo), por análogas razones a las que ha expuesto el señor Bourdier, tienden actualmente a admitir que el desarrollo del lenguaje abstracto tuvo que hacerse al mismo tiempo que el del arte figurado, o sea en el Auriñaciense. En

efecto, sólo a partir de este momento la evolución del utillaje, muy lenta anteriormente (al parecer, puesto que sólo conocemos el utillaje lítico), se acelera y se diversifica. Aunque algo escéptico sobre este tema, y por esta misma causa, me inclino a pensar que esta hipótesis contiene una parte de verdad. Pero, sin alguna especie de lenguaje, el hombre hubiera sido incapaz de conservar para sí mismo, y aun menos de ejercitar su espíritu en el dominio de las cosas abstractas, superando la experiencia inmediata. La diferencia entre las facultades de apreciación, más o menos inteligentes, de los mamíferos superiores y las del hombre, me parecen muy bien expresadas por un texto de Cicerón (*¿de Amicitia?*) que, de mis ya muy lejanos estudios clásicos, ha quedado en mi memoria de ordinario rebelde a este género de recuerdos:

«Homo autem, quod rationis est particeps, causas rerum videt, earumque processus et quasi antecessiones non ignorat, totius vitae cursus inspicit.»

Traducción: «Pero el hombre, porque participa de la inteligencia, ve las causas de las cosas y no ignora ni las consecuencias ni los antecedentes. Con una mirada abraza el curso de su vida y, para vivirla, prepara las cosas necesarias».

Es evidente que ningún animal posee el pensamiento, la inteligencia y la facultad de discurrir que son poco concebibles sin el lenguaje abstracto. Me acuerdo también de una definición de mi amigo M. C. Burkitt: «El hombre es el animal que se ocupa de lo que no le concierne», o sea de una infinidad de problemas sin utilidad práctica inmediata, sean de orden físico (ciencias naturales, astronomía) o de orden puramente especulativo y metafísico.

Desde los viajes a África del Sur y China (infra, págs. 76 y 78), en que conoció por primera vez yacimientos de homínidos, el Abate sintió un gran interés por los problemas del origen del pensamiento abstracto y el lenguaje, que él relacionaba con la «domesticación» del fuego. Casi veinte años después lo evocó en este texto: H. BREUIL, «Origine du langage abstrait», *Bull. Soc. Préh. Française*, XLVI, 1949, págs. 241-242. Se trata de la intervención de H. B. tras una comunicación de Frank Bourdier (págs. 239-241 del mismo volumen en las que trataba de las diferencias entre el hombre y el animal).

El Prof. Pere Villalba ha tenido la amabilidad de comprobar para nosotros la cita latina. En realidad el fragmento es del texto de *De officiis* (I, 11) y dice así: «Homo autem, quod rationis est particeps, per quem consequentia cernit,

causas rerum uidet earumque praegressus et quasi antecessiones non ignorat, similitudines comparet rebusque praesentibus adiungit atque adnectit futuras, facile totius uitae cursum uidet ad eamque degendem praeparat res necessarias.»

El crecimiento del cerebro seguramente fue anterior a la fonación articulada. Al principio debieron usarse formas combinadas de gestos y sonidos. La meta final eran el lenguaje abstracto y el correlato mundo de los símbolos hasta llegar al punto en que pensar y hablar son exactamente lo mismo. Por tanto, el tema del lenguaje abstracto, e incluso el del simple lenguaje articulado, no deben separarse del desarrollo cerebral y sobre ello siguen tratando antropólogos y prehistoriadores. De aquel mismo momento: A. CAILLEUX, «L'évolution quantitative du langage», *Bull. Soc. Préh. Française*, L. 1953, págs. 505-514. Desde la Antropología física: H. V. VALLOIS, «Langage articulé et squelette», *Homo*, 13, 1962, págs. 114-121. Más modernos: Philip LIEBERMAN, *On the Evolution of Language: a unified View*, Chicago, 1973; y W. NOBLE y I. DAVIDSON, *Human Evolution, Language and Mind*, Cambridge, 1996.

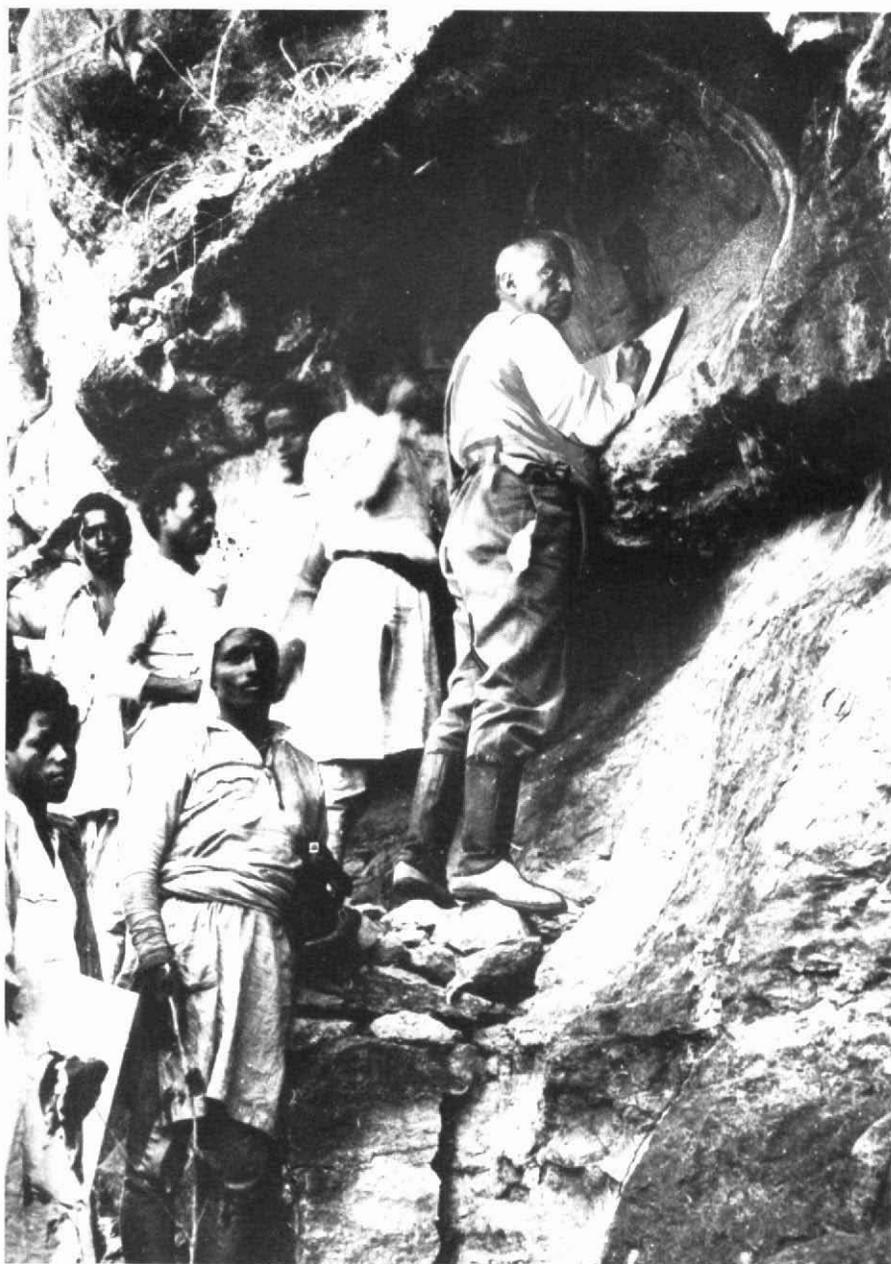
1933. Expedición a Abisinia

Entre los meses de febrero y marzo de 1933 estuve durante un mes en la Costa Francesa de los Somalíes y en el Harrar (Abisinia). Me acompañaba Paul Wernert, de Estrasburgo, y conté con la ayuda servicial de Henri de Monfreid y del Padre Azaïs.

Mientras Wernert excavaba de Porc-Épic, en Diré-Daua [Harrar], copié las pinturas de esta cavidad paleolítica y las de una roca [Ganda-Biftu] descubierta por el Padre Azaïs en Surre, a 60 kilómetros de la ciudad citada [...].

Preámbulo del artículo de H. BREUIL, «Peintures rupestres préhistoriques du Harrar (Abyssinie)», *L'Anthrop.*, XLIV, 1934, págs. 473-483, 11 figuras. Los materiales recogidos (incluida una mandíbula neandertalense que viajó escondida en una jabonera), fueron estudiados y publicados por P. TEILHARD DE CHARDIN, H. BREUIL y P. WERNERT, «Les industries lithiques de la Somalie Française», *L'Anthrop.*, XLIX, 1939-1940, págs. 497-522, 13 figuras. La mandíbula fue descrita muchos años después por: H. V. VALLOIS, «La mandibule humaine fossile de la grotte du Porc-Épic, près Diré-Daoua (Abyssinie)», *L'Anthrop.*, 55, 1951, págs. 231-238, 2 figuras.

La estancia en aquellas tierras duró cinco semanas. Ya se respiraba el ambiente de la guerra italo-etiópica que estallaría dos años más tarde. El escritor



Calco de pinturas rupestres en Diré-Daua (Harrar, Abisinia), en febrero-marzo de 1933.

Henri de Monfreid dominaba la región desde Djibuti y fue el organizador del viaje. Cf. ARAGONÉS en P. TEILHARD DE CHARDIN, *Cartas de viaje (1923-1939)*, Madrid, 1959, págs. 115-116.

En el viaje de regreso, H. B. estuvo en Egipto y Palestina, visitó los Santos Lugares y pudo conocer los yacimientos del Monte Carmelo (Haifa) excavados por su alumna Dorothy Garrod.

Cf. infra: H. V. Vallois (págs. 175-178); sesenta años de descubrimientos de hombres primitivos (págs. 310-320).

1934 y 1937. Avances en el estudio del Paleolítico

Acababa de publicar mi primera memoria sobre la *solifluxión* en los terrenos cuaternarios del norte de Francia que pienso que abría vastos horizontes a los investigadores al introducir unas perspectivas insospechadas. Era un trabajo inicial sobre el tema que luego rebasé en mucho.

La geología estratigráfica está en la base de la investigación prehistórica, puesto que es la única que, por el estudio de los suelos que los contienen, permite repartir en un orden de sucesión los huesos y los objetos manufacturados que en ellos se descubren.

[El estudio de las etapas culturales ...] las sucesiones de las industrias en el tiempo, su repartición en el espacio, e intentando una explicación, habida cuenta la situación de Europa, simple apéndice de Asia y África.

Textos en HEIM, *Breuil*, pág. 54. Los dos primeros párrafos se refieren al trabajo de H. BREUIL, «De la importance de la solifluxion dans l'étude des terrains quaternaires de la France et des pays voisins», *Revue de Géographie physique et de Géologie dynamique*, VII, 1934, págs. 259-331, 1 fig. y un atlas con 51 cortes (7 láminas). La solifluxión es el deslizamiento de una masa sedimentaria impregnada de agua, fenómeno frecuente en las zonas periglaciares, con la que se explica la situación de ciertas industrias como demostró el Abate para las terrazas del Somme.

La frase final se refiere a la aparición, en 1937, de la segunda edición, muy puesta al día, de *Les subdivisions du Paléolithique supérieur*, libro de cabecera de varias generaciones de prehistoriadores.

Cf. infra: la «Batalla del Auriñaciense» (págs. 60-66).

1937. Balance de la investigación del arte prehistórico

[Cuevas con arte paleolítico]. Sí, ahora, al final de esta parte activa de mi vida, sumo los días, las semanas y los meses que he pasado en la oscuridad de las cavernas, con mi lámpara, para descifrar, calcar o copiar en colores sus imágenes (y ello sin contar las exploraciones sin resultados), llego a un total que rebasa los 700 días dedicados a unas 73 cavidades, de ellas 19 en la Dordoña, 12 en los Pirineos, 24 en la región cantábrica, 5 en el Lot, 4 en el sudeste de Francia, 5 en Castilla, 3 en Andalucía y 1 en el sur de Italia.

[Del arte postpaleolítico en España]. De las 267 rocas pintadas que encontré, pequeñas o grandes, fueron estudiadas: 90 en Extremadura, 76 en la región de Castilla, 48 en Sierra Morena, 22 en la provincia de Almería, etc. Todo ello me exigió miles de kilómetros, [casi siempre] a caballo y repartidos en 250 días.

De HEIM, *Breuil*, págs. 54 y 34. La segunda parte es de fecha indeterminada.

La casi totalidad de las cuevas con arte paleolítico estudiadas por H. B. se encuentran en *Quatre cents siècles*, pero hay que recordar que dicha obra no incluye ciertas cavidades con pocas representaciones y tampoco el arte mueble. El lector deberá tener en cuenta los frecuentes hallazgos de los últimos años, incluidos algunos sensacionales como la cueva submarina de Cosquer (cerca de Marsella), la cueva Chauvet (Ardèche), o la caverna de La Garma (Cantabria).

La segunda parte se refiere a los descubrimientos del que nosotros llamamos arte postpaleolítico de la Península Ibérica. Al estilo de *Quatre cents siècles*, el Abate tenía la intención de publicar los abrigos de la facies levantina, labor en la que nos había pedido la colaboración a pesar de nuestras discrepancias sobre la datación y secuencia evolutiva de estas pinturas. Pero el trabajo quedó en proyecto a causa de la actitud del editor A. Fawcus con motivo de la publicación del trabajo de H. B. presentado al simposio de Wartenstein (Austria) (cf. infra, «Testamento levantino» de Wartenstein, págs. 353-374).

Más suerte hubo con la edición de los abrigos de la facies esquemática de dicho arte postpaleolítico. A causa de las dificultades financieras que sufrió el Institut de Paléontologie Humaine desde los años veinte, se encontró la solución en el mecenazgo de la Fondation Singer-Polignac. Así pudieron aparecer, entre 1933 y 1935, los cuatro magníficos volúmenes a cuyas páginas remitimos en algunas ocasiones: Henri BREUIL, *Les peintures rupestres schématiques de la Péninsule Ibérique*, Fondation Singer-Polignac, Lagny, Imprimerie de Lagny, 1933-1935. El detalle de las cuatro partes es el siguiente: vol. I, *Au nord du Tage*, 1933, 76 págs., 40 figs., 24 láminas y 2 hojas plegadas; vol. II, *Bassin du*

Guadiana, 1933, 192 págs., 50 figs., 42 láms. y 1 mapa; vol. III, *Sierra Morena*, 1933, 125 págs., 54 figs. y 59 láms.; y vol. IV, *Sud-Est et Est de l'Espagne*, 1935, 166 págs., 90 figs. y 45 láminas.

1938. Con el Cardenal E. Tisserant

A petición suya, visité al Cardenal Eugène Tisserant [1884-1972] en el Arzobispado de París, con el fin de exponerle el estado actual de la Ciencia prehistórica en sus relaciones con la Biblia y la Teología.

De HEIM, *Breuil*, pág. 55. Al eminente prelado, biblista y orientalista, le interesaba profundamente el tema. Pero la cuestión arranca de los años veinte, siendo adalides de las posturas «modernas» H. Bégouën y H. Obermaier con H. B., ya entonces muy cerca del naciente pensamiento del Padre Teilhard de Chardin. A mediados de aquella década, los tres se enfrentaron con jerarquías de la Curia vaticana, motivando la intervención del Papa Pío XI (Achilles Ratti, 1857-1939), buen conocedor de las Ciencias Naturales (cf. infra: en Madrid, *in memoriam*, págs. 183-192, donde se habla del «conciliábulo» de Altamira). Además, el Abate tuvo, en 1925, una larga conversación sobre estos temas con el filósofo neotomista y propulsor del ecumenismo cristiano Cardenal Désiré Mercier (1851-1926), en su sede de Malinas. En 1935, cuando el Abate estuvo asociado al Barón A. C. Blanc en el descubrimiento del segundo cráneo neandertalense de Saccopastore, fue recibido en audiencia privada por aquel Pontífice. Tras examinar con cuidado la fotografía de dicho fósil, pronunció las siguientes palabras: «Esto es un hecho, no una hipótesis; es necesario compararlo con otros hechos análogos; cuando se contarán en número suficiente, deberán ser tenidos en cuenta.» Más detalles en RIPOLL, *Breuil*, págs. 270-272.

Cf. en el presente vol.: H. Bégouën (págs. 143-151); H. Obermaier (págs. 161-172); el Padre Teilhard de Chardin y su «Fenómeno humano» (págs. 301-310); sesenta años de descubrimientos de hombres primitivos (págs. 310-320).

1938. Honores académicos

[1929] Cuando me nombraron para el Collège de France (mayo de 1929), hice hacer mi busto en bronce por B. C. Champion, el conocido artista director del taller de vaciados del Musée de Saint-Germain.

[1938] Mi entrada en el Collège de France en 1929, me hizo pensar que no debía dejar pasar mucho tiempo para presentarme a la Académie



Henri Breuil al recibir la corbata de la Legión de Honor, de manos del Almirante Durand-Viel (29 de octubre de 1958).

des Inscriptions et Belles Lettres ... Poco después de mi nombramiento de Profesor en el Collège de France, me presenté y fui elegido el 13 de mayo de 1938.

[Alguien le pregunta con ironía:] «A usted, Breuil, como es Cura, no se le puede entregar una espada académica: ¿qué podríamos regalarle que fuera de su gusto? ...»

El día siguiente al de mi elección para el Institut, encontré al excelente medallista Bénard que me propuso diseñar y acuñar una medalla con mi efigie ... lo que hizo.

Fragmentos traducidos de HEIM, *Breuil*, págs. 50 y 55. La cátedra de Prehistoria del Collège de France tuvo su primer titular en el Abate. El 30 de diciembre de 1929 leyó la lección inaugural de la misma: H. BREUIL, «La Préhistoire. Leçon d'ouverture de la chaire de Préhistoire au Collège de France», *Revue des Cours et Conférences*, año 31, 1ª serie, nº 2, págs. 97-113. Para su candidatura presentó: H. BREUIL, *Exposé de titres et bibliographie*, Lagny, Grévin, 1929, 75 páginas. En el *Annuaire du Collège de France* de los años posteriores se encuentran los sumarios de sus cursos. Algo retocada y corregida, dicha lección inaugural fue de nuevo editada en: H. BREUIL, *La Préhistoire. Leçon d'ouverture de la chaire de Préhistoire au Collège de France*, Lagny, Imprimerie de Lagny, 1937 (traducida al turco ese mismo año por S. A. Kansu, Ankara, Basimevi). Cuarenta años después, reproducida en italiano en las págs. 3-21 de Y. COPPENS (ed.), *Le grande tappe della Preistoria e della Paleoantropologia. Lezioni inaugurali al Collège de France, Breuil, Leroi-Gourhan, Coppens*, Milán, Jaca Book, 1987.

Los títulos y distinciones recibidos por H. B. a lo largo de su vida llenan dos densas páginas de R. LANTIER (ed.), *Hommage à l'Abbé Henri Breuil pour son quatre-vingtième anniversaire*, París (Mâcon), 1957, págs. 29-30. En la lista destacan los cinco doctorados *honoris causa*: Cambridge (1920), Oxford (1926), Edimburgo (1927), Ciudad de El Cabo (1929) y Lisboa (1941). Fue miembro honorario o correspondiente de 42 academias y centros de investigación. El primero de estos nombramientos lo recibió, en 1902, de la Asociación Artístico-Arqueológica de Barcelona. Una de sus últimas medallas se le otorgó, en 1954, durante el Congreso internacional de Prehistoria de Madrid, cuando el Ministro J. Ruiz Jiménez le impuso las insignias de la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio.

Cf. infra: cátedra de Friburgo de Suiza (págs. 59-60); últimos viajes a España (págs. 100-102); B.-Cl. Champion (págs. 140-142).

1938-1939. Paleolítico en Holanda

Varios doctos holandeses han publicado hace poco una memoria sobre un yacimiento considerado como paleolítico de las orillas del Zuiderzee. Ellos mismos me pidieron que fuera a estudiar las series conservadas en el Museo de Antigüedades de Leyden y a conocer los lugares de los hallazgos, lo que pude llevar a cabo gracias a una generosa y grata invitación.

El examen detallado de los sílex recogidos me ha convencido de que casi en su totalidad son materiales machacados por un glaciar y en nin-

gún caso de una industria humana. Tan sólo dos piezas son obra del hombre [... procedentes de Oldenbrock y Wezep].

Pude visitar los dos lugares citados con el Dr. F. C. Bursch, autor de la parte arqueológica de la citada memoria, y los competentes profesionales que redactaron la parte geológica. En Wezep, el fondo de la trinchera alcanza las arenas renanas de la «alta terraza», con [cantos] erráticos viniendo del sur, sobre las que se extienden una serie de niveles de arenas algo arcillosas, cuya estratificación horizontal fue algo alterada por diversos fenómenos [...].

Debo añadir que, en una rápida excursión a la provincia de Drenthe, el Prof. Van Giffen me mostró una hermosa serie de megalitos construidos con voluminosos bloques glaciares [...].

Esta nota, de la que hemos suprimido los detalles técnicos, fue señalada por la redacción de *L'Anthrop.* (69, 1965, págs. 386-388) como suplemento de la memoria de que se habla en el texto: F. C. BURSCH, F. FLORSCHÜTZ y I. M. VAN DER KLERK, «An Early Palaeolithic Site of Northern Veluwe», *Proceedings Koninklijke Nederlandse Akademie van Wetenschappen*, XLI, nº 8, 1938. Se trata de un texto que escapó a los compiladores de la bibliografía breuiliana, incluida la nuestra.

6. Segunda guerra mundial

En 1939, estalla el segundo conflicto mundial y se produce la *débâcle* francesa. El Abate se traslada a Burdeos donde imparte sus lecciones del Collège de France. En 1940 se instala en Brive acogido por sus amigos los hermanos Bouyssonie. El 17 de septiembre recibe allí la noticia del hallazgo de la caverna con pinturas de Lascaux, en Montignac-sur-Vézère. Tras interceder ante el gobierno de Vichy por los colegas perseguidos, se le aconseja que abandone Francia. Por ello, a comienzos de 1941, viaja de Toulouse a Lisboa, pasando por Madrid, donde se detiene unos días.

1940. Descubrimiento de Lascaux

25 de mayo. Voy desde París a Les Eyzies en un automóvil privado, llevando mis notas y dibujos científicos y la parte más preciosa de mi biblioteca. Llego a Laugerie-Haute y los deposito en casa de Peyrony.

Verano. Los acontecimientos de junio me indujeron a trasladar mi material a Les Eyzies, donde proseguí el trabajo hasta el accidente que, el 2 de julio de 1940, me privó temporalmente de mis facultades visuales. Tenía en ese momento dibujados los paneles más complicados [del santuario de Trois-Frères] y recurrí a mi viejo amigo el Canónigo J. Bouyssonie para terminar a la pluma lo que faltaba. Fue en el mes de septiembre de aquel año, cuando mis ojos recobraban algo su fuerza, que se descubrió la desde entonces famosa caverna de Lascaux. Se me llamó en el primer momento y pasé en ella dos meses enteros.

19 de agosto. Ataque de iridociclitis doble que me ciega casi por completo. Retorno precipitado a la clínica y a casa de mis primos. Recibo la visita de Maurice Thaon cuyo hermano Robert está acantonado en Montignac.

21 de septiembre. Vamos en el tren de Brive a Terrasson y el Dr. A. Cheynier nos lleva a Montignac [les acompañan J. Bouyssonie y M. Thaon; el mismo día llega D. Peyrony]. Todos juntos visitamos Lascaux, con los jóvenes descubridores y su maestro Laval.

11 de octubre. Si el recordado Déchelette llamó a Altamira la «Capilla Sixtina del Magdalenense», del mismo modo Lascaux, mucho más antigua, representa con el mismo esplendor, la del «Perigordense». La presentación de este tesoro quedará pronto asegurada por el señor Parvau que actúa en nombre de la señora Condesa de La Rochefoucauld y siguiendo los consejos del señor Peyrony y los míos. Para la copia de las figuras, M. Thaon llevará a cabo la labor bajo mi dirección y tendrá seguramente algún día la ocasión de mostrar los resultados.

14 de octubre. Me he instalado en el vecino castillo de Puy-Robert, residencia del señor de Montardy. Cada día paso todo el tiempo en la cueva, dirigiendo los trabajos fotográficos de Fernand Windels y los primeros ensayos de calcos de Maurice Thaon al que ayudan los principales descubridores, Ravidat y Marsal.

29 de octubre. El Conde Bégouën llega desde Toulouse para visitar Lascaux.

El sensacional hallazgo lo efectuaron los jóvenes M. Ravidat, J. Marsal, G. Agnel y S. Coencas el 12/13 de septiembre de 1940. El viaje de H. B. el 21 de dicho mes tuvo lugar, pues, ocho días después del descubrimiento. Hacién-



Lascaux, mediados de septiembre de 1940 (trabajos para la trinchera de acceso). De izquierda a derecha: el maestro de escuela de Montignac L. Laval, los jóvenes M. Radivat y J. Marsal, con el Abate Breuil (de *Lascaux inconnu*).

dose un hueco entre las noticias bélicas, la de la nueva cavidad y sus notables pinturas se reflejó en la prensa francesa e internacional.

Hemos traducido una parte de las notas del año 1940 de la completa recopilación de B. y G. DELLUC, «Lascaux, les dix premières années sous la plume des témoins», págs. 20-34 de Arl. LEROI-GOURHAN y J. ALLAIN (eds.), *Lascaux inconnu*, París, CNRS, 1979. Las anotaciones del 25 de mayo, 19 de agosto, 21 de septiembre y 21 de octubre, corresponden al artículo de H. BREUIL, «Ma vie en Périgord (1897-1959)», *Bulletin de la Société historique et archéologique du Périgord*, 87, 1960, págs. 114-131, publicado por el cuidado de los mismos B. y G. Delluc. El fragmento que hemos traducido como «Verano» es de *Quatre cents siècles*, pág. 16. En esta obra Lascaux es el cuarto de los «gigantes», págs. 106-151, figs. 71-115. El del 11 de octubre es parte del informe enviado por H. B. a la Académie des Inscriptions et Belles Lettres (sesión de dicha fecha). Por último, el del 14 de octubre es un párrafo de H. BREUIL, «Lascaux», *Bull. Soc. Préh. Française*, XLVIII, 1950, págs. 355-363. Anteriormente, en su rápido paso por Madrid, camino de Portugal, en 1941, publicó: H. BREUIL, «Una

Altamira francesa: la caverna de Lascaux, en Montignac (Dordoña)», *Archivo Español de Arqueología*, 44, 1941, págs. 361-386, 24 láms.; y «La cueva de Lascaux», *Atlantis*, XVI, 1941, págs. 349-355, 14 láminas.

El Abate atribuía el arte de Lascaux a su ciclo Auriniaco-Perigordense, en lo que tuvo la oposición de diversos especialistas. Las fechas de C¹⁴ que ahora se conocen, hacia 15.500 y 14.000 años a. C. les dan la razón. Pero la argumentación de H. B., basada en las formas estilísticas, es muy sólida. La defendió en *Quatre cents siècles*, págs. 136-151.

Exiliado en tierras muy lejanas, H. B. no volvió a Lascaux hasta el 7 de septiembre de 1945. Antes de su regreso definitivo en 1951 apareció F. WINDELS, *Lascaux, «Chapelle Sixtine» de la Préhistoire*, Montignac, CÉDP, 1949, también editado en inglés.

Hacia 1952-1954, H. B. hizo que se encargara al Abate André Glory (1906-1966) la continuación de los trabajos en Lascaux. Entre otras labores, se enfrentó con el calco de los complicados y difíciles paneles de grabados, tarea hasta entonces no realizada. El resultado fue la identificación de más de 1.500 figuras sobre 117 m² de dibujos. Glory no pudo ver publicada la totalidad de su obra, si bien avanzó algunos artículos como el que escribió en el homenaje al maestro: A. GLORY, «La stratigraphie des peintures à Lascaux (France)», *Miscelánea*, I, págs. 449-455 y una lámina formada por tres hojas superpuestas. En el antes citado *Lascaux inconnu*, además de la biografía de este investigador (L. BALOUT, «L'Abbé Glory», págs. 11-14), se presentan y describen sus calcos: D. VIALOU, «Le Passage et l'Abside» (págs. 191-299) y A. LEROI-GOURHAN, «La Nef et le Diverticule des Félines» (págs. 301-366).

Como es lógico, Lascaux sigue produciendo una abundante literatura científica, por ejemplo: B. y G. DELLUC, *Lascaux, art et archéologie*, Périgueux, Périgord Noir, 1984; M. RUSPOLI, et al., *The Cave of Lascaux. The final photographic Record*, traducido del francés, Londres, Thames and Hudson, 1987; y F. RUSINOWSKI, *Étude de la représentation du mouvement dans les figures animales peintes et gravées de la grotte de Lascaux*, Mem. de Préhistoire Liégeoise, n^o 6, Lieja, 1990.

A partir de los primeros años sesenta se produjo una masiva visita turística con el consiguiente deterioro. Esto dio lugar al cierre de la cueva que quedó sometida a un proceso de recuperación. En las cercanías se instaló una no muy afortunada réplica denominada Lascaux II, también masivamente visitada.

Uno de los descubridores, J. Marsal, dedicó toda su vida a la preservación de la cavidad desde su puesto de Conservador de la misma. Necrología: J. Ph. RIGAUD, «Jacques Marsal», *Bull. Soc. Préh. Française*, 86, 1989, págs. 163-164.

Cf. infra: a los 80 años, testimonio del pasado (págs. 105-110); H. Bégouën (págs. 143-151); D. Peyrony (págs. 154-160); F. Windels (págs. 172-174); Occidente, patria del gran arte rupestre (págs. 320-340); nuestro arte de la Edad del Reno (págs. 340-351).

1941. Textos de Lisboa

Lejos de París cuando apareció la primera edición de este libro [1951], no pude escribir para el lector un deseable prefacio en lo que se refiere a sus orígenes.

En lo esencial, la obra constituye el reflejo escrito de mis cursos en la Universidad de Lisboa, dictados entre enero y julio de 1942 y que la señora De Santa tuvo la amabilidad de ir mecanografiando a medida que se los entregaba. Por las circunstancias entonces vividas y como había hecho, en 1939 y 1940, en Burdeos y Toulouse, me vi obligado a resumir el conjunto de la Prehistoria hasta el Neolítico (excluido) y sólo en una veintena de lecciones. Por ello no sorprenderá el espacio restringido que dediqué a cada tema. Debo añadir que, contando en Lisboa con pocos recursos sobre la literatura de estas cuestiones (a excepción del libro de J. G. D. Clark sobre el Mesolítico), recurrí casi de forma exclusiva a los datos que conservaba en la memoria y a mi experiencia personal, por suerte bastante amplias.

Luego llegó mi larga estancia en África del Sur, desde 1942 a 1951, con breves retornos en 1945 y 1949. En 1945 entregué a R. Lantier un ejemplar mecanografiado de estas lecciones para lo que conviniera. Cuando tuve que regresar a África del Sur tuvo la amabilidad de revisar el texto, añadiendo datos aparecidos posteriormente a la fecha en que se reunieron [...].

Parte del proemio (pág. 8) de H. BREUIL y R. LANTIER, *Les Hommes de la Pierre Ancienne (Paléolithique et Mésolithique)*, París, Payot, ²1959, 360 págs. y XVI láminas. El libro, un manual de alto nivel, está dedicado a la memoria de H. Obermaier.

H. B. llegó a Lisboa a finales de mayo de 1941. Desde allí, en el mes de julio, viajó a Marruecos para una estancia de varias semanas. Con sus amigos H. Neuville y A. Ruhlmann, se dedicó al estudio de las formaciones de dunas fósiles de la región de Casablanca y sus industrias achelenses.

En Portugal, los servicios oficiales encargaron a H. B., con G. Zbyszewski, M. Vaultier, O. Ribeiro y otros, el estudio de las playas fósiles y sus industrias arcaicas, pronto reflejado en una amplia serie de publicaciones. Entre ellas destaca: H. BREUIL y G. ZBYSZEWSKI, *Contribution à l'étude des industries paléolithiques du Portugal et de leurs rapports avec la Géologie du Quaternaire*, Lisboa, SGP, 2 vols., 1942 y 1945.

En 1942, por invitación expresa del Mariscal J. Smuts, H. B. partió hacia el África austral.

1942-1950. Exilio en el África meridional

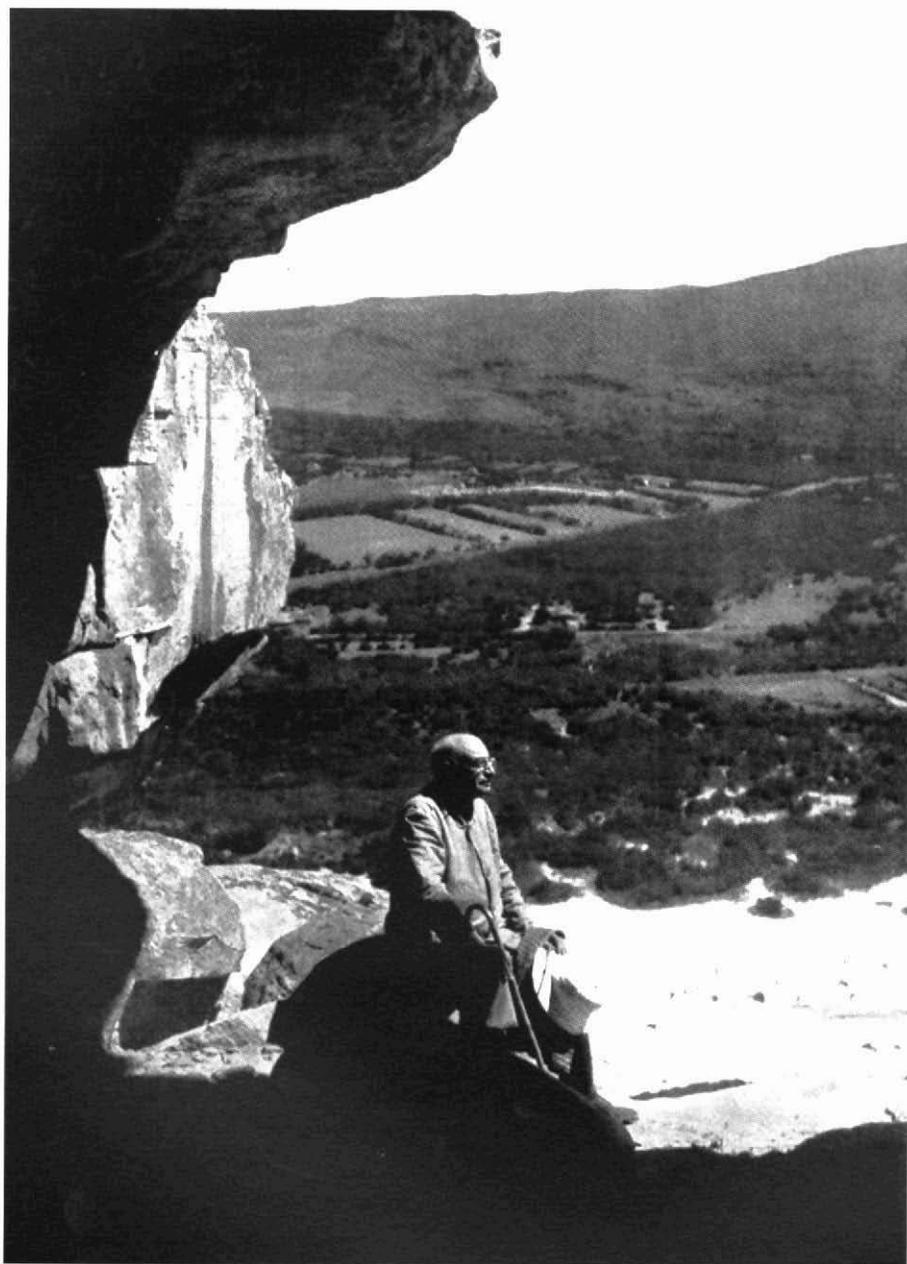
El Abate, acompañado de Miss M. E. Boyle, se embarcó en Lisboa el 28 de septiembre de 1942. El barco hizo una escala de 24 horas en Ciudad del Cabo el 23 de octubre. Desembarcaron en Lourenço Marques (Mozambique), el día 26. Desde allí viajaron en tren a Johannesburg, donde C. van Riet Lowe les esperaba en la estación.

Sigue a continuación una breve síntesis de lo hecho por H. B. en esos largos años de activa presencia científica en el África meridional (1942-1945, 1947-1949 y 1950). De este período son más de cincuenta publicaciones y unos cuantos libros a los que se hará referencia. Por su carácter particular volvemos a citar aquí uno muy curioso: H. BREUIL, *Beyond the Bounds of History. Scenes from the Old Stone Age*, con un prólogo del Mariscal J. C. Smuts y traducción de M. E. Boyle, Londres, Gawthorn, 1949, 100 págs., con dibujos *naifs* del autor y 10 fotografías. Aunque impreso en Londres, el libro fue preparado en Johannesburg.

H. B. tuvo que adaptarse a la polifacética sociedad de aquellas tierras. A la mentalidad protestante, muy generalizada en África del Sur, le preocupaba el problema del polifiletismo, suscitado por los descubrimientos de los australopitecos y de los hombres fósiles, en contradicción con el relato bíblico, o sea el monofiletismo. Pensando en poner en un aprieto al sacerdote católico, un periodista le preguntó qué pensaba de esta cuestión. El Abate le contestó lacónicamente: «Un puente no se construye con una sola piedra». Recordó este episodio en su discurso «Sesenta años de descubrimientos de hombres primitivos» (*infra*, págs. 310-320).

Contribución al conocimiento de los trabajos e itinerarios de H. B. en sus varios viajes: R. J. MASON, «The Abbé Breuil in South Africa (1929-1950)», *Miscelânea*, II, págs. 141-147, 3 láms. (una de ellas un mapa que ayuda a conocer los desplazamientos). Recuérdese también el amplio trabajo de L. Pales y M. Tassin de Saint Pereuse, que ya se ha citado anteriormente (cf. pág. 77).

Mi primer viaje a África del Sur remonta a 1929, cuando fui invitado a tomar parte en el Congreso Anglo-Sudafricano para el Avance de las Ciencias. Lo aproveché para visitar algunos de los principales lugares prehistóricos de la parte austral del continente, incluidos los de la Rhodesia del Sur. Me sentía muy feliz de haber aprovechado esta ocasión y nada me hacía suponer que pudiese renovarse. Sin embargo, como consecuencia de circunstancias imprevisibles en otro tiempo, en 1942 me encontraba de nuevo en África del Sur como resultado de un exilio



El Abate H. Breuil en un paisaje de África del Sudoeste (1948).

voluntario de la Francia ocupada, provisto de una invitación del recordado Mariscal Smuts, entonces Primer Ministro, que me pedía que trabajara hasta el final de la guerra en la Universidad de Witwatersrand, en el marco de los servicios del *Archaeological Survey*. Reclamado en Francia tras la Liberación, me vi obligado a dejar inacabadas un buen número de investigaciones de campo que las restricciones de los tiempos de guerra me impidieron completar. Por todo ello, gracias al fiel apoyo del Mariscal Smuts y los que le sucedieron en sus funciones, hice otros dos prolongados viajes en África del Sur, de 1947 a 1949 y de nuevo en 1950.

En esta época me dediqué más especialmente a algunas regiones desérticas del Sudoeste Africano, donde durante los seis meses que duraron las tres expediciones calqué las pinturas de ciento cincuenta lugares. Entre todas ellas, la más bella y la más importante es el friso del abrigo Maack bautizada con el nombre de «La Dama Blanca del Brandberg», personaje cuyos rasgos claramente mediterráneos —en una región en la que es bien sabido que ningún hombre blanco penetró hasta estos últimos siglos— desde el comienzo despertó mi atención. Esta pintura de un cortejo ritual en el que la Dama Blanca es el principal personaje, marca el apogeo de este arte tanto por la belleza como por lo bien acabado de la realización. Pero no hay que ver en ella un fenómeno aislado, privado de todo contexto. Otras pinturas rupestres, de un arte menos acabado, que representan escenas de la vida corriente abundan, no sólo en la vecindad inmediata del abrigo de la Dama Blanca, sino también más lejos. Son con seguridad obra de las mismas gentes. Todas ellas atestiguan el florecimiento de un arte naturalista —muy diferente de las pinturas bosquimanas por su estilo— que nos muestra una raza con caracteres «nilóticos» acentuados tanto en la indumentaria como en los rasgos faciales. La palabra «nilótico», en la acepción que le doy, no implica exclusivamente un origen egipcio o cretense, sino que significa una relación, aún mal estudiada, con estas dos civilizaciones, sugerida por otros rasgos comunes. A falta de una expresión mejor he designado a estas gentes con el nombre de «extranjeros», puesto que, pienso, el testimonio que nos aportan estas pinturas sólo puede explicarse por una migración llegada en fecha muy temprana desde el norte, inmigración de la que se ha perdido toda huella desde el punto de vista etnológico como consecuencia del mestizaje con las razas indígenas y de la disminución progresiva del tronco original.

He aquí, en pocas palabras, las hipótesis que he desarrollado en otras partes con más amplitud y a las que me llevaron mis trabajos en el Sudoeste Africano.

El estilo característico del Brandberg no solo es muy especial, sino que también su área de extensión es restringida en el propio Sudoeste Africano. Por lo que he podido conocer, su radio no rebasa los ciento cincuenta kilómetros al norte, sur y este del propio Brandberg. En el período en que allí trabajé, en 1947, me vinieron a la memoria ciertas pinturas rupestres del distrito de Fort Victoria en Rhodesia del Sur, semejanza de hecho extraña si se piensa en la distancia considerable que separa ambas regiones. Sólo una de estas pinturas de Rhodesia —de un lugar llamado Dandabari— había sido publicada (su primer copista, el Dr. Impey, me hizo llegar de ellas una acuarela poco después de su descubrimiento, en 1927). Conocía la existencia de las demás pinturas gracias a los calcos que había realizado T. E. Price y que tuve la ocasión de ver en el Museo de Bulawayo cuando me encontraba en esta ciudad para regresar a Johannesburgo.

Con la intención de examinar y copiar personalmente estas pinturas emprendí en los años 1948 y 1950 dos expediciones a Rhodesia del Sur. Los resultados de estas investigaciones constituyen el contenido de esta obra. Aunque el tema está lejos de estar agotado, mis trabajos han confirmado la existencia en Rhodesia del Sur de un arte naturalista policromo, emparentado con el del Sudoeste Africano, que representa una población dotada igualmente de caracteres nilóticos indiscutibles. Está claro que existen manifiestas diferencias entre ambas regiones, pero las condiciones geográficas y sociales que encontraron las dos bandas de emigrantes pueden explicar muchas de ellas. Además, otros vestigios de gran interés, reflejo de las influencias «extranjeras», subsisten en Rhodesia del Sur y no tienen nada de común con las que van asociadas al arte del Brandberg.

Texto de la introducción (págs. 1-2) al volumen de H. BREUIL (con la colaboración de M. E. BOYLE), *Les roches peintes de la Rhodésie du Sud. Les environs de Fort Victoria et d'autres sites*, prefacio de R. Heim (págs. XI-XIII), París, Fondation Singer-Polignac y Ed. Trianon, 1966, XIV + 124 págs., 19 figs. y 60 láminas. Como se ve por la fecha es una obra póstuma.

Anteriormente, otros libros suyos sobre el África austral: H. BREUIL, M. E. BOYLE y E. R. SCHERZ, *The White Lady of the Brandberg*, Londres, Trianon Press, 1955, X + 30 págs. y 30 láms.; H. BREUIL (con la colaboración de M. E. BOYLE

y E. R. SCHERZ), *Philipp Cave*, Londres, Trianon Press, 1957, 21 págs., 17 figs. y XXXVIII láms.; H. BREUIL, M. E. BOYLE, E. R. SCHERZ y M. STREY, *Tsisab Ravine*, Clairvaux, Trianon Press, 1959, VIII + 53 págs. y 51 láms.; H. BREUIL, M. E. BOYLE, E. R. SCHERZ y M. STREY, *Anibib and Omandumba and other Erongo Sites*, Clairvaux, Trianon Press, 1960, VIII + 33 págs., 47 láms. y 3 mapas.

La Dama Blanca del Brandberg fue evocada con frecuencia por H. B. en sus escritos de aquellos años, a veces de una forma poética como en la introducción de *Quatre cents siècles* que traducimos más adelante. La teoría de H. B. que identificaba mediterráneos en ciertas zonas del arte rupestre sudafricano, especialmente la del Brandberg, fue discutida por C. van Riet Lowe que puso en duda todo el sistema de clasificación y fechas del Abate.

Veáse: primer contacto con el África austral (págs. 76-78); a los 80 años, balance de una vida (págs. 105-110); C. van Riet Lowe (págs. 179-183); la Dama Blanca del Brandberg (págs. 276-281); Dandabari (págs. 275-276); Philip Cave (págs. 281-285); Occidente, patria del gran arte rupestre (págs. 320-340).

1950. Los australopitecos

Con anterioridad a los restos humanos más antiguos de África, se sitúa, en el Plioceno, el *Australopithecus* de Taung (Transvaal). Se trata de un mono antropoide con dentición muy cercana a la humana y con el canino poco saliente. Con toda seguridad está más cerca del hombre que todos los antropoides actuales.

Gracias a las investigaciones del Dr. Broom, los descubrimientos de este género en las cercanías de Johannesburgo se multiplicaron en diversas brechas óseas: Taung, Sterkfontein, Kromdrai y Swartkrans. En conjunto ha proporcionado un número muy importante de cráneos, mandíbulas y otras partes de la osamenta de unos antropoides andarines, con dentición muy próxima a la del hombre y otras semejanzas con este en sus caracteres anatómicos. Primero atribuidos al Cuaternario, se reconocen en la actualidad como del Plioceno, al igual que los restos análogos de las cuevas de Makapansgat, mucho más al norte del Transvaal (investigaciones de W. Robinson y sus colaboradores). En éstas, las capas inferiores han proporcionado restos abundantes, muy anteriores a los niveles paleolíticos con bifaces.

En cuanto a los indicios de fuego y de una industria elemental que se piensa pueden asociarse a los australopitecos, parece prematuro sacar conclusiones, cualesquiera que sean. Se trata ciertamente de antropoi-



Raymond A. Dart *R. Broom* *H. Breuil* *C. van Riet Lowe*

De izquierda a derecha, los profesores Raymond A. Dart, R. Broom, H. Breuil y C. van Riet Lowe, en el laboratorio del segundo, examinando el cráneo de un australopiteco. Con las firmas respectivas, 16 de noviembre de 1950.

des muy cercanos al hombre, pero con un cerebro de un volumen intermedio entre el de aquellos y el de este. Es indiscutible que poseyeron la marcha bípeda. En todo caso, se trata de hallazgos más cercanos que otros a los tipos humanos. Tienden a hacer probable que el paso hubiera tenido lugar en el África austral durante el Plaisanciense. Pero, al parecer, otras líneas filéticas aparecieron en el Asia meridional desde antes de la aparición del grupo Piteco-Sinantropo.

Págs. 160-161 de H. BREUIL y R. LANTIER, *Les hommes de pierre ancienne*, París, Payot, 1959. Recordemos que esta obra reúne y amplía la veintena de leccio-

nes profesadas por H. B. en 1942 en la Universidad de Lisboa. Por tanto, casi en su totalidad es anterior a los estudios dados a conocer con posterioridad a 1950.

Desde 1924, primera identificación de un australopiteco por R. Dart, a la que pronto siguieron otros hallazgos, se consideraba que el África austral era la «cuna de la humanidad». Alguien le preguntó un día al Abate qué pensaba sobre esto, a lo que él respondió con ironía: «¿La cuna de la humanidad?... no se inquiete por ello, es una cuna con ruedecillas.»

Durante los primeros años de su estancia en el África austral, casi siempre absorbido por el estudio del arte rupestre, el Abate prestó poca atención a los australopitecos. Pero, cuando ya se preveía su regreso a Francia, quiso conocer más a fondo sus restos. Gracias al artículo de Léon Pales y Marie Tassin de Saint-Péreuse que ya hemos citado (cf. aquí pág. 77; concretamente en sus págs. 44-45), conocemos el calendario de estos estudios. En 1947, con el Dr. Broom, en el Museo de Pretoria, examinó los materiales de Sterkfontein y Kromdrai (hallados en 1936) y los de Swartkrans encontrados por el propio Broom hacía poco. El 13 de octubre de 1950, visitó el yacimiento de Taung y el 26 del mismo mes y año, en Johannesburgo, examinaba con el Dr. Dart, los restos encontrados en Makapansgat. El 16 de noviembre de 1950, volvió a Pretoria, acompañado de Dart y Riet Lowe, para estudiar con Broom los viejos y nuevos descubrimientos de australopitecos. Se obtuvo entonces una fotografía del grupo de investigadores que ha sido reproducida en varias ocasiones.

A la memoria de su amigo Breuil, el Dr. Dart escribió en el homenaje que se dedicó al sabio francés, un artículo sobre la industria de los australopitecos que había definido y acerca de la cual ambos habían hablado mucho: R. A. DART, «The Abbé Breuil and the Osteodontokeratic Culture», *Miscelánea*, I, págs. 347-370, VIII láminas.

La investigación sobre los homínidos africanos es un mundo complejo, en constante acción y continuas novedades. Véase una síntesis reciente en J. CHAVAILLON, *L'Age d'Or de l'humanité, chroniques du Paléolithique*, París, O. Jacob, 1996; traducción por E. Ripoll, *La edad de oro de la Humanidad, crónicas del Paleolítico*, Barcelona, Península, 1998, en particular el capítulo «Los numerosos homínidos», págs. 158-175 de la traducción.

Cf. infra: textos de Lisboa (págs. 93-94); sesenta años de descubrimientos de hombres primitivos (págs. 310-320).

7. *Postrer Decenio*

1952 y 1954. Últimos viajes a España

Mi primer viaje a España, después del Congreso Panafricano de Ar-



El Abate Henri Breuil y el profesor Martín Almagro tras estudiar el friso pintado de Cogul (Lérida), en octubre de 1952 (foto E. Ripoll).

gel (1952), estuvo dedicado a los sitios con arte levantino que visité gracias al profesor Martín Almagro y, en la última parte del viaje, con el joven colega doctor E. Ripoll.

Este viaje no me permitió ocuparme de cuevas oscuras, y no fue así hasta 1954 en que volví a Madrid, al Congreso Internacional de Prehistoria, para ver a los que quedaban de mis numerosos amigos españoles. De regreso, acabado el Congreso, pude visitar rápidamente las cuevas de Altamira y El Castillo y las cercanas recientemente descubiertas de Las Chimeneas y Las Monedas. En esta última fui feliz de constatar la existencia de tres figuras de reno, entre ellas una, especialmente clara, ya había sido observada y comprendida por E. Ripoll en sus bellos calcos de la cueva. Luego, gracias a la cortesía del doctor Jordá Cerdá, y visité de nuevo la cueva de San Román de Candamo, y la discutible de Lledías (Oviedo). Ésta fue mi última visita a España y sus cavernas.

En el «Prefacio» del Abate Breuil al libro de RIPOLL, *Breuil*, pág. 22 (escrito en otoño de 1960).

Del viaje por el Levante recuerda el que esto escribe el empeño de H. B. en ver los lugares que no conocía, aunque fuera difícil llegar hasta ellos. Así, por ejemplo, a los abrigos de Bezas (Teruel), donde hubo que buscar una caballería para transitar por el roto rodano turolense. Con todo, lo más interesante de aquel recorrido fue la discusión, una por una, de las figuras del friso de Cogul.

Dos años después, en Madrid, en ocasión de ser el Abate Presidente de honor del IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas, fue agasajado, recibió la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, pronunció discursos y visitó una excavación en el Manzanares. Luego siguió la excursión a las cuevas cantábricas.

Lo que H. B. no explica es que la identificación del reno nº 21 de la cueva de Las Monedas la había confirmado él mismo. Esta caverna, la más alejada de la del Castillo en el monte del mismo nombre, fue descubierta en abril de 1952 gracias a las exploraciones dirigidas por Don Alfredo García Lorenzo y el Padre Jesús Carballo. El verano de dicho año, el Patronato de las Cuevas de Santander nos encargó a mi esposa y a mí la labor de copiar las figuras de la cavidad recién descubierta. En un primer inventario de las representaciones, nos dimos cuenta de la peculiaridad de dicha figura. Hicimos enseguida un calco sumario y se lo enviamos al Abate a su domicilio de París. La respuesta a nuestro interrogante no se hizo esperar: era un reno. E. RIPOLL PERELLÓ, *La cueva de Las Monedas en Puente Viesgo (Santander)*, Barcelona, IPA y WGF, 1972.

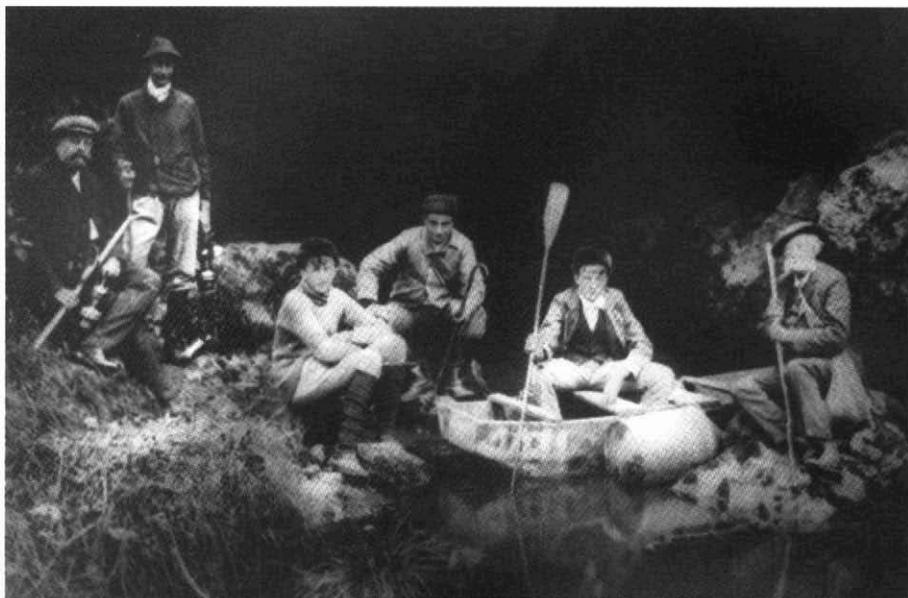
El estudio geológico del Monte del Castillo llevado a cabo por García Lorenzo y Carballo, dio lugar al descubrimiento de la caverna de Las Chimeneas en 1953. J. GONZÁLEZ ECHEGARAY, *Pinturas y grabados de la cueva de Las Chimeneas (Puente Viesgo, Santander)*, Barcelona, IPA y WGF, 1974.

Las pinturas de la asturiana cueva de Lledías son consideradas como una falsificación. Otra de las cuevas visitadas: E. HERNÁNDEZ-PACHECO, *La caverna de la Peña de Candamo (Asturias)*, Mem. nº 24 de la CIPP, Madrid, 1919.

Cf. infra: Altamira (págs. 53-58); balance de la investigación del arte prehistórico (págs. 85-86); a los 80 años, balance de una vida (págs. 105-110); El Castillo (págs. 232-234); Levante (págs. 249-263); «testamento levantino» de Wartenstein (págs. 353-374).

1954-1958. Regreso a las cavernas del Volp

El verano de 1921 y luego los de 1930 a 1938, a la cadencia de un mes por año, estuve calcando los complicados entrelazados de líneas del «Santuario» y demás figuras de Trois-Frères. En esos momentos estaba



El Conde H. Bégouën y sus tres hijos, con H. Breuil (en el centro) y E. Cartailhac (a la derecha), en la primera visita de estos a los «bisontes de arcilla» del Tuc d'Audoubert (12 de octubre de 1912).

literalmente anegado en la masa de las hojas de calco. A partir de 1937 empecé a pasarlos definitivamente en limpio [...]. Durante los veranos de 1938 y 1939 avancé mucho en esta labor [...].

Cuando visitamos una caverna con arte, entramos en un santuario en el que, hace muchos miles de años, tuvieron lugar una ceremonias sagradas, dirigidas sin duda por los grandes iniciados de la época que introducían a los novicios en la recepción de las instrucciones fundamentales necesarias para conducir su existencia [...].⁴

[Escrito en uno de sus últimos viajes a las cuevas del Volp]. Fue la última vez que vi al Conde H. Bégouën, que murió a los 93 años, el 4 de noviembre de 1955. Quería darle la alegría de ver nacer este libro, pero la muerte, el 25 de enero de 1954, de Fernand Windels, el hábil editor de mis *Quatre cents siècles*, retrasó nuestro proyecto común de editar esta monografía.

La preparación ya había tenido sus dificultades en la realización a la pluma para poner en limpio mis calcos. La amenazadora atmósfera de

la guerra, ya en 1938, hizo que dedicara todo mi tiempo disponible a esta labor, empezando por los conjuntos más complicados, ante el temor que los acontecimientos pudieran destruir el fruto de mis largos esfuerzos antes de poder ser publicados. Esto fue más fácil por la ayuda amigable, espontánea y desinteresada de dos buenos amigos, los artistas pintores y grabadores Pierre Gâtier y su sobrino P. Cassien [...].

En 1938 ya tenía hecho lo más difícil y, cuando se desencadenó la guerra mundial, en 1939, estaba instalado de nuevo en L'Isle-Adam, donde disponía de una mesa suficientemente grande para hacer dichos dibujos. Pero pronto los acontecimientos me obligaron a evacuar mi material a París primero y luego a Les Eyzies. Allí, mi recordado amigo Denis Peyrony me proporcionó en el Museo, un local conveniente para proseguir la puesta en limpio. Sin embargo, víctima de un grave accidente ocular a principios de julio de 1940, tuve que renunciar a proseguirla y por ello rogué a mi viejo amigo el Canónigo J. Bouyssonie lo llevara a cabo en sus momentos libres. Gracias a él, después de la guerra, la totalidad de los calcos estaba en condiciones de ser reproducido y reducido a las proporciones convenientes para su manejo y reproducción en las figuras del texto, lo que nos permitió utilizar una selección de los mismos en el amplio libro *Quatre cents siècles d'Art pariétal, Les cavernes ornées de l'Age du Renne*, editado en 1952 por F. Windels.

Dado que el descubrimiento de estas cuevas era obra del Conde H. Bégouën y sus hijos, y que yo fui introducido en el equipo a título de colaborador, aunque tanto los dibujos como el texto sean fruto de mi trabajo, he querido mantener en su cabecera, delante del mío, el nombre del amigo difunto.

Las dos cavernas del curso subterráneo del río Volp fueron descubiertas por los hijos del Conde Henri Bégouën: 20 de julio y 12 de octubre de 1912 el Tuc d'Audoubert; y 21 de julio de 1914, Les Trois-Frères. El Abate las visitó muy pronto, pero no fue hasta pasada la guerra de 1914-1918 cuando el Conde le invitó a realizar la enorme tarea de copiar sus obras de arte. Esto debió ocurrir en 1921, pero el trabajo sistemático de H. B. tuvo lugar, al ritmo aproximado de un mes cada año, entre 1930 y 1938, siempre alojado en el Château du Pujol-Les Espas, residencia de la familia Bégouën.

El bello libro a que se alude es: H. BÉGOUËN y H. BREUIL, *Les cavernes du Volp, Trois-Frères - Tuc d'Audoubert, à Montesquieu-Avantés (Ariège)*, París, Arts et Métiers

Graphiques, 1957, 124 págs., 115 figs., 32 láms. y 1 plano plegado. Los párrafos traducidos son del «Prefacio» de esta obra, pág. 6, a excepción de los dos primeros tomados de HEIM, *Breuil*, pág. 45. En la pág. 5 del libro firmado por los dos amigos, lista de fechas y nombres de los colaboradores: Mothe, Vézian, J. Bouyssonie, Kelley, Pales y Wernert.

Cf. infra: H. Bégouën (págs. 143-151); Les Trois-Frères y Tuc d'Audoubert (págs. 223-226); y nuestro Arte de la Edad del Reno (págs. 340-351).

25 de junio de 1957. A los 80 años, testimonio del pasado

En este centro oficial que es el Musée de l'Homme, París, en el que su director, el Profesor H. Vallois, ha permitido que se celebre esta ceremonia, mis primeras palabras se dirigen a él para agradecerse al igual que a sus subdirectores, señores L. Pales y P. Champion. Asimismo saludo en el Dr. Vallois el director del Institut de Paléontologie Humaine que contribuí a fundar y desarrollar como profesor y encargado de investigaciones desde su fundación en 1910 hasta los comienzos de la segunda guerra mundial.

Mi afecto y agradecimiento van asimismo a la señorita Germaine Henri-Martin, que tuvo la primera idea de esta fiesta y sacrificó mucho tiempo en prepararla, junto con las señoritas Suzanne de Saint-Mathurin, Dorothy Garrod, Gabrielle Fabre y Renée Doize. A ellas debo asociar a mi amigo Raymond Lantier, al que conocí antaño, hace cuarenta y cinco años, en el Institut Français de Madrid, y que me abrió después las galerías del Musée National de Saint Germain, del que era Conservador, pidiéndome colaboración para reorganizar la exposición de materiales de la antigua Edad de la Piedra. R. Lantier ha trazado de forma muy amigable las etapas y preocupaciones principales de mi carrera científica como introducción a la larga lista de mis artículos dispersos en muchas revistas y los libros que he publicado. Incluso para mi esta bibliografía era necesaria y puede ser útil a los colegas menos familiarizados con las etapas que ha atravesado nuestra ciencia desde hace sesenta años en que empecé a trabajar.

Mis predecesores, a los que en su mayoría aún he conocido vivos en mi juventud, los contemporáneos también, colaboradores o antagonistas, han desaparecido casi todos y desde hace algún tiempo me siento como un bloque errático de otro horizonte geológico.

En la ceremonia que celebró [1938] mi entrada en el Institut de France, expuse las cualidades de espíritu científico que he procurado fueran los principios directores de mi vida. No volveré sobre este asunto. Lamento hoy que las circunstancias no hayan permitido utilizar la ayuda amistosa y devota de mi amigo Lionel Balout, de la Universidad de Argel, que, sacándolas de mis Efemérides personales, emprendió la compleja tarea de explicar mis «Itinerarios» de viajes y exploraciones a través del Viejo Mundo. Yo había pensado hacerlos seguir con la enumeración de los iniciadores y colaboradores de toda clase y condición que han permitido que mi obra se materializara o publicara.

En esta jornada con la que se han querido festejar mis 80 años, siento mi alma cargada por una gran deuda para los que no quisiera fueran aquí olvidados, puesto que a ellos en buena parte corresponde la responsabilidad de mi carrera. Pero, para cumplir este deseo necesitaría muchas más páginas que las que aquí puedo leer. Con todo, es justo que recuerde los principales: aquellos sin los que no habría podido, en este día, merecer un poco la expresión de afectuoso reconocimiento que ustedes me brindan.

Mi orientación primera hacia la Prehistoria fue obra directa del Abate Jean Guibert, sacerdote de Saint-Sulpice, mi profesor de ciencias en el Seminario de Filosofía de Issy. Él observó y animó entonces (1895-1897) y durante los años siguientes (1897-1903), mis aptitudes de naturalista en busca intuitiva de una especialidad, que estuvo a punto de ser la entomología.

A G. D'Ault du Mesnil, sabio geólogo de Abbeville, debo una precoz introducción al estudio de las terrazas del Somme, de las que, más tarde (1904-1914), Victor Commont me hizo comprender mejor los complicados problemas.

Edouard Piette hizo que me zambullese en los estudios de la Edad del Reno y me conquistó para la investigación de sus industrias y de su arte delicado (1897-1900). El Dr. Louis Capitan fue mi mejor iniciador en el estudio de las técnicas del trabajo de los utillajes de piedra (1898-1929), además de compartir conmigo y con Denis Peyrony el descubrimiento y el estudio de las cavernas con arte del Périgord (1902).

Jean Brunhes supo captar (1905), para la Universidad de Friburgo (Suiza), mi experiencia juvenil e hizo que se me otorgara mi primera cátedra de enseñanza.

Emile Cartailhac (1902) me llamó para el estudio de las primeras cavernas con arte de los Pirineos, labor que proseguí hasta medio siglo más tarde, especialmente con Henri Bégouën. Fue Cartailhac, con la copia de los frescos de Altamira (1902), quien hizo que empezara la larga serie de mis viajes españoles, buscando arte rupestre con H. Alcalde del Río, J. Cabré Aguiló, el Coronel W. Verner, etc. Fue así como extendí mi atención a las cavernas andaluzas, a las rocas con pinturas naturalistas del Levante y a las neolíticas y esquemáticas de toda la Península (1908-1935).

El Príncipe Alberto de Mónaco, desde 1905, sostuvo con importantes subsidios la prosecución de estos estudios sobre las más antiguas manifestaciones artísticas. Muy pronto (1909), concibió la fundación del Institut de Paléontologie Humaine (1910), permitiéndome avanzar en mis investigaciones bajo el patrocinio del Prof. M. Boule, con el concurso de mi gran amigo alemán Dr. H. Obermaier para el estudio de los yacimientos prehistóricos. Al Príncipe Alberto debo el haber publicado de forma conveniente los primeros volúmenes sobre las cavernas con arte de Altamira, Font-de-Gaume, Les Combarelles, etc.

Salomon Reinach, desde mis estudios iniciales sobre la Edad del Bronce (1899) me acogió en el Museo de Saint-Germain, con una benevolencia que siempre me demostró. Joseph Déchelette y E. Harlé me hicieron aprovechar desde muy pronto sus vastos conocimientos, arqueológicos en el primero y paleontológicos en el segundo.

Soy consciente de que esta lista, tanto para Francia como para el extranjero, debería ser aumentada muy ampliamente. Los nombres ingleses, españoles, eslavos, suizos, italianos y alemanes constituirían una larga enumeración que no me hace posible intentarlo por el corto tiempo concedido (pero acaso lo haga en otro lugar y de forma más adecuada). Sin embargo, hay algunos que debo citar: el de mi camarada de seminario, el Canónigo Jean Bouyssonie, al que, desde Saint-Sulpice (1896-1900), inoculé la «pasión por la Piedra» y a quien se deben, además del sensacional descubrimiento del Hombre de la Chapelle-aux-Saints, numerosas, importantes y cuidadosas excavaciones en los alrededores de Brive, cuyo fino análisis del utillaje me orientó utilmente cuando la batalla del Auriñaciense. Fue siempre y sigue siendo mi hermano de armas y de corazón. Igual lo fue el querido y llorado Padre Pierre Teilhard de Chardin, que me llevó dos veces hasta Chu-ku-Tien

y Pekín (1932 y 1935), donde conocí y aprecié a W. C. Pei al que tengo la alegría de saludar aquí. Asimismo fue Teilhard quien concibió mi viaje a Somalia y Etiopía llevado a cabo en 1933 con mis amigos Henri de Monfreid y Paul Wernert.

Con Teilhard, y también con el Profesor Edouard Le Roy, que me presentó (1929) para una cátedra del Collège de France, tuve muchas ocasiones de discutir e intentar profundizar los graves problemas de *adecuación del pensamiento científico moderno con la tradición religiosa* que era necesario conformar del modo como, desde 1897, había empezado a prepararme al seguir las enseñanzas del Abate J. Guibert.

Tras el enorme esfuerzo de diecisiete meses —con la colaboración de G. Zbyszewsky y Maxime Vaultier—, efectuado para corresponder a la petición del Gobierno de Portugal para que estableciese la cronología de las edades de la Piedra tallada en conexión con las playas fósiles de la costa atlántica y las terrazas del estuario del Tajo (1941-1942), fui invitado por el Field Marshal J. Smuts, Primer Ministro de África del Sur, a instalarme en Johannesburgo, en el Archaeological Survey que dirigía mi amigo C. van Riet Lowe. Allí, desde El Cabo a Rhodesia y del Atlántico al Índico, se abría ante mí un vasto país ya entrevisto en ocasión de un viaje de tres meses en 1929. Además de la distribución de las industrias en los areneros de las cuencas fluviales, ya bien determinadas por C. van Riet Lowe, al igual que la de las civilizaciones posteriores en las formaciones de las altas mesetas, emprendí la tarea de establecer sus relaciones, bastante parecidas a las señaladas por nosotros en Portugal y por H. Neuville y A. Rühlman en Marruecos (1941). Al propio tiempo inicié el estudio de las rocas pintadas, tanto en el Orange Free State oriental como en Basutolandia y, con excesiva rapidez, en el Drankensberg (Natal), encontrando en estas investigaciones una eficaz ayuda en los Padres Trückenmuller y Laydevant.

Los calcos que había hecho veinticinco años atrás R. Maack en un abrigo del Brandberg y las fotos tomadas en 1937 por el Dr. E. Scherz, me hicieron sospechar una influencia extranjera (1943). Esto me hizo emprender, con Scherz, su esposa y M. Strey, tres muy fructíferas expediciones al Sudoeste de África, en 1947, 1948 y 1950. Al mismo tiempo pedí al Mariscal Smuts el poder ver de nuevo, en el sur de Rhodesia, una roca que presentaba unos caracteres análogos, ya vistos y señalados desde 1927. Gracias a la ayuda del señor Summer, del Museo de Bulawayo,

y de la señora Ada Patterson-Kuhn, pude extender con éxito las comparaciones a otras rocas con arte de la región de Fort Victoria (1948-1950).

Toda esta amplia investigación y la expresión de mis observaciones en lengua inglesa, mis relaciones de toda clase con los «europeos» del terruño y su servicio indígena, etc., se vieron muy simplificados gracias a la constante presencia de mi colaboradora, Miss M. E. Boyle, que me siguió por todas partes como intérprete, negociadora y auxiliar de mi trabajo de campo.

Permítanme aún unas palabras para saludar a unos «contemporáneos» extranjeros, buenos amigos también de nuestra ciencia: el Dr. K. Absolon, de Brno, uno de los fundadores de la ciencia prehistórica en Checoeslovaquia que, en 1924, me facilitó el estudio de sus documentos; y mi «mayor» de diez años, Eugène Pittard, el amigo de siempre, cuya obra, principalmente antropológica, desbordó felizmente en la prehistoria del Périgord y cuya animosa proyección ha sido la alegría de muchos congresos internacionales.

En estos últimos minutos, tras haber recordado más a los difuntos que a los vivos, debo afirmar, una vez más, mi Fe en que les volveré a encontrar un día, acaso muy cercano, en la morada del Padre, como humildes y buenos operarios que, antes que yo mismo, acabaron su surco.

A los amigos presentes, les deseo puedan proseguir su labor durante largos años, continuando, con sus análisis y sus descubrimientos la obra a la que, con todas mis fuerzas, he consagrado mi vida.

H. BREUIL, «Réponse de M. l'Abbé Henri Breuil, membre de l'Institut», *Bull. Soc. Préh. Française*, LIV, 1957, págs. 488-492 y IV láminas. Las diversas intervenciones en dicho homenaje en la misma publicación, págs. 482-488.

El 25 de junio de 1957, casi 200 prehistoriadores se reunían en el Musée de l'Homme para homenajear al Abate en su octagésimo aniversario. Llegaron desde los más diversos y alejados lugares, por ejemplo el Dr. Pei Wen Chung, que lo hizo desde Pekín. Entre otros, enviaron textos o pronunciaron alocuciones los siguientes colegas y discípulos: Max H. Bégouën (desde Casablanca), J. Butter (Deventer, Holanda), G. Gaudron (París), Sevket Aziz Kansu (Ankara), R. Lantier (Institut de France), L. Pericot García (Barcelona) y Ludwick Sawicki (Varsovia). Les precedió el ofrecimiento de H. V. Vallois. Hubo detalles delicados. Así, el prof. Butter apareció blandiendo un bastón y llevando una caja de bulbos de tulipán. El bastón era un regalo de Breuil y Bégouën cuando les encontró por primera vez, en 1928, en las cuevas del

Ariège. A la manera de un hombre paleolítico fue marcando en él las muescas correspondientes a las fechas de sus encuentros. Los bulbos de tulipán estaban destinados a ser plantados en el jardín de la casa de campo del Abate en L'Isle-Adam.

Al final de aquella ceremonia se nos entregó a los presentes el volumen: R. LANTIER (ed.), *Hommage à M. l'Abbé Henri Breuil pour son quatre-vingtième anniversaire*, París, 1957, con un amplio prefacio del propio R. Lantier y una bibliografía compilada bajo la dirección de Germaine Henri-Martin.

El discurso de H. B. que hemos traducido debe sólo considerarse una síntesis de sus recuerdos, muy digna de ser completada con estudios de detalle, como los ya citados de L. Pales con M. Tassin de Saint-Pereuse o H. Lhote (infra, pág. 77), o los diversos trabajos del autor de la presente compilación a los que se hace referencia en diferentes lugares.

1960. Maltravieso, la cueva no vista

Descubrimiento de una cueva paleolítica con arte en la provincia de Cáceres (oeste de España). El profesor Martín Almagro, de la Universidad de Madrid, me informa del descubrimiento de una caverna con arte en la meseta de Cáceres, en una zona de calizas devónicas incrustada en la plataforma granítica. En ella se han encontrado bastantes manos contorneadas de rojo, como las del Castillo (Santander) y de Gargas (Hautes-Pyrénées), y mutiladas como estas últimas en uno o varios dedos. Asociadas con ellas hasta el momento sólo se ha encontrado una cabeza de cierva, muy simplificada, varios signos triangulares muy sencillos y puntuaciones rojas, a veces negras.

El interés de este hallazgo es sobre todo geográfico, puesto que [Maltravieso] está menos lejana [del núcleo cantábrico] que las cavernas de La Pileta y de Doña Trinidad [Ardales], las únicas hasta ahora conocidas en el sur de España. Esto hace esperar que algún día se encontrarán otras en las escasas zonas calizas del centro de la Península, e incluso en Portugal.

H. BREUIL, «Découverte d'une grotte ornée paléolithique dans la province de Cáceres (nord-ouest [sic] de l'Espagne)», *Bull. Soc. Préh. Française*, LVII, 1960, pág. 155. Hemos salvado el lapsus del «noroeste», involuntario pues H. B. conocía muy bien Extremadura por sus estudios de arte rupestre esquemático. La nota fue escrita en febrero o marzo de 1960.

Aquel mismo año, en Wartenstein, el Abate nos explicaba su interés por ver la cueva cacereña que consideraba de suma importancia para la geografía del arte paleolítico. Se animaba, además, al saber que las dificultades eran mínimas, al estar la cavidad dentro del mismo casco urbano de Cáceres. Incluso hablaba de ir durante el otoño de aquel mismo año o en la primavera del siguiente. Pero todo quedó en proyecto.

Las manos y otras figuras de Maltravieso fueron descubiertas por el erudito extremeño Carlos Callejo en 1956: C. CALLEJO SERRANO, *La cueva prehistórica de Maltravieso*, Cáceres, Biblioteca, 1958. Su trabajo fue algo ampliado por M. ALMAGRO BASCH, *Las pinturas rupestres cuaternarias de la cueva de Maltravieso, en Cáceres*, Madrid, CSIC, 1960. En 1969 descubrimos algunos grabados en el muro más interno de la cavidad: E. RIPOLL y J. A. MOURE, «Grabados rupestres de la cueva de Maltravieso (Cáceres)», *Estudios dedicados Carlos Callejo Serrano*, Cáceres, 1979, págs. 567-571, 2 láminas.

En las recientes investigaciones, con la metodología más actual, se han identificado en Maltravieso 37 nuevas manos, lo que ha elevado a un total de 72 el número de representaciones de este género: S. RIPOLL LÓPEZ, E. RIPOLL PERELLÓ, e H. COLLADO GIRALDO, *La cueva de Maltravieso, el santuario extremeño de las manos*, Mem. del Museo de Cáceres nº 1, 1999, 170 págs., 116 figs. + 124 figs. s.n.

El augurio de H. B. al final de su texto se ha cumplido con creces: las cuevas de Escoural y La Griega, el arte el aire libre de Mazouco, Domingo García, Siega Verde y otros que han culminado en el gran conjunto lusitano de Foz-Coa.

Cf. infra: E. Cartailhac (págs. 127-129); Gargas (págs. 220-222); El Castillo (págs. 232-234); Occidente, patria del gran arte rupestre (págs. 320-340).